

# EL HACHA FRÍA

PALABRA DE TABACO PARA  
CURAR LA TECNOLOGÍA

CARLOS BARRENECHE,  
JIMMY GIFICHU, JITOMAÑUE  
Y SERGIO UMIREZ



PROYECTO DE INVESTIGACIÓN TECNOLOGÍAS Y ANCESTRALIDAD



Proyecto de investigación  
tecnologías y ancestralidad

# El hacha fría

## Palabra de Tabaco para curar la tecnología

Carlos Barreneche, Jimmy Gifichiu,  
Jitomañue y Sergio Umirez



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES



## **Alcaldía de Bogotá**

Carlos Fernando Galán Pachón  
Alcalde Mayor de Bogotá

## **Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte**

Santiago Trujillo Escobar  
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

## **Instituto Distrital de las Artes-Idartes**

María Claudia Parias Durán  
Directora general

Lina María Gaviria Hurtado  
Subdirectora de las Artes

Silvia Ospina Henao  
Subdirectora de Equipamientos Culturales

Margarita Rosa Gallardo Vargas  
Subdirectora de Formación Artística

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez  
Subdirector Administrativa y Financiera

## **Línea de Arte, Ciencia y Tecnología**

Carol Sabbadini Durán  
Líder

Nicolás Rojas  
Líder programa Plataforma Bogotá

Juan Orozco  
Líder programa CK^WEB

Daniela Gutiérrez González  
Apoyo misional ACT (2023-2024)

Viviana Alfonso  
Profesional administrativa

## **Línea Gestión del Conocimiento y Memoria Social**

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento  
Líder

**Publicaciones Idartes**  
María Barbarita Gómez Rincón  
Gestión editorial

Edgar Ordóñez Nates  
Corrección de estilo

Mónica Loaiza Reina  
Diseño

Blanca Libia Duarte Lozada  
Edición digital de imágenes

Proyecto de investigación en Arte, Tecnología y Ancestralidad, Idartes, Alcaldía de Bogotá  
Ganador de la Beca de Investigación en Arte, Tecnología y Ancestralidad, PDE 2024

Carlos Barreneche  
Edición

Aimema Uai  
Ilustraciones y carátula

Carlos Barreneche  
Fotografías

Diego Alejandro Herrera García (Ruidajo)  
Componente transmedia  
<https://canasto-hacha.gitlab.io/>

Multi-Impresos S. A. S.  
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes-Idartes  
© Carlos Barreneche, Jimmy Gifichiu, Jitomañue y Sergio Umirez

Abril de 2025

Impreso en Colombia

978-628-7686-72-4  
ISBN (impreso)  
978-628-7686-73-1  
ISBN (PDF)

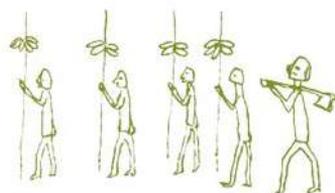
Idartes  
Carrera 8 n.º 15-46  
Bogotá, D. C., Colombia  
(57-601) 379 5750  
[contactenos@idartes.gov.co](mailto:contactenos@idartes.gov.co) /  
[www.idartes.gov.co](http://www.idartes.gov.co)

Proyecto de investigación  
tecnologías y ancestralidad

# El hacha fría

## Palabra de Tabaco para curar la tecnología

Carlos Barreneche, Jimmy Gifichiu,  
Jitomañue y Sergio Umirez





# Contenido

Presentación	11
María Claudia Parias Durán	
Prefacio. Propósito de la gente de centro	13
Introducción. El cabo del hacha	17
La historia del hacha	
El libro	
Cómo se hizo el libro	
El hacha de abundancia	31
El hacha de comercio	77
El hacha de dos cabezas	119
Enfriar la tecnología	161
Notas	187
Referencias	193
Los autores	197



## *Agradecimientos*

Este trabajo fue posible gracias a la Beca de Investigación en Arte, Tecnología y Ancestralidad del Instituto Distrital de las Artes (Idartes) y a los proyectos Endulzar la Palabra, Amanecer la Palabra, e Infraestructuras Digitales Abiertas para el Cuidado de la Memoria Viva, financiados por la Pontificia Universidad Javeriana en colaboración con la Asociación Zonal de Cabildos y Autoridades Tradicionales de La Chorrera (Azicatch).

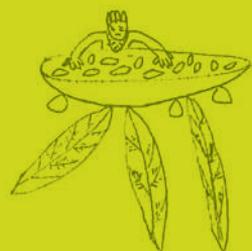
Expresamos nuestra más profunda gratitud a los guardianes de este conocimiento: los abuelos Fernando Jifichiu (clan Oso), Manuel Zafama (clan Almendro) y Pablo Umire (clan Mujer). Agradecemos también a Salvador Remui, Arcesio Umire, Walter Agga, abuelo Enrique Teteye, abuela Leonor Manaideke, abuelo Lorenzo Rojas, Sandro Candre, César Juragaro, María Kuiru, Mariana Florián, Aimema Uai, Ruidajo, Bárbara Santos, Estefanía Piedrahita, y a quienes nos acompañaron en distintos viajes de trabajo a La Chorrera a lo largo de los últimos cinco años. Gracias por tantos aprendizajes.

\*\*\*

Finalmente, un agradecimiento especial a toda mi familia, a Natalia, quien recorrió este camino conmigo, y a Nina, mi hija, a quien dedico este trabajo.



**C.B.**



# Presentación

Por María Claudia Parias Durán  
Directora general Idartes

Para actuar en consonancia con los profundos cambios que se han presentado en el campo de las artes, y debido a que, en gran medida, estos han sido motivados por la proliferación de las nuevas tecnologías que proponen inminentes retos para el campo artístico, Idartes, en el marco del Plan de Desarrollo 2024-2027, “Bogotá camina segura”, se plantea el desarrollo de estrategias y canales de circulación y creación para la apropiación y el fortalecimiento digital ciudadano, promoviendo la integración de disciplinas diversas, el intercambio de experiencias, la cocreación y formación en competencias y habilidades tecnológicas y multidisciplinarias, la experimentación y la generación de iniciativas de transformación digital, desde la profunda y enriquecedora relación entre el arte, la ciencia y la tecnología.

La Línea de Arte, Ciencia y Tecnología está enfocada en expandir los límites creativos de las prácticas artísticas, así como en promover confluencias con la actividad científica y tecnológica, por medio de una programación que incluye actividades como laboratorios, talleres interactivos, exhibiciones, festivales, desarrollos tecnológicos de *software* y *hardware*, encuentros de pensamiento y diálogo, coloquios, hackatones y una amplia oferta de becas y residencias nacionales e internacionales basadas en la cocreación, investigación, exploración, intercambio, trabajo en red y promoción del conocimiento en torno a los proyectos hechos en red, los metamedios, los nuevos espacios de representación

digital, las materialidades digitales y la activa participación ciudadana en la tecnosfera.

La presente publicación, titulada *El hacha fría: Palabra de tabaco* para curar la tecnología, es el séptimo ejemplar de una colección de textos especializados que se publican anualmente y que están enmarcados en el eje de investigación sobre *ancestralidad y tecnología*. Las investigaciones buscan plantear cruces y tensiones entre las diferentes formas de ver y comprender el mundo, y amplían el concepto de *tecnología* a partir de perspectivas como la arqueología de medios, la revisión de tecnologías complejas y la generación de lazos con el pensamiento de las culturas y los saberes ancestrales; estas investigaciones parten de una perspectiva transdisciplinar que contempla un componente transmedial.

En La Chorrera (Amazonas) y en sus territorios vecinos, en el corazón del interfluvio Caquetá-Putumayo, cohabitan cuatro pueblos indígenas: uitoto, okaina, bora y muinane. Estos son los denominados *pueblos del centro, hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce*, quienes, a pesar de los procesos históricos de colonización en sus territorios, han continuado desarrollando sus saberes y prácticas en la tensión entre ancestralidad, modernidad, territorio y tecnología.

En este contexto, este proyecto de investigación explora la historia del contacto de estos pueblos con las tecnologías occidentales a través de las narraciones de los abuelos, dando voz al pensamiento propio de estas comunidades sobre la tecnología. A partir de la imagen del hacha de metal —convertida en metáfora de estos encuentros— se abre una reflexión intercultural sobre los desafíos, contradicciones y posibilidades que han marcado estas relaciones.

Con esta serie de publicaciones, Idartes da continuidad a reflexiones que proponen distintas perspectivas y visibilizan saberes de comunidades ancestrales y sus conocimientos sobre las tecnologías. Esta es una de las maneras como Idartes se compromete a que la gestión del conocimiento y la promoción de ejercicios de memoria viva hagan parte la construcción de una ciudad más diversa, más incluyente y que promueve, desde distintas estrategias, el bien-estar de sus habitantes.

# Prefacio

## Propósito de la gente de centro

Estamos tratando de hacer un esfuerzo por comprender esos dos mundos. Cómo desde el indígena vemos, y desde cada pueblo, cómo se mira ese camino del hacha. De lo que tiene que ver con mercancía, con tecnología, con ciencia del Occidente. Que uno pueda escuchar: esta es la filosofía de la tecnología desde Occidente. Bueno, pero desde nosotros también tenemos una filosofía acerca de eso.

En lo de nosotros todo va con consejo. Todo hay que recibirlo, todo hay que enfriarlo, todo hay que ordenarlo para que eso no genere grandes dificultades.

Uno entiende que esas dificultades del hacha no se van a acabar del todo. Pero se pueden controlar, cumpliendo el consejo.

Quizás, esas son las cosas que no se cumplen desde nosotros como indígenas. Uno conoce las narraciones del hacha, pero no las vivimos, no lo hacemos.

La tecnología es un desafío en estos últimos tiempos para nosotros los pueblos indígenas. Que ha llegado a nuestro medio sin control, sin darnos cuenta se metió. Nunca nosotros hemos hablado acerca de eso realmente desde nuestra cultura.

Se puede decir que la tecnología es el hilo del pensamiento materializado.

Cuando usted piensa, va y va, usted recorre. Esa es la tecnología. Esa es la manera en que nosotros la utilizamos. El hilo del pensamiento para analizar, para entender qué es lo que hay en este mundo, desde las narraciones.



Pero desde el *blanco* son estos aparatos, donde se puede mirar y se puede contar.

Nosotros navegamos de esta manera. A través de las narraciones conocemos el universo.

Y el *blanco* ya a través de estos aparatos puede ver.

Decimos: Entre ese y ese hay una relación.

Y eso es lo que uno quisiera ahondar. Porque uno mira que el tema de la tecnología no tiene control. Cada día se crean más cosas. Empieza a confundir a la humanidad sobre la realidad. Se crean ficciones, y muchas verdades se ocultan también.

Nosotros no podemos ir más allá de lo que nuestros abuelos ya dijeron a través de los orígenes: “Esto nació así, esto se creó así, esto tiene estas consecuencias”.

Esta es nuestra manera de controlar eso. Esa es la regla de nosotros. Para tocar el pensamiento de la nueva generación. Para vivirlo. Porque el asunto no es conocer tantas narraciones; el asunto es usted practicar. Ese es el secreto. Y se practica porque ese es un mandato de la espiritualidad.

Y cada pueblo tiene una forma de ver eso. Pero los *hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce* tenemos un solo norte frente a estas cosas.

Entonces, pensando qué es lo que queremos hacer con este libro. Pues que dé impacto hacia nuestras nuevas generaciones y que dé impacto hacia Occidente.

Que el capitalismo no se atreva a tanto, porque estas son las reglas para mantener la humanidad.

Porque sobre esto el Tabaco nos dice que hay que ser más humano. Este tabaco y esta coca nos enseñan a ser más humanos. Y sobre estos se controla la naturaleza, sobre estos se controlan todas las cosas.

Entonces, no se reconocen estas historias, esta medicina, y a las pocas personas que llevamos ese pensamiento de controlar la humanidad, de controlar la naturaleza.

Alguien allá afuera decía que hay pocos indios y mucha tierra. La visión de nosotros es al contrario: son pocos los indios para cuidar la tierra. Y son muchos los que quieren destruirla.

Desde los principios fundamentales de vida, nosotros controlamos todo.

Volviendo, ¿cómo hacemos para que esto sea algo realmente útil? Que no sea uno de tantos libros que hay, que uno puede leer y no pasó nada.

Porque estas narraciones están sacadas de los mayores, de las últimas raíces que aún sostienen lo que es el aire de vida, lo que es el pensamiento profundo de nosotros. Y sobre esa palabra queremos que la nueva generación siga. Y que la siga manteniendo.

Y seguir manteniendo eso es un desafío. Porque mantener esa palabra en su pensamiento es sembrar tabaco, sembrar coca. Y todas las noches hablar de esas cosas.

El día en que se pierda eso, pues será pura palabra. Y la pura palabra no tiene peso cuando no está enraizada en la palabra de nuestros antepasados.

Queremos impactar a través de este libro, y dar una explicación, por ahora, de la visión de nosotros como indígenas frente a la tecnología. Un poco más allá vamos a entender, y vamos a traer un poco de ideas de cómo puede ser eso.

Unas culturas tienen unas narraciones, otras culturas no las tenemos. Es así. Usted sabe una parte que es importante, yo sé otra parte, cuido esa parte; de esa manera. Por eso somos colectivo. Ese es uno de los principios para cuidar nuestra vida.

Cuando hablamos de tecnologías es una palabra: la *palabra de hacha*.

En lo que hemos investigado, son dos cosas: la *palabra de hacha* y lo de nosotros, la *palabra de abundancia*. Y eso va cada una en su dirección. Nosotros no podemos sacar lo que es propio y cruzarlo hacia acá, porque ahí nos vamos a enredar.

Apenas lo estamos pensando para poder llegar al camino. Usted está allá, yo estoy acá. Tenemos que hacer un camino.

¿Para llegar a dónde? Para poderlo sentar allá. ¿Pero qué vamos a ofrecer? ¿A quién va dirigido eso? Pues a nuestra generación que viene.

Nunca hemos hecho un análisis acerca de estas cosas del *blanco*, del hacha que ha llegado a nuestro territorio. Entre los *pueblos de centro* no

nos hemos sentado a hacer eso. Quizás esta sea la primera conversación que podamos escuchar.

¿Cómo cada pueblo mira ese tema de la tecnología? ¿Cómo está en el *canasto* de cada pueblo? ¿Cuáles son los desafíos que hay frente a eso? Y frente a eso, ¿cómo cada pueblo se va a parar?

Y quizás desde esa misma tecnología poder construirlo.

**J. G. (La Chorrera, septiembre de 2024)**



# Introducción

## El cabo del hacha

A finales de 2018 viajé por primera vez a La Chorrera, en el corazón del Amazonas. Un lugar que, como muchos, solo asociaba con el etnocidio cauchero ocurrido entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. La invitación había llegado meses antes a Bogotá de la mano de dos líderes indígenas que querían establecer una alianza de colaboración con la universidad para la que trabajo. Así, junto a un grupo de colegas, emprendí el camino hacia este territorio anclado entre los ríos Caquetá y Putumayo, donde habitan cuatro naciones indígenas: uitoto, okaina, bora y muinane. A pesar de hablar lenguas distintas, estos pueblos comparten una esencia común, un tejido cultural que se sostiene en el ambil (pasta de tabaco), el mambe (hojas de coca pulverizadas) y la yuca dulce. Son, como ellos mismos dicen, todos *hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce*.

La invitación tenía un propósito claro: escuchar el plan de vida de las comunidades y, a partir de ahí, construir proyectos conjuntos que lo fortalecieran. Durante una semana nos sentamos a dialogar con las autoridades y otros miembros de las comunidades, en conversaciones abiertas que iban y venían entre las posibilidades de trabajos futuros y las preocupaciones del presente.

Al final, acordamos trabajar en un proyecto de revalorización cultural que culminaría en una exposición colaborativa en el territorio. Pero, en ese proceso de diálogo y reflexión sobre la pervivencia de la cultura, emergió un tema que inquietaba profundamente a la comunidad: algunos veían en la tecnología una amenaza silenciosa. Los teléfonos celulares e internet estaban distanciando a la juventud de la tradición. Un mayor

lo llamó, sin rodeos, una “nueva colonización”. Sentían que la tecnología estaba vaciando de jóvenes las malocas, los espacios donde la lengua y el conocimiento tradicional se transmiten de generación en generación. Para ellos, el peligro no era solo el cambio de hábitos, sino la posibilidad real de que la cultura fuera a quedar huérfana.

En una conversación con Sandro, un joven okaina-uitoto, apareció una visión diferente: “Quienes hablan de prohibir la tecnología no conocen la tradición”, me dijo con firmeza. “Los orígenes mismos enseñan cómo debe manejarse lo que viene del mundo del *blanco*”. Su perspectiva rompió la oposición tajante que había escuchado antes y planteaba un punto clave: la tradición no es estática, sino adaptable. No se trata de rechazar la modernidad tajantemente, sino de negociar con ella, de encontrar formas de integrarla a la cultura sin perder la esencia. Quizás por eso las expresiones indígenas de la modernidad suelen a veces desconcertarnos, nos parecen, con frecuencia, paradójicas. Nos desafían porque contradicen la idea de lo “ancestral” como algo fijo, ajeno al cambio.

De hecho, en las conversaciones sobre los siguientes pasos de nuestra colaboración, las propias autoridades expresaron su interés en recibir formación en el uso de tecnologías y en gestionar la llegada de computadores al territorio. “Queremos dominar la tecnología del blanco”, dijo un abuelo en la maloca con determinación. A partir de esa necesidad, imaginamos un proyecto en el que los jóvenes pudieran crear un archivo digital para preservar la memoria cultural, combinando el aprendizaje técnico con el fortalecimiento de sus raíces.

Desde entonces, la pregunta sobre cómo llevar la tecnología a los territorios de acuerdo a los valores tradicionales se convirtió en una constante en mis viajes posteriores. En ese proceso conocí a Jitomañue, Sergio y Jimmy, líderes y sabedores uitoto, muinane y bora. Con el tiempo, gracias a las relaciones que hemos cultivado desde entonces, dejaron de ser solo interlocutores y se convirtieron en guías, maestros y compañeros en esta exploración; y más allá. Hoy, también son autores de este libro.

Fueron ellos quienes me sentaron a escuchar la palabra de los abuelos Pablo Umire, Fernando Jifichiu y Manuel Zafiama. Este conjunto

de sabedores me introdujo entonces a una forma distinta de entender la tecnología. Ellos quisieron abrir *el canasto del hacha* con el propósito de que este esfuerzo sirviera para orientar a las nuevas generaciones. En ese *canasto* están guardadas las narraciones de origen de la tecnología para estos pueblos. Allí no solo se encuentra un pensamiento propio sobre su función y significado, sino también una guía para curar sus enfermedades.

Sobre ese *canasto* trata este libro.

## La historia del hacha

Hasta hace poco, para llegar a La Chorrera desde el interior del país era necesario hacer una escala en San José del Guaviare y luego abordar un avión de carga. La incertidumbre sobre la hora y el día de salida de estos vuelos hacía frecuente que la espera en esa ciudad, situada en el límite de la selva amazónica, pudiera extenderse por días.

A las afueras del aeropuerto de San José encontramos el *Monumento al colono*. La escultura muestra a un hombre mestizo alzando un hacha (que fue robada), mientras una mujer indígena, arrodillada a sus pies, le extiende la mano mientras sostiene a un niño al que amamanta. La escena condensa el imaginario colonial del Amazonas: el hacha representa la tala como acto de dominio y apropiación de la selva, y la postura de la mujer sugiere la subordinación del indígena a su poder.

La colonización de la región comenzó con los primeros intercambios comerciales entre los pueblos indígenas y portugueses y brasileños, probablemente en el siglo XVII, a través de la frontera con Brasil [1]. Inicialmente, estas transacciones resultaron beneficiosas para las comunidades locales, pero con el tiempo derivaron en explotación y esclavitud, especialmente durante la fiebre del caucho, a principios del siglo XX. Aunque los indígenas participaron en el comercio mediante jefes intermediarios que adquirieron mucho poder a través de esta mediación, la relación se tornó abusiva y violenta. En respuesta, algunos grupos indígenas se rebelaron y atacaron tanto a los mestizos como a aquellos miembros de sus propias comunidades que colaboraban con ellos [2].

En particular, la llegada del hacha de metal con el comercio tuvo un impacto significativo en la dinámica social y económica de estos pueblos. Su uso incrementó espectacularmente la capacidad productiva en la apertura de terreno para la horticultura, si se compara con las hachas de piedra, pues facilitó el trabajo de los hombres, quienes tradicionalmente se encargan de esta labor. El poder que se les atribuía era tal que se pensaba que trabajaban solas. Además, esta eficiencia tuvo consecuencias en la distribución del trabajo entre sexos, ya que las mujeres debieron asumir mayores responsabilidades en el cultivo y mantenimiento de las chagras, ahora de mayor extensión, compensando así el tiempo liberado para los hombres [3].

Los comerciantes blancos, y posteriormente los misioneros, comprendieron el valor y poder seductor que el hacha de metal tenía para las comunidades indígenas, y utilizaron su acceso como un medio de dominación. A cambio de estas herramientas y otras mercancías exigían una gran cantidad de productos extraídos de la selva. Asimismo, promovieron conflictos entre grupos indígenas, incitándolos a entregar huérfanos y a capturar gente para el comercio de esclavos [4].

Posteriormente, la introducción masiva del hacha de metal por los caucheros rompió los circuitos comerciales tradicionales, permitiendo a más personas acceder a ellas al margen del control de los jefes indígenas. Esto debilitó las estructuras de poder local, que antes dependían de la intermediación del comercio [5]. Al mismo tiempo, la distribución de herramientas fue clave en el sistema de endeudamiento impuesto por los caucheros para garantizar mano de obra esclava. En general, la naturaleza de estos intercambios fue profundamente desigual, debido a la sobrevaloración de las herramientas, lo que hacía que las deudas fueran prácticamente impagables. Si el deudor fallecía, la obligación pasaba a sus hijos. De esta manera se establecían relaciones de dependencia que podían prolongarse a lo largo de toda la vida y transmitirse de una generación a otra [6].

En esta historia, el hacha de metal no solo representa para estos pueblos las tecnologías y las mercancías del *blanco*, sino también su carácter depredador. Sin embargo, su significado más profundo radica en la

relación de dependencia que este contacto impuso con la economía de mercado y en el impacto que tuvo en la desestabilización del orden tradicional [7].

Aunque las narraciones sobre el hacha que comparten los abuelos en este libro no hacen referencia directa a estos acontecimientos históricos, resuenan con sus huellas. A través de ellas es posible comprender cómo estos pueblos enfrentaron las fuerzas que transformaron su mundo, cómo aprendieron a manejar el acceso al poder de las nuevas herramientas y cómo sortearon sus peligros.



## El libro

Estas comunidades han enfatizado en su plan de vida la necesidad de cerrar el *canasto de la tristeza*, es decir, de dejar guardado el dolor colectivo causado por los procesos históricos de colonización en el territorio. En su lugar, buscan abrir el *canasto de la abundancia*: fortalecer el orgullo por lo propio y proyectarlo hacia un futuro de bienestar para todos. Siguiendo este principio, el libro no se detiene en la narrativa del sufrimiento. En cambio, recoge los aprendizajes de esta historia en clave de resistencia y futuro, y los actualiza en función de las preocupaciones sobre la juventud y la pervivencia de la cultura. Su propósito es activar desde allí una reflexión intergeneracional e intercultural sobre este asunto de la tecnología.

Por medio de narraciones y diálogos, el libro presenta una historia alternativa de la tecnología, y muestra cómo las diferencias culturales moldean las maneras en que comprendemos su lugar en el mundo. Se parte del reconocimiento de que la comprensión indígena de la tecnología no puede reducirse únicamente a los mitos o a cierta cosmovisión. En las narraciones de origen están contenidos unos principios y valores que sirven de guía, pero en las prácticas cotidianas se manifiestan diversas experiencias de la tecnología a medio camino entre lo ancestral y lo moderno, siempre en tensión creativa con esos valores culturales. Son la expresión de las modernidades indígenas. Y es justamente en esa capacidad de

moverse entre mundos aparentemente opuestos que encontramos también parte de la fuerza de su comprensión y su relevancia [8].

La apropiación tecnológica, entendida como el proceso de traducir lo ajeno para hacerlo propio, nunca es completa. Las tecnologías externas siempre conservan algo de su origen, y se sitúan en un espacio intermedio entre *lo indio* y *lo blanco*. Esto, a su vez, no solo transforma, sino que también amplía la comprensión de lo propio al ponerlo en diálogo con la diferencia [9]. Por eso, este trabajo subraya la actualidad del pensamiento amerindio.

En la cosmovisión de la *gente de centro*, todo lo que proviene de afuera, ya sea de la naturaleza o del mundo exterior, es considerado caliente y potencialmente nocivo. Por lo tanto, debe ser enfriado o curado antes de ser incorporado al centro, al espacio comunitario. A lo largo del libro, esta idea se explora a través de las narraciones del hacha, con el fin de trazar los fundamentos de una ética y una política de la apropiación tecnológica propias de estos pueblos. *Quien conoce las historias del hacha sabe cómo curar sus enfermedades*, dicen los abuelos.

En el libro también se desarrolla una visión de la técnica que la conecta con el lenguaje, lo mítico, la espiritualidad y la vida. Una perspectiva que se aleja de ese marco establecido, antropocéntrico, instrumental y destructivo, tanto para el planeta como para las relaciones sociales, desafiando así las ideas convencionales sobre lo que significa una tecnología avanzada. Al hacerlo, nos invita a imaginar otras prácticas y formas de relacionamiento con el mundo mediadas por la tecnología.

Finalmente, el libro está compuesto por cuatro capítulos. El primero explora los orígenes y el significado del hacha mítica de la abundancia. Se sitúa en el contexto del trabajo de tumba para la elaboración de chagras, y muestra las relaciones de continuidad entre espiritualidad, tecnología y naturaleza en esta forma tradicional de trabajo. El segundo capítulo aborda los orígenes del comercio y las dificultades que las relaciones de intercambio con el mundo occidental han representado para estos pueblos; también recoge las recomendaciones sobre el manejo tradicional de estos intercambios y de las mercancías que llegan a los territorios, incluida la tecnología. El tercer capítulo se centra en la preocupación

por las nuevas generaciones, profundizando en los retos que plantea la interculturalidad. Mediante un diálogo con la ciencia y la tecnología occidentales, cuestiona la visión del desarrollo y el extractivismo, proponiendo una perspectiva que pone en el centro la vida. Estos tres capítulos se estructuran a partir de las narraciones del hacha, seguidas de diálogos en los que se discuten y amplían los temas centrales. El cuarto y último capítulo es un ensayo que busca delinear el pensamiento de la *gente de centro* sobre la tecnología desde una perspectiva intercultural. Además, tantea su potencial para aportar nuevas miradas críticas a los problemas tecnológicos contemporáneos.

## Cómo se hizo el libro

Este trabajo nació, ante todo, de los lazos construidos con Jitomañue, Jimmy y Sergio desde el 2018. Sin embargo, la idea de este libro tomó forma en 2020, cuando Jitomañue quedó varado en Bogotá debido a la emergencia sanitaria por la pandemia de covid-19 y pasó varios meses en mi casa. En ese tiempo, el hacha se convirtió en una exploración recurrente en nuestros diálogos nocturnos, que luego se amplió en distintos momentos junto a los otros sabedores. Para el último viaje a La Chorrera, en septiembre de 2024, cuando nos sentamos todos a desarrollar lo que sería el libro, ya habíamos registrado unas 36 horas de audio de mambeos, algunos entre nosotros, y otros, con la participación de los abuelos y personas que se sumaban ocasionalmente, tanto en el territorio como en sus visitas a Bogotá.

Sin que mediara una decisión deliberada de diseño, el mambeo se convirtió en el método de investigación de este trabajo. Consiste en un diálogo estructurado entre participantes, mediado por el consumo ritual de ambil (tabaco) y mambe (coca). Como círculo de palabra, el mambeo se basa en una comunicación relacional que prioriza el vínculo entre quienes intervienen, en lugar de la confrontación de puntos de vista individuales. En este proceso, las narraciones, los gestos y el humor son también elementos fundamentales para la construcción colectiva

del conocimiento. No es una conversación informal ni un intercambio formal de preguntas y respuestas, como en una entrevista, aunque sigue una metodología. El mambeo opera bajo protocolos de escucha activa y respeto mutuo, y el conocimiento se construye sobre lo expresado por los demás. Su desarrollo es dinámico: las intervenciones se entrelazan, las ideas se reiteran, se complementan o divergen, para luego retomarse y conectarse, lo que permite identificar patrones entre distintas perspectivas. En este sentido, el saber no se elabora de manera lineal, sino que emerge como parte de un tejido colectivo.

Pero el mambeo no es solo el modo de conocer, sino también la forma en que se estructura la escritura del libro. Optamos, así, por una edición basada en las transcripciones de los audios, buscando que el texto final mantuviera la lógica de la oralidad del pensamiento indígena. De esta manera, este respeta las formas coloquiales de expresión de los sabedores, con mínimas ediciones en algunos casos para facilitar la comprensión sin subordinar la palabra oral a las convenciones escritas. Aun así, reconocemos los límites de la escritura para capturar la oralidad en toda su riqueza.

Sujetos a estas limitaciones, exploramos alternativas. En lugar de una puntuación convencional, utilizamos saltos de línea para acentuar las pausas naturales del discurso. También incorporamos la expresión “jmm” entre líneas, un recurso propio de los mambeos tradicionales que los oyentes pronuncian de forma coral para reafirmar ideas, imprimir ritmo y fuerza a la palabra de quien habla. Esta expresión también puede señalar cambios de voz en el texto, ya que otra decisión importante fue no identificar a los hablantes.

En la tradición, explican los sabedores, no se dice “yo digo”, “yo sé” o “yo conozco”; no se dice “yo”. Es la *Palabra de Tabaco* la que se expresa a través del mambeador [10]. No hay autores, sino mediadores, lo que incluye mi propio rol como puente en este encuentro intercultural [11]. Desde esta perspectiva, estos textos representan un mambeo continuo que se desarrolla, además, en distintos lugares y momentos en el tiempo, y en el que la autoría y la autoridad de lo que se dice residen, ante todo, en el tabaco.

Sin embargo, esto no significa que el texto o el pensamiento de la *gente de centro* sean homogéneos. Hay diferencias entre los saberes que tienen los pueblos y la manera en que abordan los distintos temas, y el texto no las oculta. Por eso, se mantienen los marcadores identitarios presentes en los diálogos, como expresiones en distintas lenguas y referencias a los diferentes pueblos, pues de esta manera se resaltan esas variaciones.

Aunque la edición de los textos y la escritura del último capítulo estuvieron a mi cargo, todo el proceso contó con la participación de los sabedores indígenas. Mediante consultas y un ejercicio de escucha atenta, las revisiones garantizaron que la versión final reflejara también sus perspectivas.

En conjunto, la forma en que se construyó el libro intentó responder al propósito de los sabedores de buscar la mayor autenticidad cultural del material. Ellos insistieron: “Que lean esto y digan: me estoy sintiendo mameado”. “Que se sienta que cogimos el hacha”. “Que se sienta una palabra viva”. En este espíritu, invitamos a que los capítulos centrales del libro, que contienen las narraciones y los diálogos, no se lean como una sucesión de argumentos que se desarrollan paso a paso, sino como un espacio de pensamiento vivo que invita al lector a trazar sus propias conexiones.

Imagínese sentado en el mameadero de un abuelo. Al principio, las palabras pueden parecer ajenas, algunas en lenguas desconocidas, y los ritmos, distintos. Pero si escucha con atención, con respeto y paciencia, poco a poco el sentido emerge. Y entonces, sin darse cuenta, ya está dentro del mameo.

**C. B.**





El mambadero. Izué, Amazonas.



Naimekiire naimekiire* giiri giiri** jai jai	Dulzura, dulzura retumba, retumba
Yiiji aridi aridi naimekiire nazeda jata naimekiire giiri giiri jai jai	Arriba, arriba puerta de la dulzura hacha de dulzura retumba, retumba
Naimekiire yiziya yajiina jofokai yabadua giiri giiri jai jai	Frutas de la dulzura sus semillas acá adentro /elogiamos retumba, retumba
Yiiji jufubi jufubi yuaki najema yuai Zaierani*** nazeda jata naimekiire giiri giiri jai jai	El de acá adentro dueño de baile de frutas puerta de yuai Zaierani hacha de dulzura retumba, retumba

**(Canto murui de entrada, baile de frutas)**

(\*) Conjunto de las frutas dulces.

(\*\*) Sonido de las frutas al caer.

(\*\*\*) Personaje que soñaba con abundancia.





Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm

# El hacha de abundancia

**Estas son narraciones para el manejo del trabajo de tumba.**

**Que sirven en lo espiritual y en lo práctico para que salga bien, sin complicaciones.**

**Es en el diálogo donde el dueño del trabajo nombra todo eso.**

**Para que los jefes de los palos no dañen el hacha y no se le quede ningún palo en pie.**

**Para que no haga daño ese tigre y ese gavilán que decimos.**

**Así, él conjura los peligros.**

Narración

La primera hacha la tenía un personaje llamado Güisi Nñiba, Piedra de Sol.

Era hacha de candela.

A donde él llegaban pretendientes por su hija.

Él les decía: “Sí, ahí está ella”.

Al que llegaba lo mandaba a tostar la coca, pero con una candela falsa.

Y como no tostaba, Piedra de Sol lo metía en la misma candela y se lo comía.

Llegaba otro y él lo mandaba a tumbar un palo —que realmente era de piedra—.

—Ahí están las hachas —le dijo.

Y él se iba con esas hachas falsas.

Quería tumbar, pero le cayeron encima el tigre y el gavián.

Las frutas del árbol como piedras lo aplastaron.

Piedra de Sol llegó y lo devoró.

Y así, pasaba eso con los pretendientes.

Entonces ya llegó Gááducu íihu, Atarrayero.

—Suegro, yo vengo por su hija —le dijo a Piedra de Sol.

—Sí, ahí está ella.

Pero todos los que vinieron, por pereza de hacer coca se fueron.



Lo mandó a tostar,

pero él apartó esa candela falsa y puso su candela de abundancia.

Ahí sí comenzó a tostar.

Nombró las alas de hormiga arriera, de libélula y de chicharra para que saliera bien tostada la coca.

Luego nombró las frutas para que la coca quedara dulce.

Terminó e hizo mambear al suegro.

Ya en ese punto él le dijo:

—Yerno, el último palo que me quedó allá de la derriba, lo tiene que tumbar.

Allá están las hachas.

— Bueno — respondió.

Llegó y ahí estaban las hachas.

Pero eran omóplatos de animales, entonces él las rechazó.

Luego un hacha del sapo juanboy, también la rechazó.

En ese momento,

Atarrayero sacó el hacha de pájaro carpintero y del escarabajo de verano.

Luego hizo espiritualmente una pasera encima para protegerse.

Ahí sí empezó a tumbar,

pero cuando hachaba las astillas volvían a pegarse al palo.

Entonces nombró a la hormiga arriera, al ratón, al borugo, al tintín,

a los animales que acarrear y amontonan su comida,

para que se las llevaran.

Pero el árbol aún no caía.

Piedra de Sol lo sostenía de la copa con un hilo invisible amarrado a una estrella.

Entonces Atarrayero cogió su ambil y lo transformó en un tábano.

Ese fue y picó al suegro en la espalda.

Ahí sí él soltó el hilo y cayó el palo.

De ahí, ya se fue a descansar.

Y en eso Piedra de Sol regresó.

Traía casabe y casaramá para comerse al yerno.

—Suegro, ¿qué es lo que usted está buscando? —le dijo.

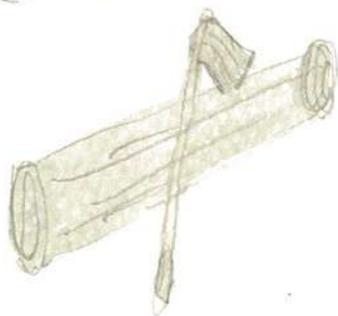
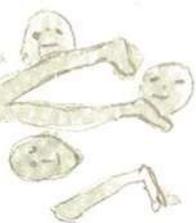
—Yo pensé que usted ya tenía hambre, por eso le traigo esto.

*Narración del abuelo muinane Pablo Umire  
(clan Mujer)*





Aimema Uai



Mambeo

El origen del hacha para nosotros es la candela. Esa es la primera hacha.

Estábamos mambeando sobre dónde apareció el hacha.

Entonces los abuelos me dan un ejemplo, una comparación.

El hacha tiene un complemento, como lo tiene la motosierra.

La motosierra en sí no tiene ninguna autoridad si no le mete combustible. Así mismo el hacha, siempre tiene ese complemento que es la candela.

Antes estaba el hacha de piedra que trajeron los andokes. Pero esa piedra solo servía para machucar el palo porque no tenía filo. Tenían que ponerle candela para tumbar.

La candela es el origen de todas esas cosas.

Todo lo que tiene que ver con hacha de abundancia tiene dos lados que se complementan: el hacha de candela y el hacha de transformación.

La candela es peligrosa, pero ella transforma las cosas en alimento. Puede ser candela de destrucción o candela de transformación.

El que el vino a enfriar toda esa candela fue Fééne Dudicamaje Jiichiba.

*Jmm*

Bueno, aquí quiero compartir como me contaron, como escuché, de cómo los abuelos trabajaban antes, que no existía esa hacha de metal.

Existía *yairo*, el hacha de piedra, con el filo pompudo. No tenía ni hueco para meter el cabo. La amarraban con bejuco.

Los abuelos madrugaban a bañarse para trabajar, para ser fuertes. Comían su casabe con su caldo. Chupaban su ambil, mambeaban y se iban a tumbar un gran árbol.

Los abuelos lo garrotiaban, le metían algodón y candela. El fuego acompañaba al hacha de piedra para cortar el árbol.

Y demoraban días, semanas. ¡Qué trabajadores eran los abuelos!

Después de que el árbol caía, ellos esperaban a que calentara el sol y se secara. Lo trabajaban hoguereando.

Machete no había, hacha no había.

Se mantenían trabajando en eso para alimentar la familia.

*Fmm*

Y seguimos manteniendo esas narraciones. Son orígenes para limpiar, para despejar con la palabra todos los peligros que se presentan en el trabajo de tumba.

Porque la selva es la casa de los animales, y cuando usted va allá a desbaratar eso, a nadie le gusta que le dañen su casa.

Por eso es que se les pide permiso a los seres que se van a afectar.

Y eso empieza en la noche, desde un diálogo con esos seres en la preparación ritual del trabajo.

Ahí se narran las historias de hacha.

Todo hace parte del manejo de la *palabra de trabajo*, de la *palabra de tumba* para la abundancia.

*Fmm*

Y es que los abuelos dicen que cuando uno va a hacer un trabajo, por más sencillo que sea, uno no debe meterse de una vez.

Siempre tiene que mirar arriba. Sacar su ambil, encomendar al creador.

Porque el mundo le puede responder a uno, dicen.

*Fmm*



Entonces hacia allá vamos a mirar para cortar un bejuco, porque nos puede enredar.

Cuando se habla de bejuco se está hablando de serpiente, que de pronto le pica en el trabajo.

Entonces, si hacemos tala, allá arriba en los árboles hay ramas secas. Hay comején que a veces uno corta y se despega y ¡pun!

Esos son gavilanes que están ahí.

Todo eso hay que despejarlo.

Entonces el abuelo va a mirar eso. Va a despejar el sitio donde las criaturas van a trabajar.

Los abuelos manejamos eso para que no haya accidente. Si uno lo narró así y algo pasó, entonces hay que revisar que no se tocó en la narración, que se metió.

*Fmm*

En la *palabra de tumba* se menciona al tigre. Decimos tigre al comején que deja al árbol hueco por dentro, porque el árbol le va a caer de arriba y lo mata.

No se dice rama, se dice gavilán, porque él baja de lo alto y lo agarra. El gavilán es las ramas secas o cualquier cosa que puede caer y aplastarlo.

Entonces, como requisito, usted debe observar si está el tigre o el gavilán. Esos se tienen que rechazar.

Lo primero que usted debe hacer antes de hachar es mirar arriba a ver si hay comején y ramas secas. De eso usted tiene que cuidarse. A medida que usted le va dando al palo, se va sacudiendo y lo suelta.

*Fmm*



Y ahí en la narración, cuando se dice que todas esas hachas falsas se rechazan, se está aconsejando a los animales que se retiren, que no se metan en el trabajo.

Se está pidiendo permiso en ese diálogo.

Esas hachas animales también se rechazan, porque no cortan.

El Juan boy es un sapo que tiene la boca pompa, no tiene filo. Ese es el que canta anunciando el verano, el tiempo de tumba.

Y el omóplato de animales que parece hacha, ese también hay que rechazarlo.

*Fmm*

En la narración se rechazan las hachas de candela, las hachas animales. Si no se tocan, vienen accidentes en el trabajo.

Y se acogen las buenas, que son la del cucarrón de verano y la del carpintero.

Porque ese cucarrón parte cualquier tipo de palo. Su diente es como un hacha que no se dobla ni se apompa.

Y el carpintero corta en pleno sol, no se cansa, no siente hambre; él va de frente machacando el palo. Entonces se invoca para manejar el hacha bien y que no se voltee contra usted.

En el trabajo, usted adopta el espíritu de esos animales para que no se le doble el hacha, no se le apompe y no sienta cansancio.

Todas son la misma hacha material, pero tienen un espíritu diferente.

*Fmm*

También cuando el personaje cortaba la astilla, volvía y se pegaba. Se pegaban por ese mal espíritu, entonces no le rinde el trabajo.

Para que le rinda, invoca entonces el espíritu de los animales que acarrear las astillas.

En la narración se hace una pasera espiritual para protegerse del gavilán. Las ramas secas que pueden caer con los hachazos o con el viento, y del tigre que es el comején, que cuando golpea el palo se le puede venir encima.

Y cuando usted está talando y el árbol no quiere caer, es porque ese maligno lo tiene amarrado del hilo invisible. Usted entonces invoca al tábano en su tabaco para que caiga.

Es el mismo ambil el que lo tumba.

*Jmm*

Todo tiene espíritu, todo tiene fuerza vital. Por eso nos dan la palabra de sacar permiso y utilizar lo necesario.

Cuando no lo sacamos con respeto, con ese espíritu, nos volvemos individualistas, no compartimos.

¿Como se saca permiso?

Recordando la palabra y la intención, para qué estamos haciendo ese trabajo.

Así amanece en una sana convivencia, en armonía, en una abundancia.

Si no sacamos permiso, no la respetamos, la naturaleza nos la cobra. Pasan accidentes.

*Jmm*

Así es, si no sacamos permiso y tumbamos un árbol, ellos tienen espíritu y también nos regañan. Por eso, pues con todo el respeto los abuelos lo manejan.

¿Y cómo se maneja?

Con el corazón del abuelo Tabaco y del mambe se endulza sacando permiso.

Cada árbol, desde el más chiquito hasta el más grande, es jefe.

Ellos lloran cuando caen, entonces se les paga con la palabra.

Con ambil se endulza el insecto, la avispa, la serpiente, las espinas, los bejucos, los palos secos.

Ese es el hacha espiritual. Ese es el manejo.

*Fmm*

Ahí se enfría. Ya lo pagué con *palabra de vida*.

Todo lo que es con la naturaleza es caliente y hay que enfriarlo.

De manera que bien va sacando permiso.

Porque la narración dice: si cae una palma de coco de monte, voy a sembrar ahí mismo el chontaduro; si cae bejuco, ahí voy a sembrar una medicina; si cae un platanillo, ahí voy a sembrar plátano.

Todo tiene un diálogo, ningún árbol cae por sí nomás.

*Fmm*

Eso quiere decir el hacha de abundancia.

Que la tumba tiene una consciencia y que todo lo que nazca y crezca ahí es para dar vida.

Ese es el objetivo principal de los abuelos cuando manejan hacha.

Así es el *jata uai*, *palabra de hacha*, *palabra de trabajo*, palabra para sostener la vida.

*Fmm*

Del hacha espiritual que existió primero, y que después amanece como hacha de hierro, se origina el trabajo de vida, *jiefue*.

Si uno trabaja sacando permiso, tal como cae un árbol, una palma, una siembra; desde el respeto.

Por eso nuestra cultura no es de deforestar, porque en un buen tiempo, en diez años, doce años, de la chagra que se ve deforestada nacen frutales de vida, nace el umarí y el caimo, nacen las palmas y el yarumo para el mambe.

Crecen y se vuelve otra vez selva.

Es un ciclo de cuidado.

Ese es el árbol de la abundancia, ese es el árbol del policultivo.



Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm



*Araucaria laevis*

*Fmm*

Y después de que usted pide permiso al Padre Creador, al mismo espíritu de Tabaco, para tumbar un pedazo de monte, ahí usted ya dice:

Voy a tumbar esto con esta hacha.

Sabiendo ya el origen de las hachas falsas, usted comienza a rechazarlas:

el hacha de calentura, el hacha de rasquiña, el hacha de accidentes, todo eso hay que hacerlo dormir.

Y se acoge el hacha de abundancia, el hacha de vida, el hacha de trabajo, el hacha dulce. Con eso yo voy a trabajar.

Y ese diente, ese filo, lo direcciono hacia los árboles:

“Usted es hacha de trabajo y no tiene que mirar hacia mi cuerpo”.

Así, ritualmente se enfría el hacha.

*Fmm*

Y cuando el hacha es nueva, los abuelos la endulzaban en una piña de monte que es para curarla.

El hacha se clavaba en la fruta y se asaba.

Así se purificaba, para que también esa hacha no corte en el trabajo, no perjudique.

Ya después de cada trabajo se enfría el calor del hacha.

Porque cuando está trabajando, ella tiene esa candela de devorar.

Al final de la tarde, los abuelos la enfriaban con hierbas frías o con tamillo (un helecho que se utiliza para curar).

Se enfría, se sopla y se pone a dormir en el canasto.

*Fmm*

Como todo lo que es traído de afuera es de otro, hay que enfriarlo.



La palabra para enfriar esas herramientas, para consagrarlas, está en el diálogo.

Para que no se le volteen a uno.

En la preparación para la tumba se direccionan:

“Usted, hacha, va a servir un solo propósito: va a mirar hacia afuera, hacia los palos; nosotros no estamos para que usted voltee hacia nosotros”.

Hay que direccionarlo porque él es un poderoso, es un abuelo, *Jata Buinaima*:

“Usted, que tiene el poder de comerse esta selva, de la mano de nosotros va a tumbar este pedazo nomás”.

“Si alguna cosa pasa, usted mismo nos avisa”.

Y en el momento de derriba, cuando un accidente quiere pasar, el hacha misma le avisa.

Usted pega un hachazo, y pega mal, le está avisando que se pare bien, que el árbol se puede reventar y se le viene encima.

Si tocó una rama o un bejuco, le está avisando que lo corte primero, porque se puede engarzar el hacha y lo va a cortar a usted.

Ella lo va direccionando también a usted cómo tiene que trabajar.

*Jmm*

De ahí viene otra parte.

Ya después del trabajo, en la noche revisamos en qué se falló, si se tuvo algún accidente.

¿Por qué sucedió eso?

Bueno, usted no tuvo precaución en esto; toca curarlo e invocar esa candela falsa.

Una herida es una candela que le queda a uno.

Entonces, si usted se cortó con un machete, se trae la historia:

qué candela tiene eso, cuáles candelas están cuando surgen ese tipo de accidentes.

*Jmm*

Quiero complementar lo que venía diciendo el compañero sobre el manejo.

El hacha realmente se maneja con el tabaco, que es la palabra.

Con la *Palabra de Tabaco* se direcciona el hacha para el trabajo.

De noche, nosotros socialamos y derribamos en el diálogo.

Los abuelos se sientan a las seis la noche anterior a la derriba, hacen el diálogo, y a la medianoche ya todo está tumbado.

El mismo Tabaco espiritualmente va cortando, va peleando y negociando con ese mundo.

Al otro día, nosotros simplemente hacemos amanecer esa palabra en la obra.

En lo espiritual, la *Palabra de Tabaco* es la misma hacha.

*Jmm*

“Usted no afiló bien su palabra, mire que su hacha rebota”.

“Un árbol duro, ¡se nos olvidó cortarlo espiritualmente!”.

¿Cómo afilaban los abuelos el hacha?

En los labios y en el pecho, palabra y fuerza, para trabajar y no enfermarse; para que corte la *palabra de vida* sanamente.

*Jmm*

Y de estas narraciones, hay un mayor que me orientó y me decía:

“Lo que estamos tocando es una herramienta más poderosa que el metal, con la que tiene que manejar esa, es el hacha de la palabra”.

Si usted está con esta herramienta de la palabra, la direcciona, usted está dando un hachazo.

Cuando hay una dificultad, se dice “afilemos bien el hacha”; pero es la lengua.

Porque con la palabra uno arregla o hiere.

Entonces, el hacha de abundancia es la buena *palabra de vida*, y el hacha más peligrosa es la palabra necia que va direccionada hacia el otro.

Esa es *palabra de hacha*, pero para guerra.

*Fmm*

El tabaco realmente enfoca la buena intención para nosotros.

Espiritualmente así es el manejo del hacha.

*Fmm*

Sí, ese es el misterio.

Esos primeros ancestros que adquirieron el hacha empezaron a hacer esos trabajos, pero no conocían sus secretos.

Pasaron los tiempos, varios personajes.

Cuando llegan al hacha propia de abundancia, para nosotros, la gente de centro, que somos de la sustancia de tabaco, ese mismo les enseñaba.

Como ya la está invocando para esa obra, en medio de sueños, el Tabaco les decía:

“Para hacer ese trabajo, usted tiene que rechazar esto, acoger esto”.

El mismo Tabaco les iba avisando.

De ahí empezó a extenderse ese conocimiento a las nuevas generaciones.

*Fmm*



Aimema Uai. *Uito* sobre papel acuarela, 21,5 x 28 cm



Airana Ibi

De parte nuestra, el pueblo uitoto,  
en las narraciones hay una única  
hacha de abundancia:

*monifue jata*, que decimos.

Una nomás.

Hubo otros personajes que traían  
la *palabra de abundancia*,

pero eso era palabra.

Ahí hubo fracaso, va a contar la  
narración.

Realmente, esa hacha se perdió.

Entonces, nosotros partimos  
siempre del origen de un baile.

Noinui Buinaima, el dueño del  
baile de Yadiko.

Narración

El hacha de abundancia vino de abajo hacia arriba.

El hacha la tenía Noinui Buinaima.

Él era estéril, no tenía hijos, pero tenía la *palabra de abundancia*.

Mientras su hermano, Monafereima,

le faltaba chagra, pero tenía hijos, tenía la *palabra de procreación*.

Noinui Buinaima vivía abajo con su mujer,

pero estaba triste porque solo lo rodeaban animales.

El otro vivía acá arriba, contento con su familia,

y cada tarde cantaba.

Noinui Buinaima ya escuchaba a su hermano cantando allá arriba.

Mientras él, allá abajo, no tenía con quién compartir su conocimiento.

Entonces dialogaba con los animales.

Siendo así, le dijo a su mujer:

— Mi hermano vive contento, ¿por qué nosotros estamos tristes?

Yo veo que él cada noche se va a pescar a la quebrada.

Vaya allá y tráigalo.

Así lo cumplió.



Llegaron a la maloca, y Monaferema vio que su hermano estaba sentado con las borugas.

Ahí, en un rincón, estaba el hacha de abundancia guardada en un canasto.

—Mujer, dele de comer a mi hermano, por favor —dijo Noinui Buinaima.

—Hermano, lo mandé a llamar porque necesito que usted engendre hijos con mi mujer —dijo.

Él aceptó y se fue con la cuñada.

Al otro día, Noinui Buinaima despidió a su hermano.

Lo mandó con canastos de comida para sus hijos.

Y le dijo que volviera en tres días por más.

Cuando Monaferema regresó a su casa, su mujer le preguntó dónde estaba.

—Vengo de donde mi hermano. Miré lo que me dio.

Allá sí hay abundancia, y nosotros acá aguantando hambre.

Pasaron los tres días, pero no regresó.

Entonces Noinui Buinaima mandó otra vez a su mujer a traerlo.

Tres veces los visitó hasta que la mujer se embarazó.

Mientras tanto, Noinui Buinaima soltaba *palabra de abundancia*

para la criatura que ya estaba en el vientre de su mujer.

Al tiempo, la mujer dio a luz un niño.

Sembraron la placenta, y de ahí salió una mata de coca.

Pero Noinui Buinaima aún no estaba conforme.

—Ahora tengo mi plantica de coca, pero me falta uno.

Me falta la totumita.

Así que volvió a mandar a llamar al hermano.

Y al tiempo nació una niña.

De ahí nació también el totumo.

En ese momento, Noinui Buinaima vio que ya estaba bien, y le dijo al hermano:

—Yo no tengo riquezas, lo único que tengo es mi hacha.

Como usted me dio lo que más necesitaba, acá se la entrego.

Esa hacha usted no la vaya a llevar a su casa.

Déjela afuera en la bamba de un palo grande, que ella en la noche va a trabajar.

No les debe decir a su mujer ni a sus hijos de dónde vienen esos ruidos de tumba.

Ya al amanecer, usted va a encontrar una chagra con toda clase de abundancia.

Hasta ahí todo iba bien acá arriba.

Monafereza ya tenía abundancia para hacer baile.

Mientras, abajo ya cayó la totuma.

Pero Noinui Buinaima ya no tenía hacha para rajarla,  
entonces le robó los dientes al jefe de las borugas mientras dormía.

Ya llegó el día del baile.

Monaferema, orgulloso, se colgó el hacha al cuello como una medalla.

Abajo, cuando la boruga despertó,

se dio cuenta de que Noinui Buinaima le había quitado sus dientes.

Como venganza, le mandó brujería.

Un alacrán picó a sus hijos, que así murieron.

A partir de ahí, los animales salieron de la maloca.

Ya se convirtieron en nuestros enemigos.

Arriba, Monaferema ya estaba cantando y ofreciendo la totuma de manicuera a los invitados.

Entre la gente estaba un sabedor envidioso, Tizidama.

Ese fue el último al que le ofreció,

pero en lugar de recibir la totuma, agarró el hacha.

Comenzaron a forcejear.

Subieron peleando a las alturas,

hasta que Tizidama mordió el hacha y la partió.

El hacha de abundancia cayó y fue a regresar abajo.

Allá de donde había venido.

Hasta ahí llegó la abundancia que trajo esa hacha.

Primero fue hacha, ahora es palabra.

*Narración del abuelo uitoto Manuel Zafiana  
(clan Almendro)*





Aimema Uai. *Uito* sobre papel acuarela, 21,5 x 28 cm



Ainere Uai

Mambo

Hasta ahí es esa narración del hacha de abundancia.

La abundancia que actualmente tenemos el pueblo uitoto está en el *baile de yuaki*.

Ahí está el manejo de la naturaleza y la creación.

Esa hacha del Yua Buinaima es la actual, que estamos sosteniendo y que nos está sosteniendo a toda la humanidad en este planeta.

Porque la otra se fue abajo, donde se originó.

*Jmm*

Cuando tocamos el ritual del hacha de abundancia, eso tiene un fin. Es para hacer chagra para un baile. Y hay que hacerlo amanecer así.

Cuando uno hace ese ritual ya piensa en baile grande.

Cuando voy a pisar maloca, a iniciar una carrera de baile, se hace para levantar chagra.

En el ritual se mambea, se dialoga y se pide permiso a los jefes de los árboles.

Hay que mencionar en la narración a esas autoridades: *obegi, ziona, ekire buinaki, nuio kura, kiritingo, emigi*.

¿Con qué fin?

Se menciona el comino para la construcción de una maloca.

Umarí café, *obegi*; y almendro, *ekire buinaki*, para sacar maguaré.

Se menciona *nuio kura, akavina* para sacar *yadiko*.

Cada uno tiene un animal que hay que hacer caer antes de la tumba por prevención.

Uno es el venado rojo; él es candela, es rabia.

El tigre colorado, ese es rabia de pelea también.

El cerrillo solitario, ese se transforma en el corazón de esos árboles; cuando él quiere hacer daño, se pelean entre hermanos en la maloca.

Y por último, el armadillo trueno, que manda el comején a los árboles para que aplasten al hachero.

Ellos son jefes de animales también.

Cuando se hace la narración, los palos ya no son duros. No sufren.

Y esas hachas humanamente se convierten en esa hacha de abundancia.

*Fmm*

No se presentan accidentes, los trabajadores no salen cansados.

Vaya usted así nomás y enfréntese con un árbol grande, y al regresar a su casa, su cuerpo está todo adolorido.

*Fmm*

Pero ya cuando hace chagra por interés personal, para negocio, con moto-sierra, para yo sembrar mucha coca, mucho plátano, pues los jefes de los árboles se enojan:

“Usted se está metiendo con mis criaturas, ¿dónde está?”.

Y entonces, por ejemplo, el dueño de ese árbol de almendro, el armadillo trueno, manda viento para que le aplasten las ramas secas.

Cuando se hace para negocio, ya no se hace con un buen pensamiento.

Así es que nuestra cultura se debilitó.

*Fmm*

El Noinui Buinaima no procreó personas, sino palabra: *palabra de vida, palabra de buen vivir, palabra de abundancia.*

Esa palabra no se amanece tumbando mucho monte.

No es teniendo mucha chagra, es haciendo baile.

Es diciendo a la comunidad: venga anciano, venga huérfano, venga viuda, venga cúrese, que acá yo tengo esta palabra.

Hacha de conflicto, hacha de egoísmo... ¡Nada!

Esa es el hacha que manejamos nosotros.

*Fmm*

Por tradición, el hacha de abundancia se la entregaron al hermano de acá arriba, de esta tierra, con sus condiciones y sus reglamentos.

De cómo manejarla para poder traer la abundancia en este territorio, die-tando, cumpliendo el consejo.

Así, esa hacha no debe estar dentro del espacio de la maloca desordenando.

Ella está afuera, trabajando sola.

Comienza desde las seis a trabajar toda la noche, y cuando se amanece ya es abundancia: frutas, yuca, coca, todo lo que consumimos nosotros.

Cuando amanece, el hacha descansa; cuando se oscurece, comienza otra vez a trabajar.

El consejo dice que esa hacha no tiene por qué causar divisiones. Ella es para la humanidad.

*Fmm*

Pero ahí viene la desobediencia del hermano, que pierde el hacha por ese incumplimiento.

El Noinui Buinaima le advirtió que no la debía llevar en público.

El hermano de acá arriba se sintió orgulloso.

Él primero era cualquier persona, entonces, cuando el hermano le entregó el hacha, se sintió un gran cacique y comenzó a hacer baile.

Pero en lugar de dejarla afuera, se la colgó al cuello por vanidad, y eso a otro sabio no le gustó.



Desde ahí para nosotros comenzó la envidia, y con la envidia llegó el conflicto.

El otro sabio, en vez de recibirle la totuma con la cahuana, quiso robarle el hacha.

No quedó para este ni para él.

Así desapareció la abundancia, se acabó la chagra, solo quedó rastrojo.

Nos deja la enseñanza de que uno no debe ser orgulloso y humillar al otro porque tiene.

Por eso, muchas veces, cuando uno hace un trabajo, se obstaculiza por la envidia.

La envidia siempre está ahí al lado.

Entonces, sabiendo eso, uno abre ese canasto de abundancia y lo maneja desde la maloca para que los trabajos salgan bien.

*Fmm*

Mientras que el otro hermano, el Noinui Buinaima, perdió la abundancia porque no respetó.

Por sacar el diente del jefe de las borugas, sabiendo que es autoridad, un abuelo, él lo tomó sin permiso.

Para poder tener abundancia hay que tener su familia. Usted solo, si va a hablar de abundancia, pues quién lo va a aprovechar.

Pues los animales de afuera.

Y los animales de afuera pues también tienen dueño.

A ellos los alimenta la naturaleza.

El Noinui Buinaima no miró hacia la humanidad: trabajaba para los animales. Por eso fracasó.

Lo que se trabaja es para compartir con la familia, con los abuelos, con la comunidad, pero él lo direccionó para los animales.

Primero pensó en los animales, y solo luego en tener familia.

Y como los animales son celosos, cuando llegaron los hijos, ya no los quisieron.

*Fmm*

La abundancia es compartida; si es para uno mismo, llega el fracaso.

Porque la fuerza no le va a dar tampoco: quién va a rebuscar para usted, quién va a pescar, quién va a cuidar la chagra.

Y la misma naturaleza, por usted desperdiciar comida cuando otros no tienen, lo castiga.

Eso pasa ahora con el comercio: ya la gente no quiere compartir, sino vender.

Ya hay gente que no hace chagra, pero tiene plata; entonces le venden.

Así se perdió el hacha de abundancia.

Pero como ya conocieron el hacha, luego fueron a buscarla con el comercio.

*Fmm*

Ahí ya aparece el hacha metálica con Muinajega, el ancestro muinane.

Eso está así en la narración de *moniya amena*, el árbol de la abundancia.

Él se la entregó primero a Monaya Jurama.

Con esa ya pudo hacer chagra, e hizo amanecer su trabajo como pisada de maloca, sacó maguaré e hizo baile.

Lo que él soñaba, lo hacía amanecer para compartir.

Pero otros que consiguieron mezquinaron el hacha.

Mientras unos seguían trabajando garrotiando con hacha de piedra, los otros ya tenían el metal.

Los que tumbaban con piedra vinieron a saber qué pasó, cómo tumbaron, de dónde vino esa hacha.

“Pero ¿¿por qué la mezquinan!?” dijeron.

Ese ha sido el problema cuando a los que les llega no comparten.

Ahí es donde crece el hacha mezquinada.

Como dice en la narración, ahí viene la enfermedad del hacha.

Ya quisieron tener el hacha y se pelearon.

De ahí viene un canto de *yadiko*:

*jata eedoina*, llorar por el hacha.

*Fmm*

Quiero complementar con otra narración que le escuché al mayor Walter.

Dice que había un personaje que se llamaba Jata Yoema.

Él en sueños logró traer espiritualmente el hacha de abundancia.

Ya con esa, lo que él decía como palabra, amanecía como abundancia.

Esa hacha espiritual luego se vuelve material.

Es entonces cuando otro personaje, Monaferema, por envidia se la quiso robar, y también se pelearon por quedarse con ella.

Entonces, en la lucha, Jata Yoema tira el hacha lejos, y al caer forma un hueco que va al centro de la tierra, donde se vuelve metal.

Al fondo de ese hueco, cuando toca el asiento, suena como una campana —dicen—.

Ahí mismo, donde cayó el hacha, se formó un cerro que se llama *Jatae*.

Ese es un lugar sagrado del territorio murui.

Cuentan que en ese cerro se ven todas las frutas que consumimos, que parece un paraíso.

Entonces, allá abajo queda el espíritu del hacha como metal.

Ahí vuelve, ahí se guardó.

Por eso, la advertencia es que si vamos y sacamos ese metal, viene conflicto.

*Fmm*

Esa enfermedad del hacha ya la sanaron los ancestros, y luego no había mezquindad, no había orgullo ni envidia, no se discriminaba.

Compartían lo poquito, lo enfriaron.

Ahí empieza también el plan de vida.

Es la parte de la convivencia sana en nuestro territorio, del tejido colectivo de la abundancia.

Tal como cayó el sudor en la tierra, invito al otro también, comparto lo que se siembra.

Eso es de vida.

*Fmm*

Y así es en el trabajo.

Yo hago minga, y me gusta que la gente llegue, reírnos y hablar.

Es una forma de compartir también lo que algún día ellos ayudaron.

Entonces, de esa forma después ellos se alimentan de lo mismo.

Yo ya te ayudo, pero mañana yo mismo puedo venir a comer acá.

Así dice el abuelo Eriberto:

“Voy a tumbar la chagra de nosotros allá donde fulano. De esa misma coca voy a mambear yo, de ese mismo tabaco voy a chupar, de esas frutas voy a tomar cahuana”.

Él no dijo que voy a tomar de fulano: es de nosotros.

*Fmm*

Sí, como se venía diciendo, el hacha de abundancia multiplica la vida.

Después de limpiar el terreno, con la chagra se alimenta el anciano, se alimenta la familia, se alimenta la humanidad.

De esa abundancia se levanta luego una maloca.

Esa hacha tiene una dirección:

va a ir cortando, pero después de cortar, va a ir reproduciendo, va a ir procreando, va a ir humanizando.

Ella va con *palabra de vida*.

*Fmm*

Luego llega la motosierra, y ya el trabajo es individual.

Ya no importa el diálogo ni el compartir en la minga.

Ya cualquiera derriba cuando quiere.

Antes los abuelos preparaban para todos la *palabra de tumba* desde el mambeadero; se coordinaba desde ahí.

Todos derribaban en el mismo tiempo del año.

Un día se hacía minga para uno, el otro día para otro.

Ahora el abuelo no puede hacer el control del tiempo, porque uno está esperando verano para la quema, y el otro está pidiendo lluvia para la siembra.

¿Y dónde está el rezo? ¿Dónde está la palabra? ¿Dónde está el cuidado?  
¿Dónde está el respeto hombre-naturaleza? ¿Dónde está para procrear y para compartir?

No está.

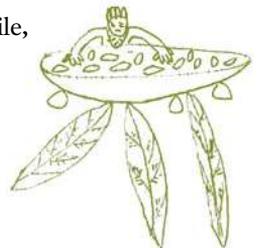
*Fmm*

La motosierra ya tiene otro sentido, como dice el abuelo.

Cuando es individual, no está orientada para alimentar o para hacer baile, sino para el comercio del mambe.

Terminó y ahí no quedan frutales, no queda nada: rastrojo.

Los hijos ya no van a cazar más ahí. ¿De qué frutas se van a alimentar?



Ya no les transmiten esa *palabra de abundancia*. Todo va quedando estéril.

Están esas dos direcciones.

*Fmm*

Viene el *choema*, el metal, el acero. Viene la rula, el machete y el hacha con cabo, y viene también el licor.

Ahí el blanco acribilló a nuestros abuelos por pagar hacha; ahí supimos de esa hacha.

Más luego viene el hacha de sierra.

Y como se va transformando, como el pez piraña que sacaba astilla, como el cucarrón de verano que corta la rama, en la motosierra.

Pero ahora ya ni con hacha la gente quiere rajar leña.

La motosierra se mete en la selva sin sacar permiso.

No se hace con *palabra de vida*, y llega el individualismo y el negocio.

Le metimos ese metal, esa candela a la selva, sin respeto.

Los mambeaderos ya tienen ese metal, esa candela.

*Fmm*

Se dice que ya estamos modernizados, pero nuestro manejo es sacando permiso, enfriando, para armonizar y multiplicar la vida.

Pero los hijos y los nietos ya no quieren estar sentados escuchando la palabra de los abuelos por el consumismo que llega por esos medios.

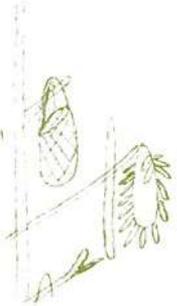
Allá no hay plata, pero allá hay *palabra de vida*.

*Fmm*

Con motosierra es un trabajo más caliente, porque eso viene ya con muchas intenciones.

Pero es bueno, si uno lo direcciona bien.

Lo que mi padre que era aserrador me aconsejó:



“El trabajo lo tiene que recomendar al Padre Creador, al Moo Buinaima, y pedir permiso a esos árboles que va a tumbar”.

Entonces fui adaptando ese consejo de que a todo árbol hay que pedirle permiso para que no se accidente usted.

Entonces es lo primero que hago cuando llego con la motosierra.

Esta motosierra ya es máquina y requiere de más cuidado; entonces, vamos a direccionarla, a adoptarla como si fuera de nosotros.

Que se convierta como parte de nosotros ya, como usted convierte una culebra en un amigo que no le muerde, así usted la pise.

Son enemigos poderosos que uno convierte como en un primo, en un familiar.

Que sea parte de nuestro poder.

Entonces la convertimos en herramienta fría para nosotros, para que no se vuelva agresiva ante la misma naturaleza.

*Jmm*

Realmente, aunque el hacha material es una, el hacha es un símbolo, un nombre: hacha de la destrucción o hacha de la abundancia, hacha de todo.

Así, cuando pensamos mal nosotros, pues ya estamos yendo por el camino del hacha de destrucción.

Su espíritu está en el pensamiento, en la intención, en cómo la direccionamos nosotros.

Entonces, el hacha tiene doble filo, para bien y para mal. Depende de la dirección que le dé.

Los abuelos nos recomiendan conocer las dos.

Si usted solo conoce el bien, cuando lo ataca el mal, ¿usted cómo lo va a rechazar?

Conocer el mal, pero no utilizarlo.

*Jmm*

Lo importante es el manejo, la intención que se le pone en el trabajo.  
El trabajo de nosotros, así sea para pescar, así sea para caceriar, así sea para sacar un rastrojito acá, uno tiene que mambear.

Porque acá arribita hay hormigas que pican, hay avispa.

Entonces, siempre que se va a hacer un trabajo, hay que narrar algo.

Así sea para sacar bejuco hay que pedir permiso.

Porque esos árboles tienen su espíritu.

*Jmm*

En la *palabra de tumba* se mezcla el ambil para dialogar con esos árboles.  
Se les dice: Esa hacha no soy yo ni mis criaturas; es el hacha de abundancia que va a pasar por ahí.

Pero a ustedes los va a reemplazar otra generación: la piña, el caimo, el marañón, la maraca, la uva, el umarí negro, el umarí verde, el umarí amarillo, la guama, la maraca, la yuca dulce, la coca.

Se siembra palma de milpeso, palma de canagucho, palma de cumare, todo.

Se les paga reemplazando para que se estén quietos.

*Jmm*

Lo que el hombre blanco llama *reforestar*, desde hace tiempo nosotros los abuelos veníamos con esa palabra.

Cuando abrí los ojos, yo ya escuchaba hablar así a los mayores tarde en la noche.

Ahí encomendaban todo a los seres de la naturaleza.

Se invoca al dueño de la vida.

Yo escuchaba eso.

Decían: *Obegi tiya meinemo oberana zaitari. Ziona tiya meinemo mizenana zaitari.*

Allí donde cae un umarí, se debe sembrar uno de la misma especie. Allí donde cae el árbol ziona, debe sembrarse maraca.

La narración misma lo ordenaba.

*Fmm*

Nosotros no destruimos la selva porque nuestra ley de origen dice que hay que cuidar.

Eso es lo que nosotros cuidamos acá cada noche en los mambeaderos.

Uno dice *hacha de abundancia* cuando es para que crezcan las criaturas, cuando es de procrear la gente.

Esa hacha de abundancia no vino del *hombre blanco*: ella vino de abajo hacia arriba.

El hacha de nosotros da vida, cuida, va procreando.

El hacha del *hombre blanco* va destruyendo, va deforestando.

*Fmm*

Cuando ellos me hablan de cambio climático, yo les digo: apenas ustedes abrieron los ojos.

¡Pues sigan destruyendo nomás!

El trabajo del hombre blanco no lo hacen ellos: lo hacen las máquinas.

En la noche ellos no piensan en todo esto.

*Fmm*

Los *blancos* dicen que las estrellas son astros; las estrellas no son astros para nosotros.

Es vida lo que hay allá.

El aire que ellos viven es una parte; la otra parte es el aire que nosotros vivimos acá.

Entonces, si nosotros nos sentamos a hablar con el Abuelo Estrella sobre el cambio climático, pues de pronto podíamos hacer algo.

No es sembrar árboles ni nada, sino que nosotros tenemos esa relación espiritual de manejo.

*Fmm*

Todo este monte que se ve es porque nosotros lo manejamos; no está así nomás.

Porque esa palabra, el manejo de crear, nos la entregó nuestro Padre Creador.

Lo ha puesto en la hoja de tabaco.

En el tabaco colocó todo lo que es para la vida.

En el tabaco dejó ese pensamiento de querer saber.

Lo sembramos, lo procesamos y lameamos.

En ese momento, ese mismo aire, ese mismo espíritu, nos va a iluminar y a enseñar sin necesidad de estar preguntando.

Si yo le pregunto a este anciano, me va a decir lo mismo que me está diciendo el Abuelo Tabaco espiritualmente.

*Fmm*

Pues así están las cosas que nos están destruyendo a nosotros.

Toda esa cosa ya fue ordenada desde el principio.

Si usted hace un análisis más desde el origen del universo de nosotros, el pueblo bora, el universo era un mundo de candela, dice la tradición.

Entonces, la palabra vino de arriba, se posó ahí, enfrió, y esa candela se fue al centro de la tierra, que son los volcanes.

Allá, allá se cocinaron muchas cosas, y vino todo el proceso de la formación.

Ahí el creador terminó toda su creación y dijo:

“Usted, el hombre; usted, la *gente de centro*; si usted quiere vivir bien, tiene esta tierra de abundancia.

”Lo de abajo ya se quedó allá; usted administre esto”.

*Fmm*

“El agua tiene su espíritu, tiene su derecho; los árboles tienen derecho, los animales tienen derecho.

”Si usted va a caceriar, si usted va a pescar, si usted va a tumbar, hay que pedir permiso.

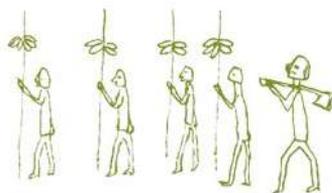
”Si ustedes cumplen eso, van a vivir con todo controlado.

”Usted todo el tiempo no puede estar en pesca en pesca, porque le va a pasar algo; no puede estar en cacería en cacería porque...

”Esas son las reglas. Con eso, ustedes van a vivir bien por los siglos de los siglos”.

Ahí está el mandato.

*Fmm*





Aimema Uai. *Uito* sobre papel acuarela, 21,5 x 28 cm



Amoria di



Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm

# El hacha de comercio

**Del hacha de trabajo para  
allá es hacha buena, hacha  
verdadera.**

**Del hacha de trabajo para  
allá, los ancestros chupaban  
ambil, mambeaban y  
consagraban el trabajo al  
Padre Creador.**

**Pero antes vinieron otras  
hachas.**

**Con esas trabajaban, sí, pero  
tenían sus complicaciones.**

**Eran hachas falsas.**

**Voy a narrar esa historia  
tal como se la escuché a mi  
finado papá**

Narración

Ya los primeros jefes llegaron donde el Abuelo Hacha,  
con su tabaco y su coca para intercambiar.  
Allá él les abría su tienda,  
y ellos se llevaron las hachas más brillantes, las más bonitas.



Esas hachas las llevaron luego a las comunidades.  
Trabajaron con ellas.  
Pero trajeron desorden, muchas complicaciones.  
Esas primeras hachas fracasaron.

Hasta que fue Fééne Dudicamaje Jiichiba, el Nieto Trabajador de Centro.

Entonces el Abuelo Hacha le mostró las herramientas.

—¿Y esta hacha? —le preguntó al abuelo

—Es *jéécivo jigáúje*, hacha de adoración. Hace que usted la trate como un dios —le respondió.

—¿Y esta hacha?

—Es *sfáárají jigáúje*, hacha de embolate. Le enreda y le desvía.

—¿Y esta hacha?

—Es *sgáágátujoji jigáúje*, hacha de desgracia. Trae cosas malas a la comunidad.

—¿Y esta hacha?

—Es *áigúúcumo jigááje*, hacha de calentura. Usted vive inquieto y trae conflictos.

Luego el Fééne Dudicamaje Jiichiba señaló un hacha oxidada, y preguntó:

—¿Y esta?

—Esa si no tiene ninguna complicación. Es hacha buena —le respondió.

Ya Fééne Dudicamaje Jiichiba regresó a su comunidad y dijo:

“Bueno, yo ya conseguí un hacha. La voy a enfriar”.

Entonces cogió una piña de curación, *nibirihá*, y ahí la clavó para que enfríe, para que quede templada y no se astille.

Ahí sí comenzó a trabajar, a rozar.

Pero no podía, no tenía motivación.

“Cómo va a ser —dijo—.

”Si yo mambeo, si yo chupo ambil, si yo tomo cahuana, si yo como casabe...”.

¿Qué pasó?

Lo dejó y se fue a buscar cacería.

Comió eso, volvió al trabajo, y ahí sí le rindió.

“Ah —dijo—, así tienen que hacer las nuevas generaciones:

”No tienen que afanar el trabajo”.

De esa manera sacó permiso a los dueños de la naturaleza.

Rechazó los palos duros,

los mismos jefes de los árboles:

*gósico, gúisrihi, fáaibe ciidii, iji úga, táacá buuréréhé, béréémico.*

“Esos palos tienen que ser como mafafa, yerbarajo, yarumo, balso, que son blanditos”, dijo.

Así los nombró.

También nombró al tigre y al gavián,

y los rechazó.

Cuando terminó de tumbar,

ya venía otra gente de la comunidad.

Él les prestaba el hacha.

Y así trabajaron hasta que todos tuvieron chagra.

Fue el hacha que no tenía complicación.

El hacha que trajo abundancia.

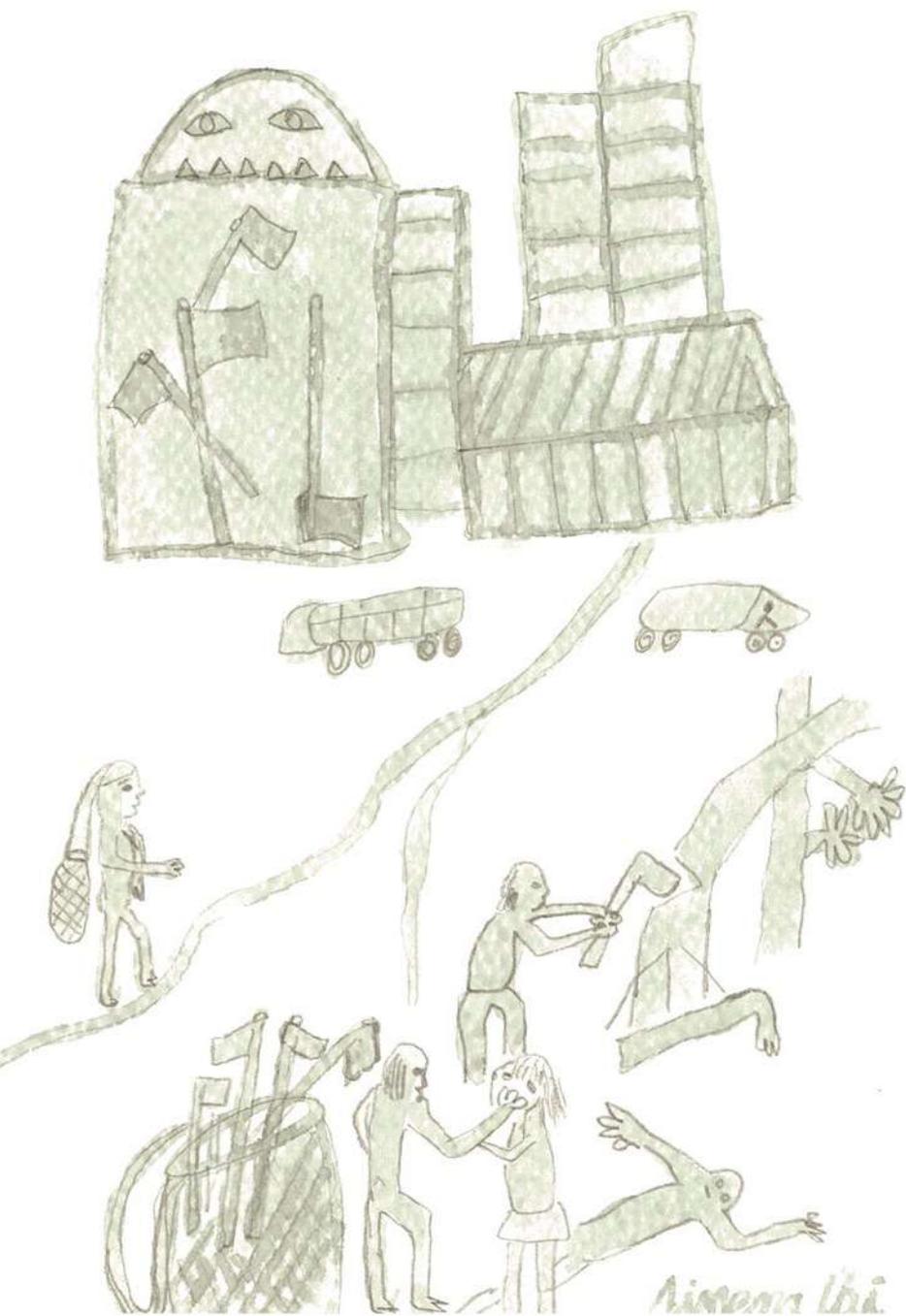
El hacha que tiene que nombrarse para el trabajo.

***Narración del abuelo muinane Pablo Umire  
(clan Mujer)***





Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm



Mambo

En la narración del comercio son dos jefes: uno bueno y otro malo.

El mal jefe fue el primero que hizo el comercio, pero él no cumplió.

Él llegó con el hacha y solo trabajaba para sí mismo: no compartió con su gente.

Y cuando iba por más donde el *blanco*, no llevaba los buenos productos para intercambiar, porque solo no se puede sacar cosas buenas.

Entonces el Abuelo Hacha se dio cuenta e impidió el comercio.

Esa era un hacha falsa. Ese jefe fracasó.

El jefe bueno vino después y fue justo.

Compartió el hacha y pudo sacar cosas buenas para intercambiar.

Ese trajo el hacha verdadera, el hacha de trabajo, y así pudo mantener abierto el camino del comercio.

*Jmm*

De parte de nosotros, el primero que abrió el camino del negocio fue un jefe muinane que se llamó Pekujeafe.

Él hizo el negocio por el río Cahuinarí para abajo; de allá llegaba el hacha de los brasileños.

Ese jefe empezó a cambiar huérfanos por hacha; ya luego cogían gente para llevarla donde él.

Entonces él se los entregaba a Paayiri, que venía de parte de un jefe miraña, para cambiarlos con los brasileños.

Ya le dieron un gran poder a esa primera hacha. Por eso se nombró como hacha de adoración.

Todos querían tenerla. Era como un dios.

*Fmm*

Ya después se negociaba hacha por caucho con los peruanos.

A esos les decían *gente blanca*.

Esas eran las consecuencias de esas primeras hachas falsas.

Hoy en día, los líderes tienen que cuidarse de eso.

Si usted va a gobernar, lo que consiga es por el bien de todos.

Si usted trabaja solo para usted, viene esa consecuencia: lo enferma esa ambición de poder.

*Fmm*

Varias veces fracasó el camino del comercio con el *blanco*, hasta que Fééne Dudicamaje Jiichiba pudo traer el hacha verdadera de trabajo.

Las hachas falsas que fracasaron pudieron ser buenas, pero el dueño del hacha no explicaba:

“Esta hacha es de esto, y usted tiene que trabajar de esta manera. Así tiene que ser”.

Hasta que este Nieto Trabajador de Centro fue y preguntó, se sentó a mambear y a dialogar con el Abuelo Hacha.

Y así le entregó el hacha buena que no tenía complicaciones, que no enfermaba.

Esa él la trajo a la comunidad y la curó.

Dijo a su gente que esa hacha no era para problemas, conflictos, envidias, sino hacha de trabajo para el bien de la comunidad, para vivir en armonía y alimentar a los hijos.

Ya entonces se pudo destinar para tumbar.

*Fmm*

Y es que esas herramientas tienen un dueño, un creador.

Lo que nos dice la historia es que si usted no conoce sus intenciones, si usted no hace esa prevención, esa hacha puede venir a hacer mal, puede venir a embrujar.

*Fmm*

La narración nos muestra también que el hacha puede venir como brillante, como bonito, pero puede ser hacha falsa de ilusión.

¿Cuál es el hacha aquí?

Bueno, la que se negoció, la que se retiró es el hacha pequeña y oxidada.

Eso me hace entender que esa hacha humilde es la sabiduría, es la buena palabra.

Entonces, para nosotros, para que sea hacha de abundancia, como la buena palabra, está en eso.

Esa hacha humilde es la más fuerte, porque está afilada con la buena *palabra de abundancia*.

*Fmm*

La narración también hace entender que no hay que ser egoístas y compartir.

El abuelo que trajo el hacha va diciendo:

“Yo les traje esto. Trabajemos todos con esto hasta que todos tengamos”.

Después otros ya querían hacha, y él les dijo:

“No se preocupen: vamos a seguir trabajando, vamos a sacar abundancia, tabaco y coca, y con eso vamos a ir por más hachas”.

Y les fue repartiendo hachas a cada una de las familias.

En una narración dice que él trajo, repartió a todos, y lo que quedó, él mandó a hacer una casita para guardar allá, por si a alguien se le dañaba la herramienta, y de ahí entregarle una nueva.

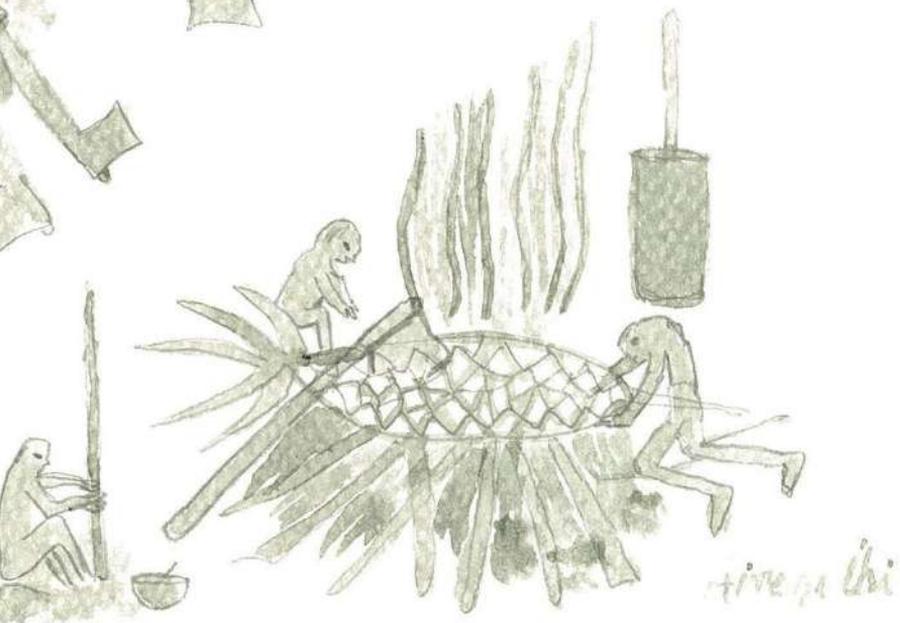
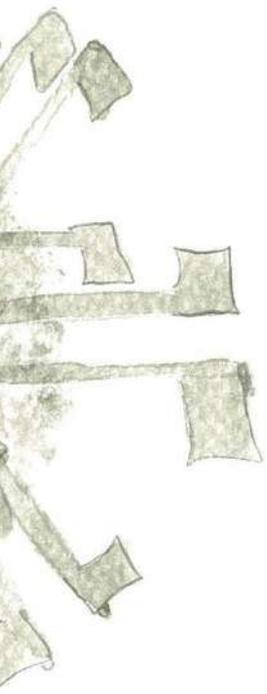
Así él lo ordenó.

*Fmm*





Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm



fivegalhi

Vamos a escuchar el inicio de lo que es la *palabra de hacha*.  
Cómo comenzó eso con nuestros antepasados.  
Qué peligros hay,  
qué consejos, qué recomendaciones hay,  
para nosotros seguir gobernando.

Esta parte del *hombre hacha* es complicada.  
Eso necesitamos contar a nuestras criaturas.

Narración

Desde allá comenzó ese negocio de hacha.

Había un personaje. Se llamaba Ovetá Nimuhe, el Abuelo de Abundancia.

Él se sentaba todas las tardes para sacar coca  
y para pensar cómo cuidar a sus criaturas.

En ese pensamiento estaba cuando su mujer llega con unos hongos,  
y él le dice que cocine rápido para comer.

En ese momento le entra el mal a ella:

—¡Qué saca usted de estar mambeando todas las tardes!

Debe buscar algo para que sus criaturas coman —le recriminó la mujer.

En ese momento, ella sembró candela en su pensamiento,  
y él se desapareció de su asiento.

Y esa rabia que él tenía fue a quedarse en el camino de Icuaji Nimuhe,  
el Abuelo de Hacha.

Allí se transformó en tigre de candela.

Y a todas las personas que iban a donde el Abuelo Hacha, se las comía.

De ahí, su hijo quedó solo.

Ya en el vientre de la mujer venía el segundo hijo.

Mas adelante, los niños ya fueron creciendo.

Pero nunca supieron qué le había pasado al papá.



Hasta que un día llegaron a la chagra.

Allí vieron un palo alto con una pasera, y le preguntaron a la mamá:

—Pero qué alto era este hombre que tumbó este palo. ¿Y con qué lo hizo?

—Sí, con hacha —la mamá respondió.

—Nosotros queremos que usted nos consiga un hacha.

—Eso se consigue de un dormilón. De la quijada, que es como un hachita.

—Pues consíganos una, que queremos cortar la maleza yerbarajo.

Entonces ella hizo una cuerda de cumare,

torció piola para el anzuelo,

buscó hormiga ronda para la carnada,

y pescó el dormilón.

Ahí les entregó la quijada para que jugaran.

Pero ellos seguían preguntando por el papá, y ella lo negaba.

Un día volvieron a la chagra, donde la mamá estaba sacando yuca.

Le dijeron que se les había partido el hacha de dormilón.

—Ah, bueno, eso se reemplaza —dijo.

En esas vieron en la chagra un montón de tabaco.

—¿Qué es esto? —el hermano mayor preguntó.

Y de ahí para allá, un montón de coca.

—¿Qué será eso? —dijo.

En ese momento llamaron a la mamá.

—¿Mamá, esto qué es?

—Eso es tabaco —respondió.

—¿Y para qué sirve?

—Los hombres lo cocinan, lo mezclan con sal y lo lamen.

—Mamá, nosotros vamos a hacer eso.

—Y esto otro que se ve de aquí para allá es coca.

—¿Y para qué sirve?

—Eso lo sacan, lo tuestan, lo machucan, lo ciernen, y con eso mambean.

—Mamá, nosotros vamos a hacer eso.

—No, hijos, esas cosas son para mayores.

—Pero como nosotros no tenemos mayores, vamos a sacar para aprender.

—No, eso se necesita curar, porque o sí no ustedes se vuelven viciosos

—dijo ella.

—Aunque usted no quiera, nosotros vamos a sacar —le respondieron.

Como les contó la mamá, así lo hicieron.

Cuando lo sacaron, se sentaron a mambear.

Ahí el tabaco les abrió el pensamiento.

Empezaron a investigar cómo iban a vivir,

cómo iban a trabajar,

cómo quedaron huérfanos

y quién era el papá.



Hasta que el mismo papá le detuvo el aire al hermano mayor,  
que cayó de su asiento.

La mamá vino y encontró al hijo muerto.

—Vea, por eso es que yo les dije que no hicieran eso.

Vea lo que le pasó a su hermano —se lamentó ella.

Pero resulta que el papá le había retenido el aire al hijo para avisarle lo que  
le había pasado

y dónde había dejado el hacha de trabajo.

—Su misma mamá me hizo embolatar.

Si ustedes quieren trabajar, el hacha la dejé entre las hojas de este árbol  
—le dijo el papá.

A lo que él le informó, ya el hijo volvió a respirar.

Ya le contó al hermano todo lo que había pasado.

—Nuestra mamá fue la que lo embolató.

Nuestro papá está, pero en otra forma.

Y el hacha con la que trabajó la dejó en tal parte.

Mañana la vamos a sacar.

Al otro día le dijo a la mamá:

—Anoche yo escuché un pájaro dentro de unas hojas. De pronto tiene  
cría.

Yo voy a ir a mirar.

Allá fue y encontró el hacha.

Volvió y le preguntó a la mamá:

—¿Y esto qué es?

—Esa es el hacha con la que su papá trabajaba —respondió ella.

—Si mi papá trabajaba, pues nosotros vamos a trabajar —le dijo.

Los hermanos socalaron, sacaron mambe, sacaron sal y mezclaron ambil.

—Hermano, mañana vamos a tumbar la chagra.

Para eso estamos mambeando y lamiendo ambil.

Fueron a descansar, y el papá en sueños se le manifestó al mayor:

—Está bien que trabajen,

pero yo me voy a formar en *cujguahe*,

un árbol de candela.

Voy a destruir esa hacha.

Pero el hijo no entendió eso.

Temprano fueron a derribar la chagra.

Así iban tumbando, tumbando.

En la mitad encontraron un palo grande y duro.

Hicieron una pasera y comenzaron a hacharlo,

cuando en esas se les partió el hacha.

Todo quedó en silencio y se sentaron entristecidos.

—Hasta acá llegamos —dijo un hermano.

—Perdimos el hacha de nuestro papá,  
no vamos a tener con qué trabajar —dijo el otro.

Cuando vio lo que pasó, la mamá les dijo:

—¿Y por una cosa tan sencilla ustedes van a entristecerse?

No, tenemos esta chagra y vamos a ir reemplazando.

Ahí vamos a tener yuca.

No se pongan tristes.

Ellos se quedaron tranquilos, pero querían ir donde el Abuelo de Hacha a pedir ayuda.

Ya su mamá les había advertido que era peligroso ir por ese camino.

Ahí estaba el tigre de candela, que se comía al que pasara.

Preocupados por cómo conseguir una nueva hacha,

el Abuelo Tabaco le habló al mayor en sueños:

—Su mismo padre es el tigre de candela.

Él se transformó por la rabia que le sembró su madre.

Tienen que sacar sal y coca, porque él fue el que comenzó con ese trabajo.

Ustedes van a enfriar esa rabia,

y él les va a instruir.

Ya entonces se prepararon y le dijeron a la mamá que iban a visitar al Abuelo Hacha.

—No, hijos —les dijo la mamá—.

No vayan a ir a entregar su carne al tigre.

¡Cuánta gente ha ido allá y no ha podido pasar!

—Si no vamos, ¿cómo la nueva generación va a encontrar hacha de trabajo?

Para la nueva generación no va a haber vida —respondieron.

Ya cuando emprendieron el camino, comenzó el mal tiempo, comenzó a relampaguear.

En esas se encontraron al papá furioso.

—No, papá, usted cómo nos va a desconocer.

Recuerde que usted mambeaba,

usted hablaba *palabra de vida*.

Esto es para la vida.

Así enfriaron su rabia.

Ya el papá les dijo:

—No es fácil llegar a donde el Abuelo Hacha, porque hay trampas.

Pero ustedes van a llegar —dijo.

Escuchen el consejo:

Las primeras hachas son de prueba; no son buenas.

Toda esa mercancía se va a convertir en mujer falsa que embolata.

Entonces, sin hacer caso hay que pasar.

Si cumplen, van a llegar.

Así lo hicieron y llegaron donde el Abuelo Hacha.



Él los recibió y les dijo:

— Bueno hijos ¿qué sería?

— Nosotros venimos a pedirle ayuda: el hacha de nuestro papá se rompió.

— Está bien — dijo.

Pero primero siéntense y escuchen lo que les voy a decir:

Todas estas herramientas tienen demonio, tienen prueba.

Les va a crear embolate, envidia, conflictos entre sus criaturas.

Cuando les pasen estas cosas, ustedes no van a juzgar.

Vienen a mí, que yo lo voy a hacer.

Todo lo que yo fabrico es para ayudarles.

Por eso les estoy enseñando, para que no cometan esos errores.

Luego ellos ya regresaron.

Le contaron a la mamá que el Abuelo les había dado hacha para tumar,

machete para socalar

y cuchillo para pelar yuca.

— Esto conseguimos en nombre de la gente,

y es de la gente — dijeron.

De ahí comenzó otra etapa de vida para las nuevas generaciones.

*Narración del abuelo bora Fernando Jifichiu  
(clan Oso)*





Aimema Uai. *Uito* sobre papel acuarela, 21,5 x 28 cm



Ai mecuo Uai

Mambo

Ahora, ¿por qué los hermanos pierden el hacha?

Como tiene esta narración el abuelo Enrique, esos hermanos se volvieron esclavos del hacha.

Una vez la consiguieron, no pararon de trabajar, de tumbar.

De ahí el papá se transformó en árbol de candela y se la partió.

Esa hacha no tenía espíritu de vida, sino de destrucción, pues el abuso provoca daño.

*Jmm*

Las cosas deben tener un orden.

Yo no puedo estar haciendo una chagra grande sin propósito.

Hay que pedir permiso, poner el propósito de por qué está haciendo chagra,

qué cantidad de monte se va a utilizar,

por qué les estoy quitando la comida a los animales.

Y si yo abuso, la naturaleza me va a juzgar; me va a enfermar si yo no le doy cumplimiento a eso.

*Jmm*

Lo que quito, lo tengo que reemplazar.

Si se siembra chontaduros, los cerillos, las borugas, las guaras luego van a venir a comer.

Ahí se comparte.

Así también sembramos en el agua, para que no se acabe el pescado.

Es como nosotros hacemos el manejo.

Es un poder que nos dio el Creador para cuidar lo que él creó.

*Fmm*

Y entonces, ¿quién fabricó el hacha? Esa hacha de metal la hizo el hermano del Nimuhe de Centro.

Por eso él se llamó Icuaji Nimuhe, el *hombre hacha*, el creador del hacha.

Esta narración es el principio de la relación de nosotros con el *hombre hacha*, con el *hombre blanco*.

Ya cuando ellos llegan allá, ya ellos se relacionan, ya ellos se conocen.

A partir de ahí vienen varios orígenes del negocio.

De ahí para allá viene todo el tema de las complicaciones que nosotros vamos a tener con el *hombre blanco*.

Hay otros personajes que emprendieron el camino del hacha, pero no pudieron llegar porque no cumplieron con la dieta.

Otra narración dice que uno llegó allá y se robó el hacha, la trajo a nombre de su gente, pero se la adueñó.

Y le fue mal, porque el Abuelo Hacha mandó a sus soldados para apresararlo.

También hubo un jefe que fue allá a traer el hacha. La utilizó para tumbar chagra y levantar su maloca. Pero incumplió el consejo.

Las frutas que cosechó, las cocinó para darle licor a su gente en lugar de darle cahuana.

Eso se desordenó desde ahí.

De ahí empieza un mundo de consejos.

Esa *palabra de comercio* es un canasto grande.

Ahí usted va a escuchar del tramposo, del pícaro, del perezoso y de todas las pruebas que hay en el camino del *blanco*.

Y de ahí para allá sigue también una serie de narraciones de las complicaciones de la *palabra de gobierno*.

Pero eso es otro canasto.

*Fmm*

Eso es lo que el abuelo narra. Esas trampas del camino son las pruebas que se le presentan a la dirigencia que va a la ciudad y que tienen que desarmar.

La historia dice que allá hay esto, que hay esto, que hay esto.  
Pero, ¿qué es eso?

Eso es la mentira, el licor, la prostitución, la avaricia y otras enfermedades.

Es adueñarse de eso que trae, porque usted no va a nombre suyo.

Eso es para usted utilizarlo bien.

*Fmm*

El camino del hacha tiene muchas trampas, muchas pruebas.  
Ese es otro mundo.

Entonces, el tabaco y la coca le mandan a dietar, a tener disciplina si usted va a tener esa relación con el *hombre hacha*.

*Fmm*

Ahora, con las instituciones, con el gobierno, todo eso, allá tiene que llegar.

Pero si primero se va a tomar, los amigos lo llevan a los bailaderos, a la prostitución, eso lo va a enredar, lo va embolatar y lo va a contaminar.

Y de ahí lo que usted iba a hacer se va deshaciendo, se va deshaciendo.

Luego usted regresa y esa contaminación le daña el hogar.

*Fmm*

Esas son las enfermedades del hacha.

*Fmm*

Por eso, para ser un jefe hay que conocer qué hay en ese camino, para no caer.

Yo les decía a los hijos: Si el *blanco* respeta mucho esas cosas, pues nosotros las debíamos respetar más.

*Fmm*

Lo otro que decía el abuelo es que todo lo que viene del *blanco*, viene con su locura, viene con su rabia, viene con su poder, viene con su odio, viene con candela.

Entonces, antes de que llegaran esas mercancías, el abuelo lo dialogaba, lo purificaba frente al espíritu, para que eso que va a venir no genere enfermedad.

De esa manera antiguamente se manejaba la *palabra de consejo*: se endulzaba, se enfriaba lo que llega.

Si llega plata, hay un diálogo para enfriarla, porque la plata llega con su poder, con envidia, con su violencia.

Todas esas mercancías generan enfermedad porque están fabricadas con candela, vienen de abajo de la tierra.

Por eso el Padre Creador nos advirtió que no debemos tocar lo que está allá; ya él lo guardó allá.

Pero el *hombre hacha* sí sacó ese metal.

Por eso es que hay problemas, hay guerra, hay violencia; por eso es que se genera todo eso.

*Fmm*

Entonces, el metal de este celular es candela.

Cuando usted lo saca de allá, pues bota todo lo que es candela: enfermedades, problemas, poder, competencia.

De esa manera los abuelos lo manejaban para que esas cosas no generen problemas, divisiones, enfermedades.

Lo controlaban con la palabra: “Eso que viene acá no va a llegar con su locura, con su desobediencia”.



Todo eso lo dialogaban así, ahí lo enfriaban.

Pero ese diálogo se ha perdido; el manejo de las cosas que vienen de afuera a través de la palabra se ha perdido.

*Fmm*

Usted escucha el primer origen, y él cumplió todo, y por eso él pudo traer mercancía y a su gente no le pasó nada.

La gente lo estimaba porque hizo bien las cosas; y así debe ser el gobierno.

Él se fue a donde el *hombre hacha* con el consejo, con el respeto, con su coca, con su ambil.

Dialogaron entre dos autoridades, entre dos gobiernos que se sentaron a mirar lo que realmente necesitaba su gente.

Lo que se necesitaba, él lo trajo; lo que no se necesitaba, allá lo dejó.

*Fmm*

Pero otro necio se trajo otras herramientas que acá están prohibidas por la palabra, y ahí empezó la complicación de la mercancía.

Lo trajo, pero no aguantó la prueba de esa calentura; no estaba preparado para dominar eso.

El primer gobierno lo hizo bien porque pensó en su gente. Abrió el camino del hacha.

Después, los demás gobiernos se complicaron porque no obedecieron el consejo. Eso hasta nuestros días.

Y la nueva generación que no conoce esa palabra, ahí va a caer en esas trampas.

*Fmm*

El hacha tiene varias interpretaciones. Para nosotros representa el *hombre blanco*; como materia es una herramienta.



Al comienzo la pusieron como un dios porque no había un hacha tan fuerte; solo teníamos el hacha de piedra.

Entonces, cuando llegó el hacha de metal, el que la tenía era un poderoso. Que fue cuando empezó la primera complicación de nosotros los pueblos indígenas.

Esa hacha empezó a vender a su gente, a intercambiarla por huérfanos. Eso fue antes de la cauchería.

Cuando eso empezó a acabar con la gente, los ancianos se sentaron a estudiar qué era eso, por qué nos estaba acabando, por qué nos estaba generando dificultades.

Se dieron cuenta de que si se le daba tanto poder, eso lo domina a usted.

*Jmm*

Y después de mambear, narrar orígenes, advirtieron que eso era una simple herramienta de trabajo que no tiene por qué esclavizarnos y enredarnos.

Ahora nosotros somos los que le vamos a decir qué va a hacer aquí.

*Jmm*

Eso mismo siguió pasando con el comercio: lo que es el intercambio de gente por hacha, lo que es la bonanza del caucho, de pieles, de coca, de proyectos, los bonos de carbono, son el mismo dinero.

Cuando se truequeaba hacha por personas, ¿qué hicieron los abuelos?

Les empezaron a preguntar:

—Abuelo, ¿qué es este espíritu que se está llevando las criaturas? ¿Hacia dónde las está llevando?

Y este les dijo:

—Ustedes mismos le están dando poder a esa hacha. Es solo una herramienta. Entonces, pónganle nombre a esa herramienta.



Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm



*Aimenia Cary*

Ahora, esta va a ser hacha de abundancia, y de ahí se van a hacer las chagrás, de ahí se va sembrar el tabaco.

*Jmm*

¿Y cómo es el hacha de ahora? Ahora las nuevas hachas son la tecnología.

Pero ¿cómo la estamos recibiendo nosotros desde la parte espiritual?

El abuelo me enseñó que para traer eso hay que sacar coca, hay que sacar sal, hay que hablar de eso. Y muchas de esas cosas no se están haciendo.

El *hombre hacha* le dijo: “Te voy a dar esto, pero siéntese a escuchar”. Le dictó un taller.

Dijo: “Estas hachas que yo fabriqué tienen estas complicaciones”.

Pero esta nueva hacha de la tecnología que se trajo no tuvo ese principio de recibirlo, de enfriarlo, de orientarlo.

La narración nos lo muestra así, pero nosotros no estamos obrando en esa dirección que nos da el consejo.

*Jmm*

Esto es lo que nos enseña la tradición: hay que sentarse, hay que sacar sal, hay que sacar coca, hay que hablar de ese origen.

Hay que enfriarlo para que eso no nos genere problemas, no nos divida, no nos haga pelear, no genere envidia, sino que nos venga a servir a nosotros.

*Jmm*

Miren lo bonito que la historia nos muestra hacia el futuro de nosotros. Pasó con las caucherías, el narcotráfico. Esas son las hachas que se fueron partiendo.

¿Ahora en qué momento de la historia estamos? ¿Cuál es el hacha que ahora estamos cogiendo y cómo la hemos cogido? Desde la tradición, desde nuestros proyectos.

Y de parte del Estado no nos puede decir “Ahí les mando esto con una mala intención para que se peleen”.

El principio dice que si vamos a recibir algo, nos tienen que instruir a nosotros, porque eso no es propio.

*Fmm*

Ese es el futuro, eso nos muestra que después de esto va venir otra, van a venir más hachas. Y para eso que viene, ¿cómo nos estamos preparando nosotros?

Ahí está la reflexión —yo digo—, para nosotros entender que esa misión del manejo de las tecnologías está puesta en estos orígenes.

Y las criaturas que quieren dirigir un pueblo tienen que conocer eso.

Y tienen que saber cómo es que usted tiene que manejar esas cosas que va a traer acá.

Porque si usted no obra en esa dirección, lo que va a generar es problema.

*Fmm*

Sí, lo primero es que cuando la Garza Nimuhe fue a pedir al *blanco*, al Icuaji Nimuhe —decimos—, por las necesidades de su gente, antes de darle, le dijo:

—Síntese primero para darle las recomendaciones. Esto es lo que usted tiene que despejar con estas cosas. Y en caso de un crimen, usted no va a juzgar, sino que viene y lo denuncia ante mí porque yo fabriqué eso. Yo voy a hacer justicia.

Entonces, cuando se trae, ¿qué es lo que primero se va a hablar?

Que las herramientas que recibimos no son para hacer daño a los demás, mucho menos al cuerpo.

Esto lo vamos a afilar hacia afuera, hacia los bejucos, hacia los palos.

Y ese machete falso, pues vamos a echarlo hacia afuera. Esa hacha falsa de hambre la vamos a echar afuera, y vamos a acoger el hacha de abundancia, de trabajo.

Porque esto que nos dio el *hombre hacha* no es para hacernos daño a nosotros mismos.

El que va a hacer un trabajo, ese machete es para que saque sal, para limpiar alrededor de la chagra, para hacer un camino, para caceriar.

*Jmm*

En ese camino estamos. Lo que estamos viviendo —yo diría— es lo que hace rato se contó.

Ese *hombre hacha*, pues es muy sabio.

Cuando esos dos que eran hermanos, por problemas que no hacen falta en los hermanos, se separaron, y uno desapareció y fue a salir en media tierra, y el otro quedó aquí.

El de allá se dedicó a fabricar. Por eso se le llama *hacha*, Nimuhe de Hacha.

Y el que quedó acá se llamó Nimuhe de Abundancia, y se dedicó a la *palabra de vida*, a la ciencia de esto que nosotros vivimos.

Los dos se pelearon por desconocerse, pero finalmente se sientan y se arreglan.

Así dijo el Nimuhe de Hacha:

“Pues hermano, si alguna vez le hace falta una cosa, pues usted viene, y así vamos a trabajar.

”Usted va a quedar allá con la *palabra de abundancia*, de alegría, de gobernar.

”Cuando con el tabaco usted no puede solucionar algo, entonces aquí en mi asiento voy a fabricar lo que necesita.

”Lo que yo fabrico es para ayudarle, pero no lo vaya a convertir en problemas”.

*Jmm*

Complementando, en las narraciones también está que cuando llegaron donde el Abuelo Hacha, le reclamaron por todos esos males que hay en el camino del hacha.

Pero él se enojó y les dijo que ese no era su mandato, que su gente se comportaba así por su propia cuenta.

Que él no era enemigo, que estaba dispuesto a colaborar según las necesidades.

Como le escuché a un abuelo, antes de pensar en enfriar el hacha, el problema es ver cómo el blanco la suelta.

“Queremos que comparta lo que necesitamos, y ya luego le damos manejo desde nuestra palabra”, decía.

Y ese intercambio es desde un respeto entre abuelos y entre ciencias; entre el abuelo que fabrica y el abuelo que tiene la *palabra de vida*.

*Jmm*

Nosotros tenemos el origen de ir a buscar mercancías, de controlar, de enfriar esa candela de la fábrica, de quitar ese poder de la plata.

Porque dicen los abuelos que la plata viene con todo.

Todo lo que viene de afuera viene con enfermedades, problemas, odio, envidias, locura.

Eso se controla acá, se voltea.

Se le dice: “Usted ya no va a ser así, sino así”.

Se enfría a través de la palabra, a través del diálogo.

Dicen los ancianos: “Ese peine que viene no es para estar bonito, para locura, sino para amarrar bien su cabello, para que el cabello no caiga en la cahuana que se va a tomar”.



Así ellos lo van volteando todo a través del diálogo.

*Fmm*

Como contaba la narración de la mujer falsa, esa mujer que embolata y viene con la mercancía.

Ella está ahí, pero usted tiene que estar tranquilo.

Eso no se le puede sacar del todo a esas cosas, no es posible; toca es controlarlo.

Cuando eso se pone raro, se sienta, se revisan esas narraciones y se le dice:

“Usted se me queda allá, se me queda tapado allá. Usted nació así, usted fue así, entonces, se va a comportar así”.

Las narraciones de origen tienen una interpretación por cada punto. El abuelo va diciendo: “Este punto, por esto es que yo lo dije; este punto, por esto y por esto”.

Ya terminando eso, ya cierra con el diálogo de rechazar, de endulzar, de enfriar, de orientar según la *palabra de consejo*, para que todo el mundo la conozca.

Entonces no hay necesidad de quitarle las cosas a la gente ni de prohibirlas.

A través de la palabra se controla el poder de esas cosas. Eso es lo que se llama *el manejo*.

*Fmm*

Que sea vida, como decimos nosotros, no para que nos destruya. Todo.

Un aparato de esos, un celular, un computador, se tiene que utilizar para el servicio del ser humano.

Porque si nosotros no utilizamos bien eso, nos va a embolatar el pensamiento.



Si no se le da manejo, la cara de esa mujer de embolate se va a formar en ese aparato y no más le va a estar distrayendo.

*Fmm*

Esto no debe ser de embolate para nosotros.

Él en ese camino no se embolató.

Nuestros abuelos se sentaron y controlaron según el tiempo que lo vivieron.

Hoy en día, nosotros llegamos a un punto de embolate —dicen los abuelos.

Por eso queremos que la nueva generación siga viviendo esta palabra.

Si no dejamos sembrada esta palabra para todos, la nueva generación va a ir desordenándose, no van a conocer ni van a tener contacto con la parte espiritual.

Y hay que tener ese contacto espiritual para que esta palabra sea eficaz.

*Fmm*

Debe ser de esa manera la sensibilización.

Realmente, más que conocer, más que saber, es de despertar.

Que nosotros somos ya la historia; que nosotros estamos viviendo lo que nuestros antepasados ya vivieron.

Ya nos dejaron esta palabra.

La resistencia está en vivir la palabra de los abuelos.

*Fmm*



Aimema Uai. *Uto* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm



Aimemo Uai



Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm

# El hacha de dos cabezas

Para que un pueblo no sea violento  
debe tener el espíritu de gobernar.

Nosotros decimos *Garza*, pero no  
es una de esas que hay por ahí.

Es una palabra espiritual.

Una palabra de organizar,  
de direccionar, de gobernar  
pacíficamente.

La Garza le entregó esa palabra a  
su hijo para aconsejar.

En la narración, es la desobediencia  
del hijo; pero —digo yo— fue para  
llegar a la realidad.

Vamos a escuchar de la relación  
entre la Garza de Centro y el  
Abuelo Hacha.

Narración

Garza, el Nimuhe de Centro, mandó a su hijo a recorrer el territorio,  
a visitar a la gente para aprender.

Cuando este regresaba de un recorrido,  
se sentaba a contarle a su padre lo que estaban haciendo los clanes.

Pero él tuvo curiosidad por cómo viven los pueblos más allá.

Y así llegó al asiento del Icuaji Nimuhe,  
el Abuelo Hacha.

Allá le dieron trabajo y le ofrecieron una casa.

Mucho tiempo se quedó Garza esperándolo.

Hasta que el mismo tabaco de protección que el papá le había dado para  
el viaje, le hizo el reclamo:

—Ya es suficiente. Debo regresar porque tengo mi gente.

Me están esperando —le dijo al Abuelo Hacha.

—Ah, bueno —le respondió—.

Le voy a dar estas mercancías para que lleve a su gente.

—Pero abuelo, tantas cosas, ¿cómo las voy a llevar?

—Yo tengo mis soldados. Ellos las van a embarcar y te van a llevar en mi  
lancha.

En el viaje de regreso le ofrecieron licor.



Ya al llegar al puerto, dijo a los soldados que lo esperen ahí,  
que primero va a saludar a su padre que hace mucho no le ve.

— Él iba con sombrero, zapatos, reloj, perfume.

Cuando se encontraron, el papá le preguntó quién era.

Y como le respondió en otro idioma, no le entendió.

—Hágame sentar donde usted me nombró a mí —le decía a su padre.

—¿Quién es usted? —le respondía.

No lo reconocieron.

La misma hermana ya lo miraba con ojos de picardía,

y eso le dio rabia.

Entonces mandaron a llamar a una abuela que tenía espejo de sabiduría,  
para averiguar quién era esa persona.

En esas, ella curó el tabaco y lo lamió.

Ya en la embriaguez vio que ese era el mismo hijo que el Nimuhe de Centro había nombrado para ser jefe.

—Este no es un blanco, es su hijo.

Le está reclamando su asiento en otro idioma que él aprendió.

Todo este tiempo estuvo donde el Abuelo Hacha.

Ahora regresó.

Le quitó el sombrero y vio que era el hijo.

Ella entonces le hizo tomar agua de tabaco.

Lo sopló con tabaco.

Lo sacudió.

Luego, todo eso que él cogió en el camino del hacha,

ese pensamiento,

Garza lo enfrió, lo ordenó y lo orientó.

—Ahora sí, hijo.

Está bien, acá está su asiento.

Lo que pasó aquí va a pasar.

Así quedará para la nueva generación:

con este tabaco van a sacudir esa borrachera de otra cultura y lo sentarán.

—Sí, papá. Estuve mucho tiempo en el asiento del Abuelo Hacha.

Él me dio estas mercancías para nuestras criaturas.

Entonces mandó a traer la caja con la mercancía.

Llamó a todos los clanes con el maguaré.

Cuando vinieron, ya les aconsejó que eso que traía no era para desordenarse ni para humillar a otro.

—Esto será manejado con ambil y coca —dijo.

La repartió entre todos

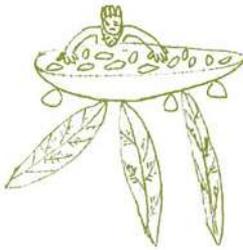
y dejó un hacha de dos cabezas para su papá.

El Nimuhe de Centro finalmente dijo:

—Esta hacha en adelante será el símbolo de la relación entre la gente de centro y la gente de hacha.

Entonces la guardó y así quedó.

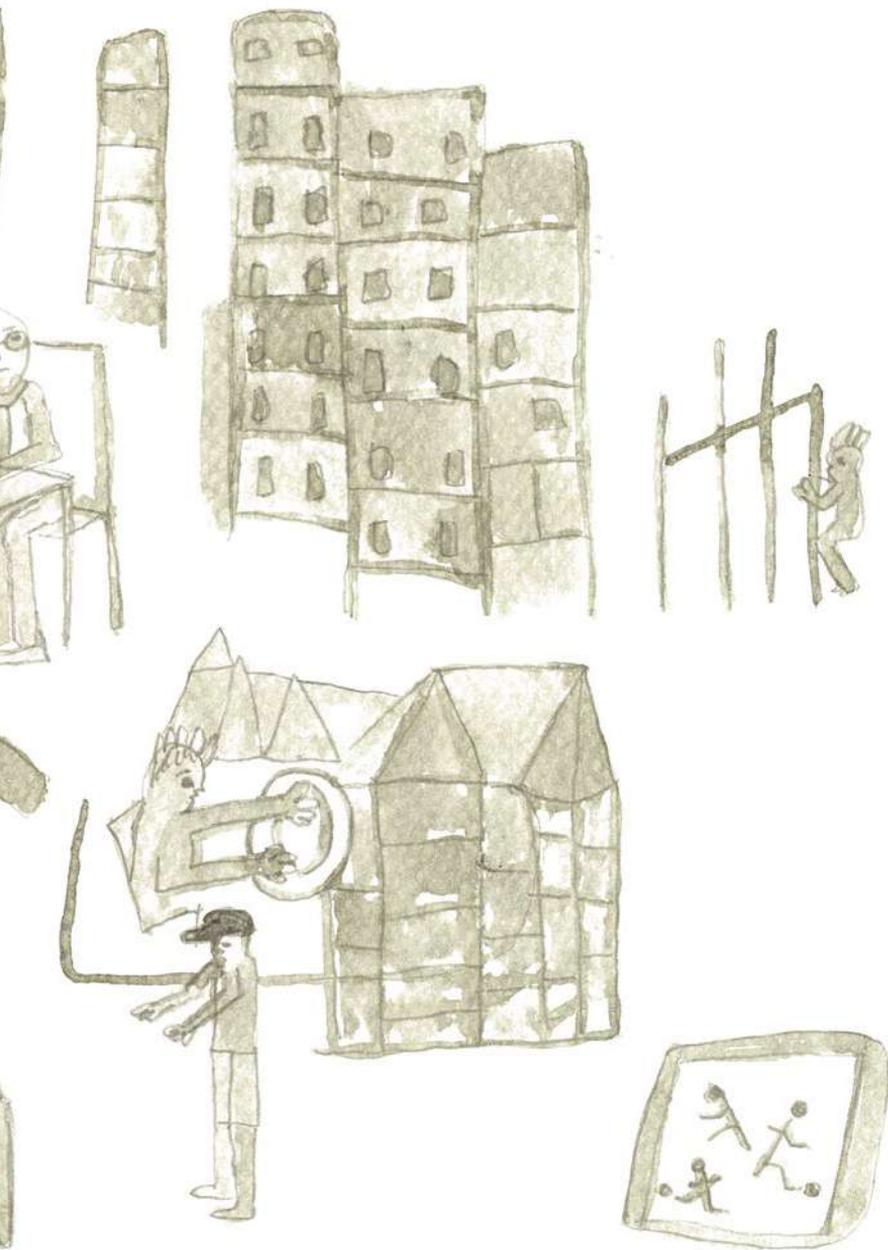
*Narración del abuelo bora Fernando Jifichiu  
(clan Oso)*







Aimema Uai. *Uito* sobre papel acuarela, 21,5 x 28 cm



Aimene Ubi

Mambo

Nosotros estamos viviendo lo que en la narración ya pasó.

Cuando mucha gente sale de aquí, vuelven con otros modos de vida y llegan a cuestionarnos a nosotros, a interrumpir la vida.

Pero el papá lo cogió a él y lo arregló: lo sentó y le sacó toda esa borrachera.

Ahí sigue la *palabra de consejo*.

Entonces, la gente que se va a estudiar afuera, viene con muchas cosas en la cabeza:

que quiere ser una cosa, que quiere ser otra cosa; porque están en ese mundo de pensamiento.

Entonces, los antiguos, al que salía lo cogían y lo ordenaban.

Sí, pues todo eso que nada en su cabeza, lo que usted miró, lo que usted tocó, lo que usted comió, todo eso lo recoge, lo enfría y lo tranquiliza.

Y le hace mirar el camino verdadero.

Porque si no —dicen los abuelos—, esa cosa que está en la cabeza le sigue hablando.

Entonces va para acá, va para allá, va para acá.

Toda esa ciencia le desordena finalmente la vida.

Desde la tradición, todo movimiento tiene su consejo, tiene su narración, tiene sus prohibiciones.

Así los abuelos cuidaban. Ahora ya muy poco se cuida eso.

*Fmm*

En la historia que tenemos el pueblo bora, dice que el hermano que fabricó el hacha se fue para abajo.



Eran dos hermanos que vivían acá. Ellos se emproblemaron, y el otro se fue para abajo.

Uno se quedó aquí, y el otro quedó allá.

El hacha fue la primera herramienta que él fabricó; por eso toma ese nombre de *hombre hacha*, de un jefe de hacha.

De ahí para allá, todo lo que se relaciona con mercancía se dice *hacha*, *la palabra de hacha*.

*Fmm*

La narración nomás dice “abajo”.

No dice si es Brasil, si es Perú; dice: “Él se fue para abajo”.

Allá se sentó.

Él ya sabía cómo estaba conformado el universo; qué había acá debajo de la tierra.

Pero el que se quedó acá dijo:

“Los elementos que están ahí abajo, usted no los debe tocar”.

Pero el que se fue allá no pensó así.

Él tocó lo que no debía tocar, y con eso fabricó el hacha.

De ahí vienen las complicaciones.

*Fmm*

Por eso, nosotros aquí esos elementos no los tocamos; sabemos que eso no es vida.

Si nos metemos allá, vamos a generar enfermedad, lo que ahora está pasando.

*Fmm*

El hacha es una cosa jodida, porque está sacada de ahí abajo, está hecha con candela.

No solo el hacha, sino todas las mercancías.

*Fmm*

Así que para poder entender desde la visión indígena ese asunto de la tecnología, no es solo mirar desde un celular, desde unos programas que hay,

sino desde donde se saca ese metal, para poder entender por qué eso genera tanta dificultad.

Ese metal es sacado del primer mundo, del mundo de abajo.

A nosotros, la *gente de centro*, el Creador nos prohibió sacar lo que está allá.

Por eso el pensamiento de la *gente de centro* rechaza tajantemente la explotación minera.

*Fmm*

Si uno se interesara por lo que hay acá abajo, eso tiene su candela, tiene su rasquiña, tiene sus complicaciones, tiene su enfermedad.

Por eso nosotros manejamos eso con la palabra.

Pero el hermano que se fue, el necio, alguna cosa hizo bien, pero nos complicó.

Cuando se saca una cosa de allá, viene para la complicación de la humanidad, de la misma Madre Tierra. Por eso los abuelos prohíben incluso hablar de eso.

*Fmm*

Digamos, desde esa orientación tradicional, los abuelos podrán decir que todo este problema mundial de la tecnología y del capitalismo no es responsabilidad de nosotros.

Eso lo tiene que replantear allá el *hombre hacha*.

Porque nosotros estamos cuidando todo lo que el Creador nos dio y nos mandó a administrar.



Sobre todo, la vida.

*Fmm*

Todo el consejo de la narración, que son los principios de cómo nació eso, qué tiene, y cómo se controla. Nosotros hemos hecho lo que hemos podido, pero las complicaciones vienen.

Porque así dicen también nuestras narraciones.

*Fmm*

Nosotros estamos cumpliendo con lo que el Creador nos dijo.

Nosotros no miramos los árboles, el agua, como unos servicios, sino como algo que merece estar ahí, que tiene vida, que tiene derechos.

Pero el capitalismo lo mira como servicios para el ser humano.

Nosotros no lo miramos así.

Esos son seres vivos que tienen historia, que tienen un manejo, y que hay que respetar para que esta y las demás generaciones podamos seguir viviendo en este planeta.

*Fmm*

Desde ese origen, desde allá se saca, se procesa, y se genera esa dificultad de la tecnología.

Se enraíza en el pensamiento, se enraíza en el querer tener más, en la ambición.

De esa manera, nosotros no miramos el universo; nosotros miramos solo tener lo necesario.

*Fmm*

Porque lo que es la vida, se acaba: es frágil.

Por eso nuestra filosofía es cuidar la vida, y sobre todo, esas cosas.

Hasta lo que el Occidente dice que no tiene vida, que es algo inerte, para nosotros tiene vida, tiene espíritu.

Entonces, desde allá, desde sus orígenes, esta tecnología ya genera muchas dificultades.

Eso tiene una complicación es desde su formación.

*Fmm*

Ahí ya viene el tabaco de ilusión, de cosas que no existen pero que usted las ve.

Como dicen los abuelos, es que el mal viene del pensamiento.

En la forma en que se va dibujando, se va creando, y se van haciendo las cosas.

*Fmm*

La voz de los mayores dice que la tecnología en esto se tiene que controlar.

Y que, si van a entrar a los territorios indígenas, deben entrar con ese respeto.

Porque si usted escucha los orígenes, al final el Abuelo de Hacha y el Abuelo de Abundancia se sentaron, se hablaron, se hicieron unos acuerdos.

¿Por qué?

Porque eso da impacto; son principios de vida.

*Fmm*

Las reglas del juego están dadas en esa historia, y nosotros tenemos que interpretar eso.

Está en manos de la *palabra de gobierno*.

Las nuevas generaciones que quieran ser gobierno están obligadas a conocer todo ese mundo de pensamiento, desde la política, desde la filosofía indígena, en cuanto al camino del hacha, el camino de negocio:

qué cosas se deben traer y cómo se deben traer.

*Fmm*

La *palabra de hacha*, eso se refiere a todo ese mundo de las cosas del *blanco*:

el negocio, el comercio, la explotación.

Y las cosas de nosotros son la *palabra de abundancia*: bailes, siembra, todo eso.

Nosotros no vamos a escaparnos de eso porque ya está acá, ya el camino del hacha se abrió.

*Fmm*

Entonces, qué cosas que acá no se pueden hacer, y allá se hacen, se traen.

Pero se orienta eso: ¿para qué es? Viene para esto.

Porque el machete, usted lo puede voltear hacia la muerte, hacia la venganza, hacia el odio, hacia la violencia.

*Fmm*

Por eso dicen los abuelos que la *palabra de hacha* es muy caliente.

Todo eso que el *hombre hacha* fabrica —decimos nosotros—, tiene su poder, tiene su demonio, tiene su tentación, tiene su prueba.

*Fmm*

Por eso las cosas que van a llegar acá deben llegar con consejo, con orientación, desde la palabra.

Así se recibe y se enfría eso; esa es la misión que tienen los abuelos.

Se dice que la *palabra de abundancia* es el complemento de la *palabra de hacha*.

*Fmm*

Una de las complicaciones que hay en esa *palabra de hacha* son los problemas mentales, las enfermedades del pensamiento.



Porque todas las cosas vienen del pensamiento, y desde el pensamiento se obra, del pensamiento se crean cosas.

*Jmm*

Hay que saber manejar eso para no enredarnos.

Todo eso lo manejamos a través del tabaco.

Entonces, la mayor consecuencia es el cambio de pensamiento.

Vuela la imaginación en cosas que son del mundo del *blanco*.

Se transforma el pensamiento hacia allá.

*Jmm*

Pero lo de nosotros no es así.

Un canasto se teje así, se llama así, y así es.

Si usted lo teje de otra manera, ¿cómo lo va a llamar?

*Jmm*

Ahí, en ese celular está grabado todo el mundo.

Un joven empieza a explorar y no está preparado para conocer eso.

De una edad para allá, usted ya está preparado, pero la tecnología ha roto eso y usted ya mira el mundo derecho.

De ahí vienen las enfermedades del pensamiento. Uno se enferma es en el pensamiento.

*Jmm*

Y cuando usted deja de hacer lo que tiene que hacer, ya usted tiene un problema mental.

Eso es lo que crean esas cosas.

Dicen los abuelos que usted no puede estar paseando todo el tiempo, porque...; no puede estar pescando todo el tiempo, porque...; cace-riando todo el tiempo, porque...

tiene consecuencia.

Lo mismo es el camino de la tecnología.

Y ese tiene mucho más peligro, porque ahí está el pensamiento, porque ahí hay pruebas.

*Fmm*

La *palabra de consejo* dice: “No toque, no mire, no haga eso, porque si lo hace le va a pasar esto”.

Qué cosa hay que mirar y qué no hay que mirar —dice el consejo de nosotros—.

Habla uno de estas cosas, y otro responde: “Eso era antes”.

Pero eso que “era antes” es lo que nos da humanidad, y eso que usted dice que es “ahora” es lo que nos vuelve seres humanos sin moral, sin cultura, sin futuro.

*Fmm*

Los abuelos dicen que, en sus mismos orígenes, el hacha no perdonó a nadie. Todos fueron de cabeza en eso.

Eso tiene ese poder, eso es lo que hoy estamos viviendo.

Por eso dicen que esa *palabra de hacha* es muy tentadora, muy emboladora.

Su pensamiento está en otro lado; eso genera la tecnología.

De ese modo el indígena se pierde en el mundo de los tabacos falsos.

Hay que tener mucho cuidado.

*Fmm*

¡Pero en medio de toda esta dificultad no nos vamos a asustar!

*Fmm*

Ya estamos ahí en esa relación con el *hombre hacha*; ahí estamos cruzados, hasta enraizados.

El reto es cómo en estas condiciones podemos seguir siendo pueblos, cómo en medio de todo eso podemos vivir como seres humanos.

*Fmm*

De eso habla el tabaco de humanización.

Que todo lo que venga de allá no nos desordene, no nos haga olvidar que está el prójimo, que compartamos y que podamos vivir en ese mundo, así venga lo que venga.

Es la única manera de resistir.

Estamos en eso.

*Fmm*

Para complementar, en el caminar y la indagación que he hecho, la tecnología no es mala en sí misma.

El hacha nos sirve.

Cada ciencia tiene dos intenciones.

¿Para qué lo creó? Uno, para servir; otro, para destruir.

El hacha de la *gente del centro* está orientada para lo primero: es de humanizar, de abundancia.

*Fmm*

Las naciones del ambil y del mambe tenemos esa hacha fría.

Es el potencial que tiene la tecnología cuando se la direcciona con el espíritu del tabaco.

*Fmm*

Esa otra ciencia, esa otra tecnología, qué belleza.

Antes no escribíamos; ahora, sí.

Ahora sabemos también grabar.

En ese celular puedo grabar un canto del abuelo y aprenderlo.

También lo orientamos al servicio de nosotros.

Está bien, ese otro mundo hay que aprovecharlo, pero antes hay que enfriarlo.

*Fmm*

Porque algo hay que sacar de la ciencia del *blanco*.

En la vida actual hay que conocer las dos cosas: la parte occidental y la tradicional.

Si no las conozco, voy a quedar medio.

*Fmm*

¿Qué no estamos haciendo bien?

Nos estamos dejando embolatar, como decía Jimmy.

Eso debe tener manejo y una buena orientación.

*Fmm*

De eso último, de cómo nosotros nos hemos visto frente a la parte tecnológica, yo decía hace rato, de lo que ya han dicho los compañeros: “De todas las cosas, usted tiene que conocer, saber qué es, para qué es, y cómo está eso”.

Esto no tiene reversa, ya está en nuestro medio.

Lo que siempre he dicho: todas las cosas ya están.

Ya estando acá no podemos decir que no lo vamos a hacer.

Bien o mal, ya lo estamos utilizando.

*Fmm*



Entonces, qué es lo que nosotros hemos dicho en eso: usted tiene es que conocer este material o esta herramienta.

¿Cuál fue su origen?, ¿quién lo hizo?, ¿quién lo creó?, ¿para qué lo hizo?, ¿cuál es la intención que trae?

Ya lo hemos venido diciendo: nosotros no podemos simplemente quedarnos en la parte cultural tradicional; tenemos que seguir aprendiendo.

*Jmm*

Que es lo que decía: en todas las cosas, desde que usted conoce la historia de origen, desde ahí parte el consejo.

El Padre Creador, por medio del Espíritu de Tabaco y Coca, de ese mundo de abajo, de la oscuridad, de ahí de donde viene toda la tecnología, él dijo:

“Estos son los orígenes de esto, y esto se debe manejar así”.

*Jmm*

Entonces ahora, ¿qué es lo que nos facilita esto?

Si antes era oral que usted duraba tiempo aprendiendo algo, sentado escuchando en el mameadero, en este celular simplemente usted graba a un abuelo y ya lo adquirió todo.

Pero en lo político, yo decía que ya los abuelos no lo van a narrar con tranquilidad en su espacio, en detalle:

“Vea, esto viene así y así”.

Él está viendo algo al frente suyo, y ya se comienza a enredar porque ese aparato tiene ese espíritu de embolate.

*Jmm*

Nosotros en este momento tenemos esa transición.

Ahora, en la parte cultural no se dice “Yo sé, yo hago”.

Es el Espíritu de Tabaco y Coca el que lo hace. Usted es simplemente un mediador.

Esas tecnologías son mediadoras también.

Lo que he venido reiterando: estos equipos son mediadores para agilizar las cosas.

Ya hace un rato hablábamos de la motosierra; nosotros la estamos adoptando para agilizar.

En toda esa historia, ¿cómo viene?

Desde el momento del hacha de piedra —no se sabe ni cuánto duraban para tumbar un palo—, después vino el hacha de metal, y ahora la motosierra.

Hasta ahora eso es lo que estamos entendiendo y qué vamos a hacer con eso.

*Fmm*

Entonces decía mi papá, para enfriar, qué se necesitaba.

Están las hierbas frías, está la yuca dulce.

Esos elementos usted ahora simplemente los dice en palabra.

Ya a nivel nacional estamos hablando de un sistema de conocimiento propio de los pueblos indígenas.

Esto que estamos haciendo puede ser parte de eso para ir definiendo cómo tenemos la tecnología en la parte cultural.

Es un reto de nosotros.

*Fmm*

Entonces, para poder llegar, no tanto a mitigar, sino a saber entender el manejo de la tecnología, lo que usted quiere de eso, su orientación, es lo que se tiene que definir.

Para lo que hay que conocer realmente eso: qué es la *palabra de hacha*, qué es el hacha.

Regresar al pasado, no en la forma de vestirse o al hacha de piedra, sino en el pensamiento:

quién soy, de dónde vengo y para dónde voy.

*Fmm*

Y en la parte cultural, decía mi papá, no es de una noche: es de toda la vida. Lo tiene que ir pensando y practicando.

*Fmm*

Y es que esta ciencia de nosotros casi no se ha valorado porque es de mucho esfuerzo, es de trasnocho.

Pero así nos lo dejó el Creador para nosotros mirar la vida.

Por eso, de noche nosotros analizamos, estudiamos para mirar qué es lo que está sucediendo en las cosas del día.

De acuerdo a eso nos sentamos y analizamos esto cómo nació y cómo se controló eso.

Esa es la manera como la ciencia de nosotros ha querido guardar este pensamiento y entregarlo a algunos que realmente lo necesitan.

Porque esto es para vivir, no es para protagonismo.

*Fmm*

Y con esto cuidamos la selva, la humanidad. Con este consejo nos relacionamos con el *hombre hacha*.

*Fmm*

Y desde acá queremos que nos reconozcan esta forma de vida de nosotros, esta forma de pensar.

Pero en ocasiones se mira como un atraso al desarrollo del mundo.

Y resulta que nosotros no pensamos en el desarrollo: nosotros pensamos en la vida.

Ese es el mandato que nos dieron nuestros abuelos.

*Fmm*

Si nosotros conservamos ese conocimiento, vamos a poder resistir; si no, vamos a desaparecer.

*Fmm*

Entonces, ¿dónde hay que reforzar?

Digo, es en las malocas, en los últimos mayores que tenemos.

Cuando ellos miran que la nueva generación no necesita este conocimiento, entonces nunca lo cuentan y se van con todo eso.

Esa es la resistencia. El conocimiento de nosotros es el que nos puede sostener.

*Fmm*

Alguien hacía una pregunta: “¿Qué pasaría si hacemos chagra sin conocer todas esas historias?”

Pues es una obra sin espíritu, que tiene otra cosa.

Sí, se hace, pero ese pensamiento está para otra cosa.

No está para formar la vida.

*Fmm*

Muchos que dicen que la cultura es obsoleta, que eso es antiguo.

Yo decía que la palabra nunca es obsoleta.

Pero uno ve esta parte tecnológica, eso sí es obsoleto.

Eso se va reemplazando.

*Fmm*

Esta palabra viene del pasado, pero mira hacia el futuro.

*Fmm*

Para mirar al futuro siempre se revisan las historias, que es el pasado.







Armenia blue

Este mundo que estamos viviendo, muchas generaciones atrás lo vivieron.

Nosotros estamos repitiendo eso. Por eso la historia repite lo mismo.

De esa manera miramos al futuro:

“¡Ah!, entonces no vamos a obrar así, tenemos que obrar así”.

*Fmm*

Así uno pase a otra tribu, así uno pase a otro plano, así uno ande donde el Abuelo Hacha, así está esa palabra: ¡viva!

*Fmm*

Como dice la palabra: la creación no se ha terminado, sigue, y va a seguir todavía.

Pero los principios de la vida ya están determinados.

Eso sí ya está, eso no se puede inventar.

La tradición dice “esto es así”, y así es.

El Creador lo miró así, lo construyó así, dio estas reglas, y dijo:

“Vívalas nomás; y transmita este conocimiento a sus hijos”.

*Fmm*

No es que lo que llega; no: es el futuro.

Todo esto es para pensar el futuro; lo actual y el futuro.

Acá atrás ya quedó el ejemplo.

*Fmm*

Tocamos los orígenes, pero ¿qué me está diciendo a mí? ¿Qué está diciendo para los demás?

El mambeo no es un vicio: es para pensar.

*Fmm*

Porque así lo dijo el Tabaco de Vida.

Así se dice porque tiene que cuidar la vida.

Y ese cuidar debe empezar de mi hogar hacia adelante,

para que algún día que yo sea un jefe, pues con esa palabra voy a hablar con la gente.

*Fmm*

Un hacha, después de quererla, cuando es nueva, después de darnos alimento, cuando está vieja y oxidada, por ahí está botada llorando.

Entonces, en la cultura consumista se dice: “Yo tengo esto; el mío es más nuevo, brilla más”.

Pero en la cultura de nosotros no es así.

Esa hacha oxidada es un abuelo también, un buinaima, un sabio.

*Fmm*

En la narración que escuchamos, el hacha buena es el hacha de humildad.

Es el camino del buen pensamiento, la buena palabra y el buen gobierno.

*Fmm*

El abuelo que ya tiene bastón, aunque esté palabreando, en la cultura occidental ya lo desprecian:

“Vaya para el ancianato; allá se queda”.

Para nosotros, en cambio, es una biblioteca, un tesoro, un privilegio.

*Fmm*

Esa hacha, cuanto no trabajó, queremos una nueva; pero en la palabra de los abuelos está la sabiduría.

El hacha que tiene la *gente de centro* es la *palabra de vida* para el buen vivir.

La tecnología de nosotros es este tabaco y esta coca.

*Fmm*

Y así ha venido.

Si usted hace una revisión a ese origen, esa hacha se partió, y ellos siguieron buscando; no se quedaron ahí.

Y eso es lo que sigue hoy.

Y va a venir más, van a venir más cosas, las fábricas no van a parar.

Así nos dice el origen.

*Fmm*

Pero ya al final de todo eso dice: Ese *hombre hacha* que fabricaba, que tenía plata y que tenía poder, ya se enfermó y cayó en desgracia.

Y vuelve acá.

Y con una simple palabra, con un simple soplo de tabaco, el Abuelo de Abundancia lo levantó.

Y al final ese *hombre hacha* dijo: “Yo pensé que con todo lo que yo fabricaba era el más poderoso, y me equivoqué.

”Más bien ustedes tienen la *palabra de vida*. Con una simple palabra usted me dio vida”.

*Fmm*

Entonces es la *Palabra de Tabaco* la que da vida, la que orienta, la que aconseja.

Que cuando esta tecnología lo enferma a usted, este tabaco lo cura.

El tabaco es la tecnología perfecta de humanización.

*Fmm*

En la narración que nos compartió, el abuelo también dice que esa hacha de abundancia se perdió cuando el que la tenía quiso exhibirla como un collar.



Ahí empezaron los conflictos de poder.

Tuvo esa consecuencia porque el hacha de abundancia no se creó para humillar: se creó para el trabajo.

Ahí es donde comienza el mal.

*Fmm*

Ese empieza a pensar: “Esta que ya tengo, qué voy a hacer con eso”.

Ahí viene ya la ambición.

Cuando usted cruza eso, ya usted se olvida de la humanidad, ya usted está en el negocio.

Va a mirar al ser humano como un negocio, como algo que hay que utilizarlo.

*Fmm*

Así pasó, ellos le dieron ese valor.

Ya no lo dirigieron hacia el trabajo, sino hacia el ser humano, y eso tuvo otra consecuencia.

Ahí la misma naturaleza les respondió: la yuca ya no le daba en las raíces, sino en las ramas.

*Fmm*

Todo esto está conectado con todo.

El cosmos da señales. Lo que pasa es que nosotros no hemos entendido ese lenguaje de la naturaleza.

Los cantos de los pájaros, el sol, el viento, todo eso habla de lo que le va a pasar a la humanidad.

Y sigue hablando hoy: este calentamiento que pasa, nos está hablando la naturaleza.

Ahí es donde viene el manejo: hablar de la dulzura, de la *palabra fría*.

*Fmm*

Allí hay muchas cosas de lo que es el manejo del cosmos, y eso va relacionado con ese asunto del hacha, con el trabajo.

Por eso decíamos antes que esa *palabra de hacha* es el complemento de lo que es la *palabra de abundancia*.

Esa no puede ser primero: lo primero es esta *palabra de vida*.

*Fmm*

¡O si no, eso nos va a encantar!

Y así pasó.

Eso tiene que ser controlado para que haya una armonía entre esa y esta.

*Fmm*

Yo digo: Esta palabra es lo que mantiene viva esta naturaleza, es lo que todavía nos hace seres humanos.

*Fmm*

¿Cuántas hachas después de ese origen se crearon?

¿Cuál es la última hacha que fabricaron?

El negocio de los bonos de carbón.

Y si llegan esos grandes dineros, ¿cómo nosotros tenemos que obrar?

Toca sentar, toca narrar cómo nació el dinero, cómo se formó.

Y hay que quitarle todo eso, porque viene con locura, viene con poder, con candela, con rasquiña, con mentira, con trampas, con todas esas enfermedades.

*Fmm*

De esa manera los abuelos controlaban todo: narrando su origen, apagando, enfriando, endulzando.



“Ahora sí, ahora sí pueden soltar eso”.

Pero ahora no se hace eso.

Eso se suelta con todo lo que hay.

Entonces, se reparte la plata, pero ahí se reparte también todo el mal que viene.

Porque eso mismo crea envidia, crea odio, crea competencia, pelea, hasta muerte.

*Fmm*

“Así usted era, pero acá usted va a llegar para nuestras necesidades”.

Ya se orienta hacia este lado.

Y esa es la forma como nos enseñaron nuestros abuelos para manejar todo lo que viene de afuera.

Esa es la ciencia de nosotros.

*Fmm*

Piense no más en esta nueva generación que está,

¿cómo va a ser si nosotros, ahora muy pocos, que conocemos estas narraciones, nos está quedando de este tamaño?

De pronto desde ahí, el mismo Espíritu de Tabaco y Coca es el que ha estado soltando esta palabra.

De pronto, desde estos medios se puede concientizar a esta generación que viene, porque hace unos años ningún abuelo narraba estas historias.

De pronto es la orientación que da el mismo Espíritu: “Si acá no se pudo así, hagámoslo de esta manera”.

*Fmm*

Y en eso estamos, conociendo todos los orígenes.

Desde que usted llegue a entender, ya conoce qué es lo bueno y qué es lo malo de esta tecnología.

*Jmm*

Complicado ese asunto.

Porque al final de todo, usted puede tener el conocimiento, pero dicen los abuelos que para que lo que usted va a decir tenga peso, ¿de dónde viene eso?, pues de sembrar tabaco, de sembrar coca.

De allá viene eso, no viene de acá arriba.

Porque si usted no lo hace, yo puedo hablar, pero esa palabra no le va a llegar al corazón de nadie.

*Jmm*

Lo van a escuchar como un cuento.

Pero si usted ha notado, cuando usted está lameando su ambil, y empieza a narrar, usted siente esa palabra en su vida, en su espíritu.

Está en ese momento en que eso está sucediendo.

Por eso lo tiene grabado en su corazón.

*Jmm*

Pero si usted no mamea y está hablando de eso, usted no siente el espíritu de esa palabra que está en su cuerpo.

Usted no lo siente.

Es como contar el cuento del hijo de rana.

Eso es una poesía, pero esto son cuestiones espirituales.

Donde se sienta en el círculo de palabra; el hilo de la palabra —dicen—.

*Jmm*

Cuando yo conecto esta palabra con el espíritu, dicen los abuelos que lo que yo hable no sea de mi palabra, sino *Palabra de Tabaco*:

“Esta palabra yo la suelto con amor, por amor a ustedes. Escuchen esto, vivan esto”.

Es palabra viva.

Por eso el Creador nos dio el tabaco.

Usted, a través de este, conozca cómo se creó eso, cómo se complicó y cómo se arregla.

Ahí está el secreto, ahí está la palabra; conózcala y vívala.

*Fmm*

Ya para ir cerrando, al hacha le dieron un poder, le dieron un valor.

Pero al final se dieron cuenta de que ese era un simple metal, pero ya después de que les hizo mucho daño.

“Esto no puede seguir llevando a negociar la gente con el hacha.

”¿Qué es esto? Es un metal.

”Nosotros somos los que le estamos dando un poder a eso.

”De aquí en adelante usted va a ser hacha de trabajo, cualquier hacha, y usted lo puede botar por allá”.

Ahí se acabó eso, hasta ahí terminó toda esa complicación.

*Fmm*

De ahí arranca el tema de las caucherías, luego de la plata, pero es la misma *palabra de hacha* que ahora nos tiene jodidos.

*Fmm*

¿Por qué la plata nos está generando una desigualdad social, si es un simple papel, si de ese usted no come?

Porque es algo que el ser humano le dio un valor.

Yo digo: si uno revisa el pasado del proceso de nosotros del comercio con el *blanco*, cómo nos vino degradando; los ancestros, porque ya los llevó a la destrucción, se sentaron, y lo iban arreglando.

Eso nos toca hacer ahora.

Y si uno se pone a analizar así como hicieron los mayores, hacer un rito grande, quitarle ese poder,

que esto no nos va a desordenar, que esto no nos va a destruir, porque esa hacha los destruyó a ellos.

Pero ellos lo arreglaron.

*Fmm*

Y, actualmente, ¿qué valor tiene un hacha?... Nada.

Entonces uno puede decir: Si uno pone la palabra aquí, eso es lo que le da poder.

Y así como usted lo pone, pues así se da.

Y si usted le quita ese poder, pues...

Por eso se ha crecido por encima del mandato de lo humano.

*Fmm*

Al final saco una conclusión:

Nosotros somos muy frágiles para ese asunto del hacha, la humanidad es muy frágil,

porque le mete un poder a eso; la palabra tiene poder.

*Fmm*

Entonces, eso es lo que agradezco en este momento: que toda esa sabiduría la veamos desde hoy, desde este presente, como lo contaron los abuelos ya.

Esa relación con el hacha es así. Tenga cuidado, que eso viene con todo.

Prepárese para que sigamos bien, para cuidar la naturaleza, para que los niños que estén ahí estén tranquilos, para que si usted va por este camino, vaya a ser un buen dirigente.

Pero no pierda la esencia.

*Jmm*

Así cerramos lo que es la calentura del hacha.

Y aquí ya viene el hacha fría, porque ya la encontramos —“Desde mí”, dicen los abuelos—.

Estaba por ahí guardada, pero ya por medio de estas narraciones, pues nos enfoca a todos.

De ese modo, en esta ciencia todo es divino, todo conecta con todo.

Ya entendemos que no todo es malo, pero todo tiene espíritu.

Con todo hay que relacionarse de buena manera.

Entonces, este canasto está allá abajo donde se enfría, en el agua, en la tierra, en el regazo de la madre de los metales y los minerales.

Este canasto de hacha vinimos tocando. De ahí viene la tecnología.

Así, todo se va a aliviar, todo se va a enfriar.

*Jmm*





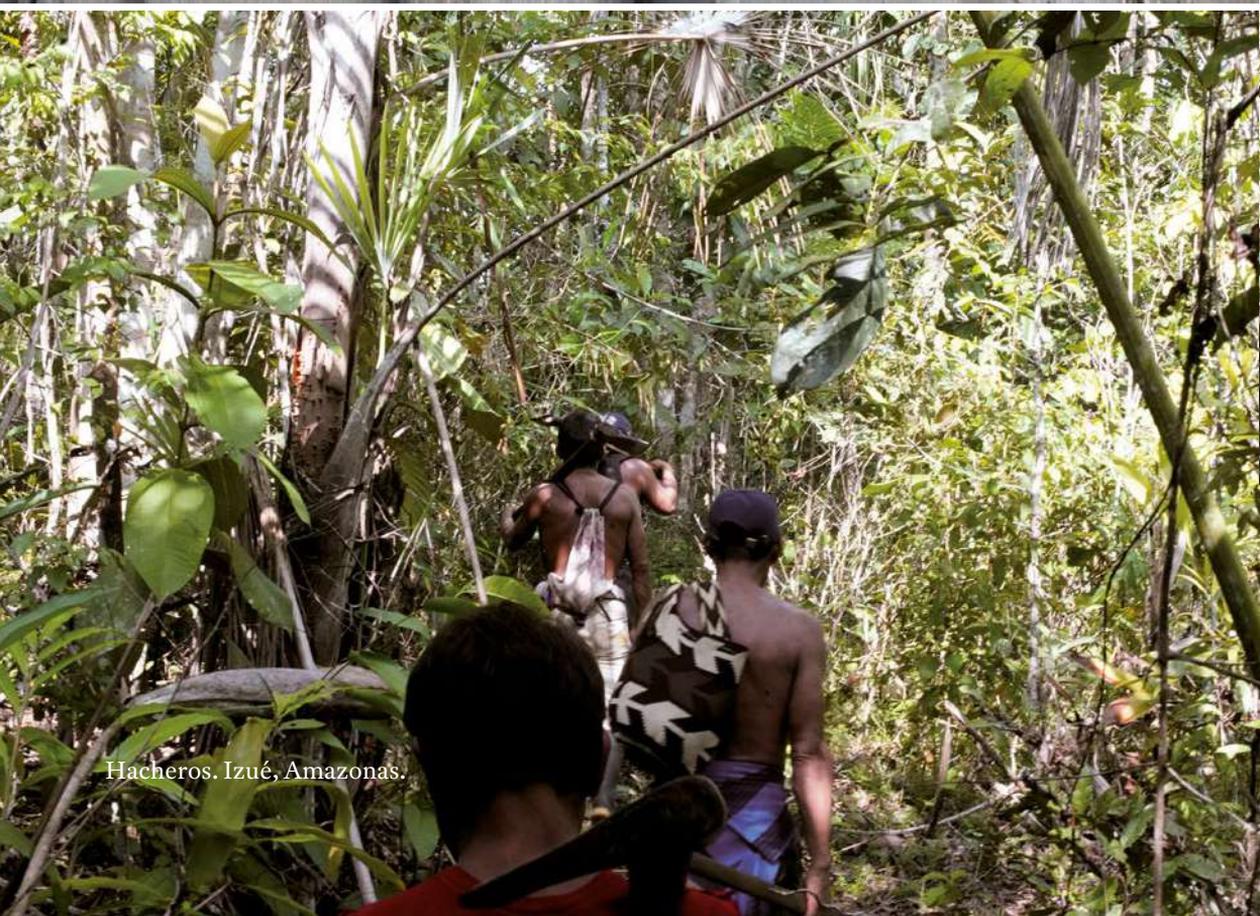
Aimema Uai. *Uito* sobre papel acuarela, 21,5 x 28 cm



*Antenna Ua.*



Colección de hachas. Izué, Amazonas.



Hacheros. Izué, Amazonas.



Trabajo de tumba. Izué, Amazonas.



Trabajo de tumba. Izué, Amazonas.





Aimema Uai. *Uito* sobre papel acquarela, 21,5 x 28 cm

# Enfriar la tecnología



Antenas abandonadas. La Chorrera, Amazonas



En uno de mis viajes a La Chorrera, junto a unas compañeras de trabajo, tomamos el río Igaraparaná rumbo a Providencia, territorio bora. Íbamos a encontrarnos con algunas sabedoras locales como parte de un proyecto de revitalización de las lenguas indígenas. En la lancha que nos llevó conocí al abuelo Fernando. Al llegar, me invitó a visitarlo esa noche en su maloca.

La abuela Rosa me recibió allí con pescado, casabe y cahuana. Me emocionó ver por primera vez un *maguaré*, el medio de comunicación tradicional, que más tarde tendría la oportunidad de escuchar. Ya en el mambeadero, me senté con el abuelo, su hijo Jimmy y otros miembros de la comunidad. Quise hablarles sobre el proyecto de construir un archivo digital con las comunidades, en el que recién empezábamos a trabajar, pero la conversación tomó otro rumbo. Me preguntaron sobre cómo conseguir una antena. Me hablaron de la necesidad de tener internet en el territorio, de las gestiones fallidas, de las puertas que se cerraron. Y sobre cómo, si algún día la conseguían, tendrían que recibirla con un ritual de consagración, para que no trajera problemas.

En medio del mambeo, el abuelo me sorprendió diciendo que todo eso que queríamos hacer ya había sucedido en los orígenes. Y entonces, narró una de las historias del hacha.

Al día siguiente volví con la intención de aprender más sobre esas historias. Le pregunté por las narraciones del hacha en el trabajo de tumba, pero esta vez se abstuvo de contarlas. “No es correcto contar la historia en cualquier momento —me dijo—. Si mañana vamos a tumbar, esta noche narramos la historia del origen de la tumba. Porque la narración suelta unas fuerzas que deben materializarse en el trabajo, y por eso no se pueden destapar así nomás”.

Al año siguiente, en pleno verano, regresé al territorio de la *gente de centro* para participar en un trabajo de tumba tradicional. Viajé con Jimmy, Sergio y Jitomañue. Nos internamos en la selva hasta un lugar llamado Izué, donde nos esperaba Salvador, el dueño de la chagra. Llegamos a saludar a las mujeres, que ya preparaban el alimento para sostener la minga. Aquella noche, finalmente, entendí el propósito de la *palabra de tumba*.



El modo de producción de la *gente de centro* va de lo espiritual a lo terrenal, dicen [1]. Porque el trabajo no empieza con el hacha en la mano, sino con la palabra. La tumba se inicia en el mambeadero la noche anterior: ahí se reúnen los mingueros y el dueño del trabajo. En el mambeo se trabaja con la *palabra de abundancia*, se tocan narraciones de hacha y se establece un diálogo ritual con los dueños de la naturaleza, los árboles, animales y espíritus del lugar que van a ser afectados con el trabajo, con el fin de pedirles permiso. A todos esos seres se los nombra, porque sin ese diálogo, el trabajo no tiene respeto; sin ese diálogo, vienen los accidentes.

Sergio: “Este diálogo es necesario para que el hacha pueda trabajar con respeto a la madre naturaleza. Si no sacamos permiso, no la respetamos, la naturaleza nos la cobra. Pasan accidentes”.

Y es que eso que llamamos *naturaleza* y concebimos como algo ajeno, separado de lo social, son en realidad pueblos, gentes con sus propias formas de gobierno, su cultura y sus técnicas. Y no solo tienen derecho a existir, sino a ser tratados con respeto, libres de abuso. Cuando todo es persona, la relación exige un compromiso moral: la obligación de responder a su presencia y actuar con cautela ante las posibles consecuencias de nuestros actos. Para estos pueblos, lo moral y lo natural son inseparables. Por eso, convertir la naturaleza en un recurso inerte, disponible para la intervención tecnológica en beneficio del ser humano, no es solo una cuestión de utilidad, sino un distanciamiento moral de esas obligaciones.

Abuelo Manuel: “El trabajo del *hombre blanco* no lo hacen ellos, lo hacen las máquinas. En la noche ellos no piensan en todo esto”.

¿Qué pasa si entras en el territorio de alguien sin permiso, a destruirlo? Habrá consecuencias. El que no negocia, se expone a la retaliación. Sin

el permiso espiritual, esos seres pueden vengarse, y las consecuencias se manifiestan en accidentes o en enfermedades. Desde la cosmovisión amazónica, la enfermedad surge como consecuencia de un comportamiento inmoral o inadecuado de la persona, que altera el equilibrio en su relación con los seres naturales [2]. La salud no es un estado, sino una relación, y equilibrar esas relaciones es curar. Tampoco basta con pedir permiso: hay que compensar también. Por cada árbol caído, un frutal. Porque la vida que se toma, se devuelve. Eso es *palabra de abundancia*, *palabra de vida*. Así habla el Tabaco.

Las historias del hacha narradas en el ritual de tumba contienen también una ética del trabajo que impone límites a la producción. En ellas se transmiten consejos sobre el manejo de los ritmos y tiempos del trabajo, y se advierte contra la prisa y el exceso [3]. Además, revelan una visión del buen laborar ligada al goce, en la que el trabajo se experimenta como una actividad comunal, libre y llena de alegría.

Abuelo Manuel: “Esa *palabra de abundancia* no se amanece [materializa] tumbando mucho monte. No es teniendo mucha chagra: es haciendo baile”.

Se trabaja para bailar. Y se baila para sostener el cosmos: para regular los ciclos naturales, para armonizar las relaciones entre los seres visibles e invisibles.

La *palabra de tumba* no es un acto sobrenatural. Es parte de ese trabajo de mantener el equilibrio en los flujos de energía vital entre todos los seres; una práctica enraizada en el principio de reciprocidad. No se trata solo de saber producir, sino de comprender los límites, de reconocer hasta dónde. Como dice el abuelo yanomami Davi Kopenawa, las palabras de la ecología son las mismas que dejaron los ancestros para cuidar la selva [4].

Pero no nos confundamos. Esto no es la imagen idealizada del “indio en armonía con la naturaleza”. Porque en el territorio también se dice: “La naturaleza es nuestro enemigo”. Y sí, esas otras personas no humanas, terrestres o espirituales, tienen sus jefes, sus intereses. No hay,



entonces, un equilibrio dado, ni simétrico, ni estable. Hay que trabajar. Hay que negociar. Hay que establecer intercambios, forjar relaciones diplomáticas y alcanzar acuerdos con esos jefes para prevenir confrontaciones. Porque donde hay poder, hay tensión. Y ese respeto también es temor.

El mandato del Padre Creador, dice Jimmy, no es tanto cuidar la vida, sino administrarla. Porque la selva no está ahí “así nomás”: es una obra humana, el resultado de colaboraciones con otras especies. Pero ese trabajo sigue siendo invisible. Y pasa que, en este tiempo de ansiedad ecológica, emergen fantasías de una naturaleza sin humanos, en las que “lo natural” debe quedar intocado para retornar a un supuesto estado de equilibrio, separándolo así de “lo social”. Pero esa separación es una trampa: una forma de eludir nuestra responsabilidad y desconocer el esfuerzo necesario para reparar el daño causado. Luego, según esta lógica, se justifican programas de conservación que buscan desplazar a los pueblos indígenas de sus territorios o forzarlos a abandonar sus prácticas productivas. En cambio, esta espiritualidad está profundamente ligada a la producción, a la gestión consciente de las relaciones materiales con un mundo animado, a una economía política que pone en el centro la vida [5].

Sergio: “Eso quiere decir el hacha de abundancia: que la tumba tiene una consciencia, y que todo lo que nazca y crezca ahí es para dar vida. Ese es el objetivo principal de los abuelos cuando manejan hacha”.

El *hacha de trabajo* se transforma en *hacha de abundancia* cuando cuida y multiplica la vida, cuando es para alimentar a los hijos y a la comunidad. Su valor radica en tomar solo lo necesario para la reproducción de la vida, en la sostenibilidad para las futuras generaciones, en la reciprocidad y en la sana convivencia con otros, incluidas las demás especies. Estos principios contrastan con la lógica de explotación, acumulación, crecimiento y competencia de la economía de mercado, asociada, en las narraciones indígenas, al hacha de metal y, hoy, a la imagen de la motosierra. Economía de abundancia y economía de mercado, sin embargo,

coexisten localmente en tensión y aparente contradicción, ajustándose recíprocamente [6]. En las narraciones, *enfriar el hacha* alude precisamente al intento de domesticar las fuerzas del mercado mediante prácticas redistributivas, porque la abundancia debe ser para todos [7].

Jitomañue: “Por eso, como es universal, después de que uno invoca ese metal, esa hacha, no puede ser uno miserable. Todo eso no es de nosotros: es de Moo y Eño, del Padre y de la Madre. Es para compartir”.



Ya lo decíamos: el trabajo comienza con la palabra. Y no es casualidad. La palabra no es mera intermediaria del pensamiento: es pensamiento materializado. Materialmente, es aliento, es energía vital proyectada en la voz, algo concreto que sale de la boca: *palabra-cosa*; algo que se pronuncia y, al hacerlo, va haciendo: *palabra-obra* [8]. Y en ese decir, en ese exhalar que da forma al mundo, la palabra deja de ser una abstracción discursiva para revelarse como potencia creadora, como acción que transforma.

Porque la palabra no se limita a transmitir información: es herramienta también. La *palabra de tumba*, una de las llamadas *palabras instrumentales*, tiene el filo del hacha: *usted no afiló bien su palabra, mire que su hacha rebota*. No describe: actúa; no nombra el mundo: lo configura. En su decir, media y ordena el encuentro entre los humanos y los otros seres que habitan en la selva. Como una herramienta más del trabajo, constituye activamente el entorno. Así, la palabra no antecede a la acción: es la acción misma.

Jitomañue: “El mismo tabaco espiritualmente va cortando, va peleando y negociando con ese mundo. Al otro día nosotros simplemente hacemos amanecer esa palabra en la obra. En lo espiritual, la *Palabra de Tabaco* es la misma hacha”.

Los mitos de hacha, más que relatos, son manuales cifrados de una técnica que no se aprende en libros, sino en la escucha atenta del mameador y la repetición paciente del abuelo. Para el *hombre blanco*, la técnica exige esquemas y procedimientos estandarizados. Aquí, en cambio, la enseñanza ocurre en la trama de la palabra. Es la narración la que da la instrucción técnica, la que advierte, la que guía para prevenir el accidente: *Cuidado con ese gavilán, que son las ramas secas listas para caer. Atento al tigre, que es el comején horadando la madera. Corte de esta forma, que se le puede enredar el hacha, que el árbol puede torcerse y aplastarlo.*

Y no cualquier hacha sirve: hay que rechazar las *falsas*, las que no cortan, las que llevan los animales sin filo, e invocar el *hacha buena*. La del cucarrón de verano, que tiembla su diente al sol para que no se apompe; la del pájaro carpintero, que golpea con precisión, sin apuro, sin desperdicio. Porque *tumbar* no es solo cortar: es saber los secretos sobre qué capacidades invocar. En esta mirada, las tecnologías no son ajenas a la vida, sino parte de ella. No se contraponen a la naturaleza como artificio humano, sino que emergen de ella. Los animales portan hachas también, y las hachas, a su vez, reflejan la naturaleza de ciertos animales.

Y en todos estos saberes está también la memoria de quienes vinieron antes, tejido en la palabra que instruye y que, al mismo tiempo, protege.

Arsecio: “Esos primeros ancestros que adquirieron el hacha empezaron a hacer esos trabajos, pero no conocían sus secretos. Cuando llegan al hacha propia de abundancia, para nosotros, la *gente de centro*, que somos de la sustancia de tabaco, ese mismo les enseñaba. Como ya la está invocando para esa obra, en medio de sueños, el Tabaco les decía: ‘Para hacer ese trabajo, usted tiene que rechazar esto, acoger esto’. El mismo Tabaco les iba avisando. De ahí empezó a extenderse ese conocimiento a las nuevas generaciones”.

La *palabra de tumba* presenta la técnica de una forma encantada. Pero no para adornarla, sino para guiar la práctica [9]. La palabra no está

ahí para explicarla desde afuera. No hay un “allá” simbólico y un “aquí” técnico. En las cosmovisiones amazónicas, la frontera entre lo mental y lo material es porosa —si no completamente inexistente— [10]. No hay “cosas prácticas” opuestas a los discursos, porque la palabra es en sí misma una herramienta, una forma de hacer.

Dicen los abuelos que la acción del tabaco nace en lo espiritual, toma forma en el pensamiento, se proyecta en la palabra y finalmente se manifiesta en la obra. El tabaco revela el orden del cosmos: qué hay arriba, qué hay aquí, qué hay abajo. Todo con su origen, todo con su lugar. Y desde ese conocimiento dicta cómo debe obrarse para no quebrar ese equilibrio.

La tecnología occidental, por más que se pretenda racional, tampoco escapa del mito. ¿Acaso no es también mito la idea del progreso, ese relato que viste de racionalidad una fe ciega en la aceleración tecnológica? Basta ver la fiebre actual por la automatización, la adoración o el miedo a la llamada *inteligencia artificial*, como si estuviera en camino de convertirse en un nuevo dios —omnipotente, autónomo, incontrolable—. ¿No es eso un mito? Un relato sobre la trascendencia de los límites humanos por medio de la fusión con una superinteligencia, un evento apocalíptico que marca el fin de una era y el inicio de otra, un desenlace ineludible del progreso tecnológico.

Una tecnología avanzada también es indistinguible de la magia [11]. Y si no la reconocemos como tal, es porque nos hemos tragado la ilusión de que la máquina es puro cálculo, pura eficiencia. Pero ahí está el embrujo: la fantasía de un trabajo sin esfuerzo, de una producción sin humanos. En los mitos del hacha, estas trabajan solas. ¿Y en el tecnocapitalismo actual? También. Solo que en este mito, el trabajo “invisible” es el de miles de cuerpos explotados para sostener la ilusión de la automatización. En el revuelo del *marketing* tecnológico y en los relatos de la ciencia ficción se despliega la magia de la tecnología actual —un encantamiento que no solo influye en su desarrollo, sino que también orienta nuestra imaginación sobre sus usos y alcances— [12].

Ahora, en la visión mítica amerindia, el hacha forma parte de un tejido cósmico, de un entramado mágico de relaciones no causales en el que todo es algo más y siempre tiene el potencial de transformarse en

otra cosa [13]. En los orígenes, el hacha no es solo una herramienta: es fuego, es metal, es luna nueva, es animal, es palabra, es tabaco, es *hombre blanco*, es mercancía. En lo fundamental, la tecnología no es un ente separado del mundo, sino una prolongación de las relaciones que conforman el cosmos. Para comprenderla en toda su dimensión, la mirada indígena nos dice que debemos volver a su raíz mítica.

Y los mismos principios espirituales que rigen la relación con el cosmos orientan el uso de las herramientas, pues ellas también son mediadoras de esos vínculos. Toda tecnología es una forma de relación, parte de un tejido que nos enlaza con otros seres y con el mundo que habitamos. De este modo, son los lazos que forjamos a través de ellas y las intenciones que los atraviesan los que les confieren su espíritu.

Abuelo Pablo: “Todas son la misma hacha material, pero tienen un espíritu diferente”.

Así, el espíritu no es algo separado o sobrenatural, ni exclusivo de los humanos: es la forma en que se materializa una relación —con el bosque, el río, la montaña, los animales, las plantas, o incluso ciertos objetos—. Primero nos vinculamos íntimamente con estos seres; solo después los reconocemos como personas con intenciones [14]. La espiritualidad no es, entonces, una cuestión de creencias, sino la experiencia viva de habitar un mundo cargado de intención.

Si las palabras funcionan como herramientas, entonces las herramientas también operan como palabras: no solo transmiten fuerza mecánica sobre el entorno, sino que comunican una intención, proponen un tipo de relación [15]. Mientras la tecnología moderna concibe el mundo como una colección de objetos para su manipulación —una disposición que ha sido fundamental para la expansión del capitalismo—, la cosmotécnica amazónica opta por su humanización [16].

Y el tabaco, dice la *gente del centro*, es *la tecnología perfecta de humanización*. ¿Pero cómo puede una planta ser una tecnología? Para empezar, el tabaco es un artefacto cultural, producto de conocimientos y técnicas refinadas de domesticación, cultivo, procesamiento y consumo



desarrolladas por los pueblos amerindios a lo largo de milenios. Pero más allá de eso, el tabaco es una tecnología de intencionalidad: su palabra guía el hacha para que dé vida, no para que la destruya; y para que su obra sea para el bien de la humanidad. La palabra es el mismo cabo del hacha que orienta su acción. Y así como en las técnicas de curación tradicionales un rezo nombra las propiedades de una planta y las proyecta sobre un medio como el agua para convertirla en remedio, la *Palabra de Tabaco* pone en el hacha la intención.

Jitomañue: “El tabaco realmente enfoca la buena intención para nosotros. Espiritualmente así es el manejo del hacha”.

Entonces, la tecnología no es solo un medio para dominar el entorno, sino una forma de tejer vínculos con un mundo que es, a la vez, físico, social y espiritual [17]. Sin embargo, esa dimensión espiritual no es evidente ni está siempre presente en la vida cotidiana; requiere ser deliberadamente activada. Durante la noche, en la preparación ritual de la tumba, el bosque se humaniza: se entabla un diálogo espiritual con los seres del lugar donde se llevará a cabo el trabajo. Al día siguiente, en la derriba, la naturaleza se convierte en lugar de trabajo, en el espacio del esfuerzo físico, en aquello que ofrece resistencia al trabajador. En ese momento, el árbol es solo un árbol, madera que puede destinarse a la construcción de una maloca o a la venta. Lo mismo ocurre con el hacha: es una cosa de trabajo. Sí, ahora es una relación instrumental, pero limitada por el principio de respeto y reciprocidad que la espiritualidad del tabaco enseña, un principio que los mayores se resisten a soltar. Es su llamado, su advertencia, porque ahora, en lo más hondo de la selva, resuena un nuevo espíritu: el de la motosierra. Y su voz no pide permiso.

Jitomañue: “¿Y dónde está el rezo? ¿Dónde está la palabra? ¿Dónde está el cuidado? ¿Dónde está el respeto hombre-naturaleza? ¿Dónde está para procrear y para compartir? No está”.

Quizás esta ciencia nos descubre algo importante sobre cómo nos relacionamos con el mundo a través de las prácticas técnicas; también sobre el entrelazamiento entre el lenguaje y la tecnología y, en última instancia, sobre el papel crucial de las historias que construimos en torno a ella. Porque estas historias no solo explican el mundo: lo modelan, lo hacen posible. Porque estas historias son algo interno a la misma organización de la tecnología.

En esta era de entusiasmo y ansiedad por la tecnología, mirarla desde su raíz mítica nos ofrece otra clave para entender los poderes con los que estamos lidiando. Tal vez necesitamos otros mitos, alternativas al relato prometeico del dominio sobre la naturaleza y la trascendencia humana, tal vez, para abrir caminos distintos de acción.



Para el pueblo bora, tener una antena en su territorio es una necesidad crítica. Internet podría abrirle el acceso a la salud y fortalecer su participación política, especialmente estando lejos de La Chorrera, el casco urbano más cercano, donde funciona el centro de salud y se toman las decisiones de gobierno. Un paseo por La Chorrera revela otra cara de esta exclusión infraestructural: el paisaje está marcado por antenas de todo tipo; son ruinas tecnológicas abandonadas tras fallas que nadie reparó. Cuentan con una antena cercana de telefonía celular, pero ahora mismo lleva tres meses sin prestar servicio. La comunidad sigue esperando que el operador haga algo para reestablecerlo.

A lo largo de los años, algunas iniciativas gubernamentales han intentado llevar allí acceso público a internet, aunque siempre con un funcionamiento precario, parcial y efímero. Con cada cambio de gobierno, esas redes quedan abandonadas hasta volverse inútiles. Y en ese vacío dejado por el Estado aparecen ahora las antenas satelitales de una multinacional tecnológica —en otras partes de la Amazonía, estas mismas antenas han sido clave en las operaciones de minería ilegal que amenaza los territorios indígenas—. Para conectarse, la gente debe pagar entonces por hora de acceso. De este modo, la tecnología llega, pero no en

forma de derecho, sino como un servicio privado y costoso, en el que la conexión se convierte en privilegio y la exclusión en norma.

Para el indígena, el primer desafío de la tecnología no es, entonces, su uso, sino su acceso. ¿Cómo obtenerla? ¿Cómo lograr que el *blanco* la suelte? Eso mientras se gestionan las relaciones de dependencia que esta adquisición conlleva.

En lo mítico, el hacha de metal ya existía espiritualmente antes del encuentro con el *hombre blanco*, pero fue este quien la materializó. Antes del hacha de piedra o de metal, las hachas las tenían los animales. Siempre han venido de afuera. La tecnología no surge, entonces, de la invención, sino de una transferencia de sus creadores, en la que la astucia y la habilidad para obtenerla juegan un papel central [18].

A la acción de obtener recursos, proyectos y otros elementos fuera del territorio para llevarlos a la comunidad, coloquialmente se la llama “cacería”. Una de las funciones principales de todo dirigente es salir del territorio para traer abundancia a su gente. Y como todo buen cazador, este debe estar atento y preparado para tener éxito. Sobre eso enseñan las narraciones del hacha de comercio. En ellas está la *palabra de consejo*, las normas éticas que exigen un comportamiento disciplinado del dirigente. Son la orientación para quien se aventura por el camino del hacha, porque ese camino no está libre de peligros: está sembrado de trampas.

Jimmy: “Tenga cuidado, que eso viene con todo. Prepárese para que sigamos bien. Para que si usted va por ese camino, vaya a ser un buen dirigente”.

Pero este cazador no es un depredador. Su labor no es arrebatar, sino construir un vínculo con el *dueño del hacha* —el *hombre blanco*—, para que la entregue libremente. Su reto es obtener lo que busca dentro un marco de respeto mutuo y cooperación. Es más un negociador, un mediador que debe equilibrar las intenciones de ambas partes en una relación que históricamente ha sido asimétrica y particularmente injusta para el indígena, y que ha pasado del colonialismo de las caucherías a los bonos de carbón.

La relación con el *dueño del hacha* es tan importante como la capacidad técnica de la herramienta misma. Un objeto no existe aislado de quien lo crea, de quien lo entrega ni de quien lo recibe [19]. Las características de las hachas están ancladas a relaciones sociales concretas. Así, un *hacha buena* no es solo aquella que corta bien, sino aquella que nace de un vínculo justo. Desde los primeros intercambios comerciales, las hachas que no implicaron tratos crueles por parte del comerciante *blanco*, o aquellas en las que el jefe intermediario actuaba con benevolencia y generosidad, eran llamadas *hachas buenas* [20]. De hecho, los primeros caucheros no recurrieron a la violencia para alcanzar sus fines; en su lugar, establecieron intercambios pacíficos, sustentados en los vínculos que los jefes intermediarios mantenían con las comunidades. Sin embargo, a medida que la demanda del mercado del caucho creció, esos intercambios dieron paso a un sistema de extorsión y violencia generalizada [21]. Llegó el *hacha de candela*.

En las narraciones, al *dueño de las herramientas* se le llama el *Abuelo Hacha*. Y es que en esta cosmovisión, los artefactos no son simplemente objetos: encarnan los conocimientos, las habilidades, las intenciones e, incluso, la esencia moral de quienes los crean. Un hacha no surge por sí sola. Nada existe sin un dueño: siempre es el dominio de alguien [22]. Por eso, ninguna tecnología es realmente autónoma. Entonces, cuando entendemos la tecnología como la materialización de un sujeto, deja de ser neutral y se vuelve política, porque siempre puede ser portadora de una intención oculta, incluso maligna. De repente, aquel teléfono celular sobre el que tenías todo el poder, eso que parece otra mercancía más, implica ahora un riesgo y demanda precaución. Sobre esto advierten las narraciones: los primeros jefes que acudieron al *Abuelo Hacha* se dejaron deslumbrar por la apariencia de las hachas ofrecidas. No preguntaron por sus intenciones ni por los peligros que traían. Sucumbieron al encanto de las *hachas falsas*.

Abuelo Pablo: “Y es que esas herramientas tienen un dueño, un creador. Lo que nos dice la historia es que si usted no conoce sus intenciones, si usted no hace esa prevención, esa hacha puede venir a hacer mal, puede venir a embrujar”.

En la narración, el *hacha verdadera* es de apariencia humilde; no ostenta grandeza [23]. El poder del hacha no radica exclusivamente en lo evidente de sus capacidades técnicas, sino también en quién la fabrica, en las intenciones del mismo creador. Y solo quien se atreve a interrogar al *Abuelo Hacha* puede descifrarlo.

Sergio: “Usted tiene es que conocer este material, o esta herramienta: ¿cuál fue su origen?, ¿quién lo hizo?, ¿quién lo creó?, ¿para qué lo hizo?, ¿cuál es la intención que trae?”.



La mayoría de nosotros no puede decir con certeza de dónde proviene su teléfono celular, cómo se desarrollan las tecnologías, quién decide qué desarrollos se llevan a cabo, qué intereses económicos y políticos guían esas decisiones. Cada tecnología es una manifestación de relaciones de poder en un sistema global de producción y consumo; forman parte de un entramado complejo que no se muestra de manera evidente. Y como estas relaciones permanecen ocultas, terminamos percibiendo el teléfono como una simple mercancía, como si tuviera un valor y un poder propios. Esta es la magia del capitalismo: desaparecer su origen [24].

Ese ocultamiento da un poder a los creadores, quienes, protegidos por la ilusión de que el objeto es autónomo, disimulan su acción mientras quedan exentos de responsabilidad por las consecuencias de sus invenciones. Al contrario, en las narraciones es central la figura del *dueño del hacha*, no como un simple poseedor, sino como aquel que gobierna el dominio de las herramientas, y por lo tanto, media su acceso a ellas. Esta imagen conceptual es importante porque evidencia precisamente las relaciones ocultas de las que la tecnología es expresión [25]. Es otra forma de magia, o un contraencantamiento: dar rostro a lo abstracto y complejo, nombrarlo y evidenciarlo para que, mediante el relacionamiento con una “persona plural” [26], podamos reconocer su poder y adoptarla selectivamente.

Abuelo Pablo: “Las hachas falsas que fracasaron pudieron ser buenas, pero el dueño del hacha no explicaba: ‘Esta hacha es

de esto, y usted tiene que trabajar de esta manera, así tiene que ser'. Hasta que este Nieto Trabajador de Centro fue y preguntó, se sentó a mambear y a dialogar con el Abuelo Hacha. Y así le entregó el hacha buena que no tenía complicaciones, que no enfermaba”.

Podríamos decir, desde esta mirada, que la tecnología no es solo objeto, sino relación. Un nudo de hilos de pensamientos, intenciones y poderes ocultos. Visto así, su comprensión no se centra en la naturaleza de los artefactos en sí, sino en la forma en que se entrelazan con todo lo demás. Comprenderla es, entonces, desenredar sus relaciones para descifrar el espíritu que la anima. Por desgracia, esta humanización de las cosas suele descartarse como pensamiento mágico y, con facilidad, se desestima como una actitud primitiva o una falsa creencia. Que el dogmatismo científico no nos impida reconocer el valor de otras formas de entender la tecnología.

Una perspectiva racionalista podría considerar este enfoque como una mistificación, argumentando que un artefacto debe explicarse únicamente a partir de la lógica causal de su funcionamiento interno. Si bien esta postura es válida, no debería excluir otras formas de aproximación. Podemos adoptar distintos enfoques según lo exijan las circunstancias. Las tecnologías con las que interactuamos hoy son cada vez más complejas y difíciles de comprender, no solo por la sofisticación de sus mecanismos, sino también por el secretismo que impone el código cerrado [27]. Para movernos cotidianamente en esta realidad de la tecnología y mantener alguna capacidad de respuesta sobre esta es insuficiente con tratarla como un simple objeto técnico. Si queremos descifrar sus intenciones y ganar control, es más eficaz entenderla como una relación social. Esto nos permite estar atentos a cómo responde a nuestra acción y, a su vez, cómo reaccionamos ante la suya. No se trata solo de una cuestión de verdad, sino de efectividad táctica. Y en la práctica, es algo que incluso hacemos de manera espontánea.

Sin embargo, personificar la tecnología conlleva también sus riesgos: puede desembocar en la magnificación y exaltación de su poder. En los

inicios del comercio con el mundo del *blanco*, obtener un hacha de metal no solo significaba acceder a una herramienta útil, sino también al poder de su creador, considerado extraordinario por la capacidad productiva de la nueva tecnología. Más aún, el hacha se convirtió en un símbolo de prestigio, pues reflejaba el valor de quien se aventuraba en tierras extranjeras para conseguirla. Así, no todas fueron utilizadas únicamente para cortar: algunos jefes las exhibían con orgullo, prueba tangible de su relación con grandes poderes externos [28]. Del mismo modo, los misioneros veían en los artefactos indígenas vestigios de poderes malignos [29]. Hoy, de manera similar, reverenciamos o tememos el supuesto poder de la inteligencia artificial. Todos, de algún modo, encantamos la tecnología. La atribución de un poder desmesurado a lo tecnológico ha sido, desde siempre, una estrategia de dominación. Antes, en manos de comerciantes y misioneros en el Amazonas, sirvió como cebo para atraer a las comunidades al capitalismo y la fe [30]; hoy adopta nuevas formas y se extiende a todos. Para los *pueblos del centro*, este embrujo desembocó en esclavitud [31].

Para conseguir las herramientas es necesario dialogar con el *dueño del hacha*. En el modelo tradicional de la cacería, primero se establecen acuerdos con el *dueño de los animales* para que los entregue; una vez obtenidos, ya no son tratados como personas, sino como carne. Del mismo modo, las herramientas deben objetualizarse también. La personificación de lo no humano es un proceso dinámico y estratégico: en ciertos contextos resulta imprescindible, como en el manejo espiritual de la tumba, así como en otros lo es su objetualización. La política de la tecnología indígena radica también en discernir qué formas de encantamiento implican dominación, y cuáles, humanización. Así, los *ancestros de centro* lograron controlar el poder del hacha y resistir su embrujo.

Jimmy: “Al comienzo [al hacha de metal] la pusieron como un dios porque no había un hacha tan fuerte; solo teníamos el hacha de piedra [...] Cuando eso empezó a acabar con la gente, los ancianos se sentaron a estudiar qué era eso, por qué nos

estaba acabando, por qué nos estaba generando dificultades. Se dieron cuenta de que si se le daba tanto poder, eso lo domina a usted. Y después de mambear, narrar orígenes, advirtieron que eso era una simple herramienta de trabajo que no tiene por qué esclavizarnos y enredarnos. Ahora nosotros somos los que le vamos a decir qué va a hacer aquí”.

Hay otra dimensión importante en la imagen conceptual del *Abuelo Hacha* que cabe destacar. Se relaciona con una forma particular de posicionarse frente a la ciencia occidental. Al escuchar estas narraciones, puede sorprender que, a pesar de la historia de colonización —pasada y presente—, en estos territorios, algunos de estos pueblos presentan, en sus relatos de origen, la relación con el *hombre hacha* como un vínculo de parentesco entre hermanos: el *Abuelo Hacha*, con su ciencia de producir artefactos, y el *Abuelo de Abundancia*, con su ciencia de reproducir la vida. La ciencia del hacha y la ciencia del tabaco.

En el comienzo, estos hermanos se enfrentan y se separan por sus diferencias. El *Abuelo Hacha* abandona el territorio del centro y se dedica a fabricar mercancías. Sin embargo, más adelante se reconcilian, se sientan a dialogar —partiendo de un reconocimiento mutuo de saberes y poderes equivalentes— y establecen una alianza: cuando la *gente de centro* necesita algo que él fabrica, acude al *Abuelo Hacha* en busca de ayuda, y este tiene la obligación de enseñar la ciencia de su manejo. Del mismo modo, cuando el *hombre blanco* enferma, acude al *Abuelo de Abundancia* para sanar con *palabra de vida*.

Jimmy: “Esa *palabra de hacha* es el complemento de lo que es la *palabra de abundancia*. Esa no puede ser primero: lo primero es esta *palabra de vida*”.

Como modelo de interculturalidad, esta imagen filial no propone una fusión idealizada, sino una convivencia basada en el respeto mutuo, que reconoce al mismo tiempo la diferencia y el conflicto. En los diálogos, estas diferencias emergen con claridad: el *hombre blanco* es interpelado

tanto como sabio y como necio, incapaz de comprender el alcance destructivo de su afán de producir. Es una relación que separa y conecta a la vez, percibida no como una oposición irreconciliable, sino como una necesaria complementariedad.

Así, según la historia de origen, estos pueblos no buscan ser el *hombre hacha*, aunque desean acceder a su ciencia y tecnología cuando la consideran necesaria. Tampoco aspiran necesariamente a una autonomía tecnológica, sino a entablar una relación en la que los *blancos* compartan las herramientas con generosidad, y en que esta dependencia no se viva como una subordinación impuesta: en el origen es un acuerdo dado, algo buscado. Porque esa autonomía, nos contaba otro sabio, no es sinónimo de *autosuficiencia*, sino la capacidad de articular lo ajeno desde el código cultural propio. *Autonomía* significa eso: *ley propia* [32].

La historia de las *hachas falsas*, aquellas que llegaron al mundo indígena para imponer relaciones de sometimiento, es, entonces, curada y transformada en el mito, resignificada en la visión de una alianza intercultural, cristalizada en la imagen del *hacha de dos cabezas*, un hacha dual: ajena y propia a la vez. Desde que escuché esta narración en aquella visita a la maloca del abuelo Fernando sigo preguntándome por el significado de esa imagen: qué sentido tendrá para las nuevas generaciones. Y cómo nos interpela también a nosotros, los llamados *hombres hacha*: ¿qué pasa si indigenizamos nuestra visión de la tecnología?



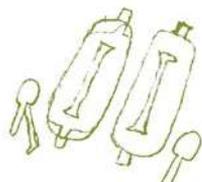
Otro problema que plantea la tecnología para los pueblos indígenas es su consumo, como ocurre con la mayoría de las sociedades del Sur global. Desde la perspectiva de la producción, el desafío político de la tecnología es cómo democratizar su desarrollo para hacerlo más accesible, incluyente y justo [33]. Para estos pueblos, en cambio, el dilema radica en cómo consumir la tecnología que llega del mundo occidental —apreciada y, en algunos casos, necesaria para el bienestar de la gente— sin que esta enferme.

El comercio con el *hombre blanco* trajo consigo algo más que herramientas: la adquisición del hacha significó también el contacto con enfermedades desconocidas que provocaron epidemias devastadoras. Pero la noción de *salud* de la *gente de centro* va más allá del cuerpo individual: abarca el cuerpo social y el territorio mismo, y procura la armonización de todas esas relaciones. Entonces, el acceso al hacha también generó profundos daños en el tejido social: conflictos de poder, intercambios de personas por herramientas, mezquindad, envidia, ambición y, en general, todo el desorden que causan los vicios del mundo del *blanco* y que enredan al indígena. Estas son las llamadas *enfermedades del hacha*, que ocupan un lugar central en las narraciones como advertencias sobre cómo, en el pasado, la llegada del hacha dividió las comunidades.

En un principio, los abuelos fueron selectivos con las mercancías que aceptaban, y rechazaban aquellas que consideraban potencialmente nocivas para sus gentes. Las narraciones sobre el origen del comercio enseñan la importancia de conocer estas enfermedades para discernir entre las *hachas falsas* que hay que rechazar y las *hachas buenas* que se deben acoger. Y traen un consejo universal: no toda tecnología debe adoptarse, incluso si se presenta bajo el nombre de *progreso*, si resulta tóxica para el cuerpo biosocial.

Hoy en día, la *enfermedad del hacha* que más preocupa a los mayores es la del pensamiento. A través de un teléfono celular, el pensamiento de otros —el mundo de otros— se materializa en el territorio. “La tecnología es el hilo del pensamiento materializado”, dicen. Entonces, el indígena se pierde, queda cautivo en ese mundo, y su pensamiento se desliza hacia allá. Cuando regresa —cuando se desconecta— ya no reconoce quién es. Volviendo al modelo de la cacería, al ir por el camino del hacha, el mayor peligro es convertirse en la presa, es decir, asumir el pensamiento y los modos de vida del *hombre hacha*. Las historias cuentan cómo muchos se perdieron en ese camino y relatan el destino del hijo que finalmente regresó, pero cuyo padre ya no pudo reconocer: vestía, hablaba y se comportaba como un *blanco*.

La interculturalidad implica siempre el riesgo de la asimilación, pues ocurre en un marco de relaciones potencialmente transformadoras. Por eso, requiere un manejo. En la narración, a ese hijo le curan y ordenan el



pensamiento haciéndole beber tabaco. Ya hemos escuchado en la palabra de los sabedores cómo, tradicionalmente, este manejo se realiza con la *Palabra de Tabaco*. Los abuelos relatan los orígenes, advierten sobre las complicaciones y peligros que ese camino del hacha puede traer, y ofrecen la *palabra de consejo* sobre cómo la persona debe obrar con un comportamiento disciplinado [34]. Las narraciones formulan reglas de conducta, establecen límites morales que restringen ciertos usos de las herramientas. Porque la *Palabra de Tabaco* no solo se escucha, sino que se manifiesta en las acciones y se expresa como una conducta ordenada.

Jimmy: “Entonces no hay necesidad de quitarle las cosas a la gente ni de prohibirlas. A través de la palabra se controla el poder de esas cosas. Eso es lo que se llama *el manejo*”.

Y en la vida cotidiana, se trata de *palabra-obra*, como dicen, o de hacer *amanecer* esa *palabra de consejo*, materializándola en prácticas de vida. Podríamos pensarlo como un uso de las tecnologías dentro de ciertos límites morales, de modo que redunden en bienestar y prosperidad para las personas.

Abuelo Fernando: “Que sea vida, como decimos nosotros, no para que nos destruya. Un aparato de esos, un celular, un computador, se tiene que utilizar para el servicio del ser humano”.

Aquí se está cuestionando también de frente nuestra forma de consumir medios: un consumo que se asemeja a la glotonería, un canibalismo zombi que devora al otro sin consciencia ni precaución. Y en ese acto nos encontramos abstraídos del mundo frente a la pantalla, como cuerpos sin vida, animados por fuerzas ajenas, sometidos al control de la magia de brujos poderosos. ¿Acaso no es esa la intención detrás del diseño de las redes sociales: capturar y dirigir nuestra atención?

La *gente del tabaco*, *la coca* y *la yuca dulce* se refiere a ese manejo tradicional como *enfriar*, porque en su cosmovisión, todo lo que viene de afuera es caliente: trae intenciones de otros, peligros, complicaciones y

enfermedades. Entonces, para recibirlo, para llevarlo al centro, primero hay que *enfriar* ese calor, para que no haga daño.

¿Y la tecnología? “Esa es pura candela”, dicen, porque los metales que la componen provienen del corazón de la tierra. Ahí radica el origen de sus enfermedades. Por eso, insisten en que el mandato de los ancestros es claro: no tocarlos, no extraerlos. Y es precisamente allí donde hoy se sitúa el frente de resistencia indígena a la tecnología actual: en la defensa del territorio, de la tierra y del agua, devorados sin tregua por las monstruosas infraestructuras industriales de computadores que llamamos *la nube*. La lucha comienza en la extracción minera antes que en la extracción de datos. Y eso que llamamos *inteligencia artificial* no es solo código: su realidad es metálica. El espíritu en la carcasa es una inteligencia mineral.

Hablemos, entonces, de *enfriar* la tecnología. *Enfriar* es una noción que en el pensamiento de la *gente de centro* encarna varios sentidos. Puede entenderse como aliviar o curar. Curar su enfermedad se refiere a sacarle lo tóxico, lo que enferma, para transformarlo en alimento, como se le saca el veneno a la yuca brava para hacer casabe, o se cura la cacería antes de consumirla. *Enfriar* la tecnología implicaría algo como transformar las capacidades que pueden ser potencialmente dañinas en capacidades que incrementen la vida y el bienestar colectivo. Así, *esas hachas humanamente se convierten en hacha de abundancia*, dice el abuelo Manuel.

*Enfriar* también es domesticar, tranquilizar o apaciguar la intencionalidad depredadora de algo para que no haga daño, y transformarlo así en un poder propio. En este sentido, *enfriar* se relacionaría igualmente con otro de los significados que tiene *curar* para la *gente de centro*: direccionar algo para un fin. Tal como se cura el tabaco con un rezo para lograr un propósito, de la misma manera se cura el hacha con *Palabra de Tabaco* para que traiga abundancia. Esto es, sembrar el espíritu, la palabra, el código cultural propio en lo ajeno para orientar su acción.

Salvador: “Que la motosierra se convierta como parte de nosotros, como usted convierte una culebra en un amigo que no le



muerde así usted la pise. Son enemigos poderosos que uno convierte como en un primo, en un familiar. Que sea parte de nuestro poder. Entonces la convertimos en herramienta fría para nosotros, para que no se vuelva agresiva ante la misma naturaleza”.

Al hacha se la nombra como *mascota de la abundancia* en los cantos rituales. En el canto, se la alimenta con el zumo de las hierbas frías para apagar su calor [35]. Así ocurre en lo espiritual, pero en la práctica, lo que se está recomendando es tratarla como si fuera una mascota. Apropriadamente de la tecnología tiene, entonces, este sentido de adaptación de algo salvaje, o que parece incontrolable, en algo más manejable e integrado a nuestro propósito. Pero esta relación nunca es definitiva. ¿Quién domestica a quién? No está escrito de antemano. Por eso, demanda atención y control, al mismo tiempo que impone obligaciones de respeto y cuidado. En el trabajo de tumba, el hacha se trata con respeto, porque su filo es voraz. “El hacha es otro jefe”. No obstante, este pensamiento no nos dice que todos los artefactos deban tratarse siempre como personas. Cuando el trabajo de tumba termina, el hacha vuelve a ser solo una herramienta. Lo que aconsejan los abuelos es prudencia en su manejo, porque estos artefactos no son simples objetos sin intención: algunos poseen un poder fuerte, y para controlarlo sin daño es necesario familiarizarse con él y saber guiarlo para el buen propósito. Es mejor estar atentos y tratarlos con respeto, porque si los descuidas, pueden capturar tu voluntad y arrastrarte hacia fines que quizás no sean los tuyos.

En contraste con la imagen de la mascota, la imagen prototípica con la que enmarcamos nuestra relación con la tecnología es la del esclavo. No es gratuito: la palabra *robot* significa *esclavo*. La inteligencia artificial se presenta como un asistente personal. La arquitectura del computador adopta este mismo lenguaje (*master-slave*) para describir la relación jerárquica entre sus partes. El esclavo es el modelo primigenio de la máquina. En torno a esto, desde el comienzo de la expansión colonial, los trabajadores esclavizados —indígenas y africanos— fueron despojados de su humanidad y reducidos a simples máquinas de producción. El mismo miedo a convertirnos en esclavos de las máquinas es el reflejo inverso de

esta fantasía de dominación. Así, parecemos aceptar a veces sin conflicto el trato de las personas como máquinas, pero humanizar la tecnología, otorgarle espíritu, nos parece una ilusión primitiva. Es la consecuencia lógica de una cosmovisión moderna que niega el espíritu a todo lo que no es humano y, por tanto, lo priva de una relación de familiaridad basada en el respeto [36].

Cuando hablamos de *humanizar la tecnología* desde nuestra tradición liberal, lo que se propone es la incorporación de valores éticos en su diseño. Desde la espiritualidad del tabaco, en cambio, es algo más profundo: la *Palabra de Tabaco* nos dice que debemos procurar construir relaciones más humanas, más respetuosas y menos destructivas con el mundo a través de la tecnología. Cuando esta encarna esa intención, ese espíritu se transforma en *hacha de humanización*. Eso es “curar la tecnología”.

Esta constelación de ideas encuentra, entonces, su síntesis en la imagen del *hacha fría*, una metáfora conceptual que expresa la política de la tecnología para estos pueblos. No se trata de resistir su influencia apelando a la negación, sino de integrarla según las necesidades, transformando eso que viene como daño para la comunidad, conforme a los valores de lo frío: tranquilidad, buena convivencia, reciprocidad, salud y abundancia como reproducción de la vida.

Desde esta perspectiva comenzamos a reconocer las tecnologías como parte de un tejido biosocial en el que también actúan como sujetos políticos, responsables de los mundos que, junto a ellas, construimos. Al mismo tiempo, nos presenta el desafío de cómo podemos establecer nuevas alianzas con ellas, y a través de ellas, que trasciendan la lógica de dominación y su función puramente instrumental, ahora orientadas a dar vida.



Las narraciones del hacha revelan además fracasos y contradicciones que testimonian cómo estas comunidades indígenas han enfrentado las complejidades del camino del *blanco*. Remiten al proceso histórico de su inserción en la economía de mercado y siguen siendo relevantes hoy, pues las tensiones de ese encuentro aún persisten sin resolverse.

Estas narraciones también abren un diálogo entre tradición y modernidad desde la temporalidad del mito, en la que pasado, presente y futuro se entrelazan como las fibras de un canasto. Al hacerlo, suspenden la lógica lineal del progreso y cuestionan la idea de un futuro en el que la modernidad tecnológica avanza dejando atrás una tradición confinada a un supuesto pasado estático. En lugar de una trayectoria rectilínea, el tiempo aparece como una serie de procesos recurrentes; en este caso, como una sucesión de *hachas falsas* que se han ido partiendo y seguirán partiéndose, poniendo en cuestión el horizonte utópico del progreso tecnocapitalista.

Para las nuevas generaciones, estas historias son un ejemplo de cómo los ancestros han afrontado la modernidad sin perder la esencia de la cultura y cómo, por medio de la *Palabra de Tabaco*, han intentado curar sus males y domesticar sus fuerzas para ajustarla a sus principios.

Es tarea de cada generación atesorar y redescubrir estas historias junto a los abuelos, y reinterpretarlas para que sigan orientando en las condiciones del presente. Volver a ellas es también una oportunidad para celebrar la cultura de forma renovada y llevarla con orgullo hacia el futuro, para que esta palabra no quede huérfana.

Por último, las narraciones del hacha delinean también unos principios que amplían las posibilidades de acción en la construcción de un futuro propio.

Jimmy: “Para mirar al futuro siempre se revisan las historias, que es el pasado. Este mundo que estamos viviendo, muchas generaciones atrás lo vivieron. Nosotros estamos repitiendo eso; por eso la historia repite lo mismo. De esa manera miramos al futuro: ‘¡Ah!, entonces no vamos a obrar así, tenemos que obrar así’”.

Ir al origen es recordar el futuro para transformarlo.



## Introducción: El cabo del hacha

- [1] Gros (1991, pp. 23-24).
- [2] Véase el relato del abuelo bora Oliverio Rimabaqui sobre una de estas rebeliones contra los caucheros en Razon y Chirif (2022, pp. 89-102). Recomiendo también el trabajo de Fany Kuiru (2019) sobre el papel de las mujeres indígenas en la resistencia a las caucherías.
- [3] Gros (1991, pp. 27-28).
- [4] Hugh Jones (1981, p. 33).
- [5] Pineda Camacho (2024, p. 139).
- [6] Razon y Chirif (2022, p. 58).
- [7] A lo largo de esta investigación, gran parte de lo que aprendí de otras fuentes sobre la cultura de la *gente de centro* se debe al extenso y valioso trabajo del antropólogo Juan Álvaro Echeverri. Este libro tiene una deuda importante con su investigación. Para comprender mejor las implicaciones de estos eventos históricos en el orden social de estos pueblos, recomiendo la lectura del capítulo “Los huérfanos del hacha”, en Echeverri (2022, pp. 53-92). Véase también Pineda Camacho (1975).
- [8] Sobre las modernidades indígenas, véase el trabajo imprescindible de Rivera Cusicanqui *Un mundo ch'ixi es posible* (2018). La socióloga y activista boliviana Silvia Rivera plantea que existen modernidades alternativas que emergen de las prácticas y cosmovisiones de los pueblos originarios. No se trata de una simple oposición a la modernidad occidental, sino de formas propias de

habitarla y transformarla fundamentadas en sus propios principios. Desde esta perspectiva, propone una visión descolonizadora que reconoce y valora estas expresiones como caminos distintos en el marco de la modernidad.

- [9] Para una reflexión sobre cómo el encuentro con la modernidad occidental moldea también el desarrollo del pensamiento y la cosmovisión de estos pueblos, véase Micarelli (2015) y Echeverri (2022).
- [10] Para estas culturas “las palabras tienen vida y requieren espacios corporales o territoriales, como agentes, como medios por donde adquieren fuerza, riqueza, e ingresan al mundo” (Benavides Martínez, 2006, p. 8). En su estudio sobre la cultura muinane, Carlos Londoño Sulkin se refiere a las palabras de las plantas maestras que actúan a través de las personas como “pensamientos/emociones sustanciales” (Londoño Sulkin, 2004). Para una perspectiva biosemiótica sobre cómo estas plantas hablan se encuentra en Shepard (2018). *A lo largo del libro, utilizaremos la expresión “Palabra de Tabaco” (en mayúscula) para personificar la voz del tabaco y diferenciarla también del uso común de “palabra”. Esta expresión remite a un tipo de palabra con poder creador, capaz de materializarse en obras, en sintonía con el concepto uitoto de rafue* (Urbina, 2010, p. 18).
- [11] Sobre la figura de los mediadores culturales en la comunicación intercultural, véase Gómez (2014).

## Enfriar la tecnología

- [1] Sobre el modo de producción tradicional, véanse los trabajos de las sabedoras Gilda Román (2007) y Anastasia Candre Yamakuri (2011).
- [2] Reichel Dolmatoff (1976, pp. 314-315).
- [3] Las primeras hachas de metal no fueron utilizadas con la intención de producir más, sino para liberar tiempo de trabajo. Véase Langebaek (2021, p. 39).

- [4] Kopenawa (2013, p. 393).
- [5] Para una elaboración de esta noción de economía política de la vida, véase Santos Granero (2019).
- [6] Stephen Hugh Jones (1988, pp. 84-85) señala que, desde la época de las caucherías, la economía del colono y la indígena eran difíciles de distinguir, ya que las relaciones de deuda se extendieron incluso dentro de las propias comunidades.
- [7] Micarelli (2015).
- [8] Retomo aquí la teoría materialista del lenguaje indígena desarrollada por Juan Álvaro Echeverri (2022, pp. 40-42), junto con la conceptualización del término uitoto *rafue* propuesta por Fernando Urbina (2010, p. 18).
- [9] Sobre la relación entre tecnología y magia, véase Gell (1988).
- [10] De Castro (2015, p. 147).
- [11] Referencia a la famosa frase del escritor de ciencia ficción Arthur C. Clark.
- [12] Gell (1988, p. 9).
- [13] Sobre el pensamiento analógico amerindio, véase Hugh Jones (2017).
- [14] Sobre una concepción relacional del animismo, véase Bird David (1999).
- [15] Ingold (2022, p. 320).
- [16] El concepto de *cosmotécnicas*, desarrollado por el filósofo de la tecnología chino Yuk Hui, cuestiona la separación entre naturaleza y tecnología, una dicotomía que ha servido para imponer una visión única de la tecnología como un universal antropológico y transcultural. En respuesta, Hui plantea las cosmotécnicas como un gesto crítico que abre el pensamiento sobre la tecnología al reconocimiento de una tecnodiversidad. Desde esta perspectiva, toda técnica emerge de un sustrato cosmológico específico a cada cultura y se manifiesta en relaciones diferenciales entre los humanos y la naturaleza. Así, distintas cosmovisiones implican modos diversos de relacionarse con la naturaleza mediados por la tecnología. Véase Hui (2024).



- [17] Sobre la perspectiva relacional en la comprensión amazónica de la tecnología, véase Arregui (2013).
- [18] De Castro y Hui (2021).
- [19] Langebaek (2021, p. 41).
- [20] Razon y Chirif (2022, p. 106).
- [21] Gasché (2023).
- [22] Sobre una teoría relacional del poder en el mundo amazónico, véase Fausto (2008).
- [23] El hacha humilde representa la “baja tecnología”: herramientas sencillas y accesibles, ajustadas a las necesidades y los recursos disponibles. En términos de opciones tecnológicas, las evidencias arqueológicas muestran que, en el periodo prehispánico, las poblaciones indígenas del trópico suramericano desarrollaron herramientas simples y versátiles que se adaptaban más fácilmente a un entorno de subsistencia biodiverso. Esto resultó en un repertorio más tecnodiverso en comparación con las herramientas especializadas halladas en Norteamérica (Langebaek, 2021, pp. 108-113).
- [24] Hornbor (1992).
- [25] Por ejemplo, Eduardo Kohn muestra cómo la categoría del dueño de los animales, para los runas de la Amazonía ecuatoriana, sirve de modelo para comprender las relaciones históricas de poder con el hombre blanco.
- [26] Costa y Fausto (2010, pp. 99-100).
- [27] Sobre el resurgimiento del pensamiento mágico —y su valor como una perspectiva para comprender el mundo— en un contexto tecnocientífico cada vez más complejo, véase Dukes (2002, pp. 36-40).
- [28] Langebaek (2021, p. 42).
- [29] Pineda Camacho (2018, p. 71).
- [30] Stephen Hugh Jones cita el testimonio de un misionero, el padre Chantre y Herrera: “Es raro que sean las razones divinas —las que los indios nunca entienden— lo que los atraiga de nuestras

- misiones. Se establecen allí por razones muy concretas. No podríamos hacer nada sin las hachas que les distribuimos” (1988, p. 82).
- [31] En los cantos del hacha resuena el lamento por los huérfanos que se alejan, entregados al comercio de esclavos rumbo a Brasil. Uno de ellos dice: “Por los caminos del comercio de la Garza el hacha del Oriente llevará muy lejos al último de mis hijos huérfanos. Ustedes... ¡no hablen! Si hablan de esto, ¿dónde podremos hacer comercio?” (Guyot, 1988, p. 20).
- [32] Arturo Guerrero, comunicación personal, 19 de septiembre 2022, Pontificia Universidad Javeriana.
- [33] Costanza Chock (2020).
- [34] La expresión en uitoto-minika para designar la *palabra de consejo* es *yetárafue*: “La palabra *yetárafue* [...] contiene la misma raíz *ye-* (‘comportamiento’) que forma la palabra *yera* ‘ambil de tabaco’. El ambil es un símbolo de la palabra de un hombre y su disciplina — ambil disuelto en agua, por ejemplo— es administrado a personas incorregibles a manera de castigo y remedio” (Echeverri y Candre, 2008, p. 97).
- [35] Este canto inicia el baile ritual de fabricación del maguaré y es entonado por una mujer a la entrada, levantando un hacha en el aire: “¡Mi mascota de la abundancia! ¿Qué hay que darle a la mascota? Hay que darle el zumo de la hierba *yinakai*” (Preuss, 1994, p. 758).
- [36] Para una reflexión sobre la posibilidad de establecer relaciones de parentesco con la inteligencia artificial desde las epistemologías indígenas, véase Lewis *et al.* (2018).



## Referencias

- Arregui, A. G. (2013). *La selva tecnológica: Sistemas sociotécnicos y antropología simétrica en comunidades ribereñas del bajo Amazonas* (tesis doctoral). Universitat de Barcelona.
- Benavides Martínez, J. N. (2006). Las palabras en los uitotos: Tipos, significados y clasificación. *Revista Habladurías*, (4), 7-19.
- Bird David, N. (1999). "Animism" revisited: Personhood, environment, and relational epistemology. *Current Anthropology*, 40(S1), S67-S91.
- Candre Yamakuri, A. (2011). Historia de mi padre Mogoroto 'Guacamayo azul': Palabras del ritual de las frutas que llega a nosotros como comida en abundancia, de parte de la etnia ocaina. *Revista Mundo Amazónico*, (2), 307-327.
- Costa, L., y Fausto, C. (2010). The return of the animists: Recent studies of Amazonian ontologies. *Religion and Society*, 1(1), 89-109.
- Costanza Chock, S. (2020). *Design justice: Community-led practices to build the Worlds we need*. The MIT Press.
- De Castro, E. V. (2015). *The relative native: Essays on indigenous conceptual worlds*. HAU.
- De Castro, E. V., y Hui, Y. (2021). Por un primitivismo estratégico: Diálogo entre Viveiros de Castro y Yuk Hui. *Philosophy Today*.
- Reichel Dolmatoff, G. (1976). Cosmology as ecological analysis: A view from the rain forest. *Man*, 11(3), 307-318).
- Dukes, R. (ed.). (2002). *SSOTBME revised: An essay on magic*. Mouse That Spins.
- Echeverri, J. A. (2022). *La gente del centro del mundo: Curación de la historia en una sociedad amazónica*. Universidad Nacional de Colombia.



- Echeverri, J. A., y Candre, H. (2008). *Tabaco frío, coca dulce: Palabras del anciano Kinerai de la tribu cananguchal para sanar y alegrar el corazón de sus huérfanos*. Colcultura.
- Fausto, C. (2008). Donos demais: Maestria e domínio na Amazônia. *Mana* (14), 329-366.
- Gell, A. (1988). Technology and magic. *Anthropology Today*, 4(2), 6-9.
- Gasché, J. (2003). Nueve hipótesis sobre la naturaleza del cacicazgo huitoto. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Americanistas, Santiago de Chile.
- Gómez, J. D. (2014). *Diálogo de saberes, comunicación intercultural y saberes subalternos*. Cátedra Rodolfo Low Maus, Bucaramanga, 6/11/2014.
- Gros, C. (1991). *Colombia indígena: Identidad cultural y cambio social*. Cerec.
- Guyot, M. (1984). Cantos del hacha de los bora y miraña de las selvas colombiana y peruana. *Amazonía Indígena* (8), 19-21.
- Hornborg, A. (1992). Machine fetishism, value, and the image of unlimited good: Towards a thermodynamics of imperialism. *Man*, 27(1), 1-18.
- Hugh Jones, S. (1981). Historia del Vaupés. *Maguaré*, 1(1), 29-51.
- Hugh Jones, S. (1988). The gun and the bow: Myths of white men and Indians. *L'Homme*, 28(106/107), 138-155.
- Hugh Jones, S. (2017). Body tubes and synaesthesia. *Mundo Amazónico* (187). <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/67037>
- Hui, Y. (2024). *La pregunta por la técnica en China: Un ensayo sobre cosmotécnica*. Caja Negra.
- Ingold, T. (2022). *The perception of the environment: Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge.
- Kopenawa, D. y Albert, B. (2013). *The falling sky: Words of a yanomami shaman*. Belknap Press.
- Kohn, E. (2007). Animal masters and the ecological embedding of history among the Vila Runa of Ecuador. En C. Fausto y M. Heckenberger (eds.), *Time and memory in indigenous Amazonia: Anthropological perspectives* (pp. 106-129). University Press of Florida.

## REFERENCIAS

- Kuiru, F. (2019). *La fuerza de la manicuera: Acciones de resistencia de las mujeres uitoto de La Chorrera-Amazonas, durante la explotación del caucho-Casa Arana*. Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- Langebaek, K. (2021). *Antes de Colombia: Los primeros 14.000 años*. Debate.
- Lewis, J. E., Arista, N., Pechawis, A. y Kite, S. (2018, 16 de julio). Making kin with the machines. *Journal of Design and Science*. <https://doi.org/10.21428/bfefd97b>
- Londoño Sulkin, C. D. (2004). *Muinane: Un proyecto moral a perpetuidad*. Universidad de Antioquia.
- Micarelli, G. (2015). Divine banknote: The translation of project money into public wealth. En *Images of public wealth or the anatomy of well-being in native Amazonia*.
- Pineda Camacho, R. (1975). La gente del hacha: Breve historia de la tecnología según una tribu amazónica. *Revista Colombiana de Antropología* (18), 438-478.
- Pineda Camacho, R. (2018). La magia de los artefactos en los encuentros etnográficos en el antiguo territorio del Nuevo Reino de Granada (Colombia). En *Objetos como testigos del contacto cultural: Perspectivas interculturales de la historia y del presente de las poblaciones indígenas del alto río Negro (Brasil/Colombia)* (pp. 55-76).
- Pineda Camacho, R. (2024). *Holocausto en el Amazonas: Una historia social de la Casa Arana* (2.ª ed.). Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Biblioteca Nacional de Colombia.
- Preuss, K. T. (1994). *Religión y mitología de los uitotos: Recopilación de textos y observaciones efectuadas en una tribu indígena de Colombia, Suramérica* (2.ª parte). Universidad Nacional de Colombia.
- Razon, J. P. y Chirif, A. (2022). *Nuestra palabra: Relatos y testimonios de los boras del Ampiyacu*. Iwgia.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible: Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón.
- Román, G. (2007). Formas de producción y conocimiento tradicional de las mujeres huitoto, Colombia. En *Mujeres indígenas: Territorialidad*

- y biodiversidad en el contexto latinoamericano* (pp. 165-168). Universidad Nacional de Colombia.
- Santos Granero, F. (2019). Amerindian political economies of life. *Journal of Ethnographic Theory*, 9(2).
- Shepard, G. H. (2018). Spirit bodies, plant teachers and messenger molecules in Amazonian shamanism. *Ethnopharmacologic Search for Psychoactive Drugs*, II(50), 1967-2017.
- Urbina Rangel, F. (2010). *Las palabras del origen: Breve compendio de la mitología de los uitotos*. Ministerio de Cultura.



# Los autores

## Carlos Barreneche

Investigador y profesor del Departamento de Comunicación, Pontificia Universidad Javeriana.

## Jimmy Gifichiu

Criatura de centro y autoridad tradicional del pueblo bora, del clan Oso, Cabildo de Providencia.



## Jitomañue

Sabedor y autoridad ambiental del pueblo uitoto-minika, del clan Jitomagaro, Cabildo de San Antonio.

## Sergio Umirez

Sabedor y líder del pueblo muinane, del clan Mujer, Cabildo de Sabana.

# **El Canasto del Hacha: Selección de narraciones orales y montajes sonoros**



<https://canasto-hacha.gitlab.io/>



**En La Chorrera (Amazonas) y en sus territorios vecinos, en el corazón del interfluvio Caquetá-Putumayo, cohabitan cuatro pueblos indígenas: uitoto, okaina, bora y muinane. Estos son los denominados pueblos del centro, hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce, quienes a pesar de los procesos históricos de colonización en sus territorios, han continuado desarrollando sus saberes y prácticas en la tensión entre ancestralidad, modernidad, territorio y tecnología.**

En este contexto, esta investigación explora la historia del contacto de estos pueblos con las tecnologías occidentales a través de las narraciones de los abuelos, dando voz al pensamiento propio de estas comunidades sobre la tecnología. A partir de la imagen del hacha de metal —convertida en metáfora de estos encuentros— se abre una reflexión intercultural sobre los desafíos, contradicciones y posibilidades que han marcado estas relaciones.

---

**Este libro es el resultado de la Beca de Investigación en Arte, Tecnología y Ancestralidad (2024), de la Línea de Arte, Ciencia y Tecnología, del Instituto Distrital de las Artes-Idartes.**



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

